

TOLTECAS DEL NUEVO MILENIO

La sabiduría indígena y el desarrollo de la conciencia en
el mundo de hoy.

.....

Víctor Sánchez

Primera edición LECTORUM S.A. de C.V. - JULIO 1996.

Calz. Del Hueso Nro. 990 Local 8. - Col. Mirador Coapa, México DF 04960

ISBN 968 7748 00-1

DIGITALIZADOR: GAVIOTA (Argentina)

NOTA DE CONTRATAPA

El también autor de *Las Enseñanzas de Don Carlos* nos presenta en esta obra, desde una perspectiva anti antropológica, la trascendencia de la sabiduría y el desarrollo e la conciencia del pueblo Tolteca, cuya visión del mundo y la realidad existe en comunidades consagradas a mantener con vida su Tradición.

Toltecas del Nuevo Milenio alude al hecho de que en este momento preciso y por un breve lapso de tiempo, coinciden sobre este mundo dos tipos de Toltecas: los sobrevivientes de la época antigua (wirarrikas y otros grupos indígenas) y la nueva simiente de Toltecas que, pasado el tiempo de la dominación sobre los pueblos indios, tomará en su mano la “jícara del Conocimiento”, no por medio de la fundación de escuelas o iglesias, sino en la adopción de formas de vida congruentes con el Espíritu.

Adentrarse en la Toltequidad y en la visión que enseña el modo correcto de vivir (de acuerdo a los wirarrikas), es encontrarse con una práctica espiritual que nos conduce a ser parte integral de esta Tierra, alejándonos de la realidad aparente de la sociedad moderna que indefectiblemente nos lleva a creer que lo superficial es importante.

SOBRE EL AUTOR

Víctor Sánchez es un investigador que partió de la maravilla de sus primeros encuentros con los indígenas al estudio de la antropología académica; de allí regresó al mundo indígena y descubrió la anti antropología: una actitud de investigación que pone en énfasis en la experiencia humana del encuentro con la otredad, y no en la elaboración de reportes intelectuales que reducen la realidad a los estrechos límites del marco teórico.

A partir de sus aventuras en el mundo de la Naturaleza, recorriendo desiertos, selvas y montañas y explorando la comunicación con ballenas y delfines, nos propone el encuentro con ese mundo como el espacio idóneo para volver a nuestro ser natural y encontrar respuestas a las preguntas fundamentales, todo mediante una participación con el cuerpo y con un ecologismo que nace desde el corazón y se expresa como una forma de vida.

El cúmulo de sus experiencias en diferentes campos lo ha llevado a conformar una propuesta de desarrollo humano, a la que ha llamado “el arte de vivir a propósito”.

AGRADECIMIENTOS

Deseo expresar mi reconocimiento a los siguientes seres, cuya presencia en el mundo ha contribuido de modo muy significativo a la realización de la presente obra:

A mis teokaris, los jicareros de Santa María, por su sencillez y la alegría con que llevan a cabo la titánica tarea de mantener viva su Tradición, en medio de tiempos tan difíciles.

A Tere y María del Mar por su aporte e impulso en la realización de mis locuras. A Manolo y a René por su amistad y valentía en las batallas compartidas. A mi padre el Sol.

A mi madre, la Tierra.

A mi hermano, el Venado.

A mi abuelo, el Fuego.

Al Espíritu.

ÍNDICE

<u>Introducción</u>	6
---------------------------	---

PRIMERA PARTE: LA BÚSQUEDA DEL CONTACTO

<u>Capítulo I - Sobrevivencia de la Toltequidad</u>	11
<u>Capítulo II - La Tarea</u>	27

PARTE II: LA TRADICIÓN TOLTECA

<u>Capítulo III - Los Toltecas Históricos</u>	35
<u>Capítulo IV - Toltecayotl</u>	41
<u>Capítulo V - La Tradición de los toltecas supervivientes</u>	51

PARTE III: VIVENCIAS EN LA TOLTEQUIDAD

<u>Capítulo VI - Anti antropología en Acción</u>	71
<u>Capítulo VII - Eclipse en La'Unarre</u>	77
<u>Capítulo VIII - Augurio en la Montaña Sagrada</u>	101
<u>Capítulo IX - La peregrinación a Humun' Kulluaby</u>	124

Epilogo

<u>Marcha de Poder en La'Unarre</u>	201
---	-----

INTRODUCCIÓN

No escribo estas líneas por capricho; tampoco tengo interés en presentarme como el heredero elegido para ser el transmisor de la Tradición a la que estoy vinculado. Las escribo como parte de una tarea y una responsabilidad que me fue revelada entre indígenas de ascendencia tolteca. Aunque no voy a contar todo lo que he visto acerca de los procedimientos y cuerpo de prácticas de dicha Tradición, voy a hablar de cosas que yo personalmente hubiera preferido mantener en secreto. Pero esta tarea no es un asunto personal. Implica asumir mi responsabilidad como testigo y participante de una de las tradiciones espirituales más profundas y poderosas del mundo indígena mesoamericano, cuya sobrevivencia en los albores del nuevo milenio ofrece respuestas a las urgentes necesidades de cambio, que en la crisis de nuestro tiempo, requerimos los miembros de las sociedades modernas.

Como se podrá apreciar en el relato, no fui “elegido” por ningún maestro indígena poseedor de poderes ultraterrenos, debido a alguna cualidad particular. Lo que ocurrió fue que ‘me colé’ a su *realidad aparte*, y me conecté con su tradición por causas que escapan a mi comprensión, pero en las que algo tuvo que ver la enorme generosidad de esa gente y la persistencia de mis esfuerzos.

La tesis principal de este libro es que la Tradición Tolteca no es una tradición muerta de la cual tenemos referencias sólo por relatos y leyendas, sino que es una tradición viva con practicantes vivos entre los indígenas de nuestro país, y que su supervivencia coincide históricamente con la presencia de buscadores sinceros que; dejando de lado los caminos del fanatismo, la fantasía, o la ideología, están, de alguna manera, esforzándose en una lucha similar a la que caracterizó a los toltecas de la antigüedad y que caracteriza a los sobrevivientes.

Esta Tradición no sólo está sobreviviendo en los albores del nuevo milenio, sino que está convirtiéndose en la semilla que empieza a germinar y que apunta al renacimiento de la toltequidad, ya no desde el punto de vista étnico sino espiritual.

Como expliqué en mi anterior libro *“Las Enseñanzas de Don Carlos”*, el material que entonces presentaba era tan sólo una parte del trabajo que he venido realizando por más de quince años, tanto entre indígenas como en la formación de grupos de crecimiento. Quedaba pendiente la publicación de materiales que dieran testimonio de las demás áreas de la labor realizada.

El presente corresponde a la segunda parte de mi testimonio y se refiere a la experiencia concreta en el mundo indígena. En breve, daré a conocer el tercer elemento de esta trilogía en la que me extiendo sobre el origen, naturaleza y método de mi trabajo con los grupos de desarrollo humano que he venido formando.

Hablaré de los indígenas, sí; pero no de aquellos que describen los antropólogos, convertidos por sus interpretaciones en la expresión del atraso de la humanidad y en portadores de un folklore que, más tarde o más temprano, habrán de terminar en los museos o en los libros de etnología o historia, en los que nos seguirán hablando de nuestra riqueza cultural o nuestro ‘gran pasado histórico’. Tampoco hablaré de aquellos fantásticos indios sabios llenos de elaborados conceptos y pensamientos profundos, que tanto se parecen a los maestros espirituales venidos del oriente.

Los indios de los que puedo hablar, mis hermanos de la sierra, no se parecen a los indios de los libros de la literatura *new age*. No tienen nada que ver con lo que se enseña en los cursos de chamanismo, ni están interesados en tomarnos como aprendices. Están en lo suyo, lo cual dista bastante de nuestro mundo artificial de conceptos y concreto*. No obstante, la distancia, hoy en día, es mortalmente importante para nosotros el aprender, aunque sea un poco de eso en lo que ellos son expertos: El Encuentro con el Espíritu y la relación íntima y armónica con el Sol, La Tierra y el Fuego.

Los indios a los que me voy a referir, hablan muy poco y cuando lo hacen, no hablan como un profesor universitario, ni como un maestro budista. Tampoco caminan por las paredes, ni cruzan las barrancas levitando. Pero tienen una enorme ventaja respecto de los indios sabios de películas y libros; son de carne y hueso. Existen, y cualquiera que se tome el trabajo suficiente, puede verlos.

Estos indígenas cuyos conocimientos no se asemejan a los del mundo occidental, ni a los del oriental, son portadores de una Tradición propia sumamente eficiente, la cual no opera como un cuerpo de creencias o prácticas religiosas vacías, sino que es un conjunto de procedimientos precisos, que permiten al hombre experimentar una gama de experiencia y percepción, mucho más amplia de la que normalmente nos permite la cultura de la sociedad moderna de corte occidental.

En esta obra voy a exponer la forma en que los indígenas supervivientes de la antigua toltequidad buscan y encuentran al Espíritu y se relacionan con los principales poderíos de la Naturaleza. Una forma en la que no hay libros, ideas, creencias, explicaciones, interpretaciones o intermediarios. Una forma en la que el asunto es entre cada uno y “aquello”. Nadie te promete ni te vende nada. Nadie te dice lo que habrás de encontrar.

Hablaré de un camino arduo y que dura toda una vida. Camino difícil, sí; pero real, contundente y tangible. Ese es el camino del Tolteca. Nada de historias, nada de creencias. Hacer y *ver* por uno mismo. Sin intermediarios.

Cabe aclarar, que me refiero a los indios con los que he convivido y aprendido llamándolos Toltecas, retomando el uso que entre los pueblos autóctonos de México en el siglo XVI se hacía de la palabra Tolteca y con la que se referían al Hombre de Conocimiento, aquel que dominaba~ las artes y saberes más profundos. Quede claro pues, que ellos no se nombran a sí mismos toltecas sino wirrarika.

Otra razón para llamarlos “Toltecas Supervivientes de la Época Antigua”, es que son los herederos directos de la cultura espiritual de los toltecas históricos, a partir de la fusión entre toltecas y wirarrikas

que se dio posterior a la desintegración de Tula, en la región conocida como Aztlán.

Los **Toltecas del Nuevo Milenio** son esos indígenas de la sierra que, contra viento y marea, han podido resistir las presiones más brutales que durante cinco siglos han intentado destruirlos. Son aquellos, que en la fuerza inefable de su Tradición; han encontrado los recursos suficientes para tener un pie puesto en el tercer milenio, sin haber perdido sus propios caminos de búsqueda y encuentro con la energía que sostiene al universo.

Pero los **Toltecas del Nuevo Milenio** no son sólo los supervivientes de la antigua Toltequidad. Son también aquellos seres humanos que en medio de la sociedad moderna, con todo su ruido y confusión, están abriendo caminos para recuperar la herencia mágica que nos fue robada; caminos que nos lleven a comprender y revitalizar nuestra conexión íntima con el Espíritu. Estos nuevos hombres y mujeres que —al igual que nuestros viejos abuelos de Tula— se unifican con el Sol, en la tarea de poner luz en medio de la oscuridad y el misterio, son la semilla de la nueva toltequidad.

Aun cuando este conocimiento puede despertar el interés sincero de aquellos que estén en la búsqueda de alternativas con sustancia, no es necesario ni conveniente que se produzca una invasión a los territorios indígenas, ya que es de vital importancia que se preserven las zonas de refugio, en las que los indígenas de ascendencia tolteca, han logrado sobrevivir, utilizando el aislamiento geográfico como protección contra la presencia del blanco o el mestizo, que siguen siendo una amenaza para la supervivencia de su cultura material y espiritual. Por la razón anterior, he cambiado los nombres de las comunidades en las que trabajo y de las personas que figuran en el relato. La verdad es que generalmente no soy amigo de andar ocultando cosas o disfrazando los hechos, pero han sido los propios indígenas de la sierra, los que me han pedido evitar al máximo el despertar la curiosidad de la gente, que podría dar lugar a una presencia no deseada de mestizos o blancos en las zonas que con tanta dificultad han conseguido mantener aisladas.

A pesar de lo anterior, me interesa enfatizar que los indígenas de los que hablo, están vivos y continúan con sus prácticas en este mismo momento. No maquillé los hechos ni los complementé con ficción como ocurre en tantos relatos no corroborables sobre ‘conocimiento indígena’, que en muchos casos están nutridos más de las fantasías occidentales acerca del ‘indio sabio’, que de la presentación de experiencias concretas.

Mi propuesta es que desarrollemos nuestros propios caminos hacia el encuentro del Tolteca que yace oculto y aguardando en el interior de cada uno de nosotros. Los rasgos principales del Camino del Tolteca, que podemos seguir sin invadir las comunidades indígenas, están contenidos en la obra *“El Arte de Vivir A Propósito”* en la que detallo la metodología y forma de trabajo que he desarrollado a través de los cursos, campamentos y talleres que en conjunto constituyen una propuesta de Desarrollo Humano, nutrida del conocimiento indígena y del encuentro no convencional con la Naturaleza.

Lo que he aprendido entre los Toltecas supervivientes, es apenas una parte de su conocimiento, pero el penetrar en su sentido cotidiano de integración con el mundo natural y compartir sus viajes por las insólitas posibilidades de la percepción, me ha puesto frente a lo que considero una lección fundamental que nos atañe a todos como humanos: somos seres luminosos. Sin importar lo que nuestro ego y nuestras ideas digan acerca de nosotros mismos, la verdad esencial acerca de nuestra naturaleza, sigue siendo acorde a lo que expresaban nuestros abuelos en la vieja Tula:

¡Somos los hijos del Sol!

¡Nuestra naturaleza es brillar...!

Víctor Sánchez

CAPITULO 1

SOBREVIVENCIA DE LA TOLTEQUIDAD

Utilizo la palabra Tolteca, tal como la seguían usando los aztecas a la llegada de los españoles, mucho después de la desaparición de los toltecas históricos. Llamaban así al Hombre de Conocimiento y Toltequidad a ese quehacer que, según los relatos, leyendas, testimonios etnográficos y arqueológicos, caracterizaba a los toltecas de la antigüedad y que expresaba su vocación hacia las cosas del Conocimiento y del retomo al Espíritu. Desde esta perspectiva, podemos llamar toltecas a los grupos que, aun cuando no sean tales desde el punto de vista de la clasificación etnohistórica, tienen, sin embargo, una marcada influencia de los toltecas históricos, o comparten con ellos el interés activo que estos tenían por el Conocimiento y las formas específicas en las que lo expresan.

Más allá de los toltecas históricos, la *Toltequidad* ha estado presente en muchos grupos indígenas de la época precolombina. Podemos encontrar la influencia tolteca en casi todos los pueblos mesoamericanos y aún más allá.

Aunque la conquista y posterior colonización de los territorios indígenas acabó literalmente con pueblos enteros, algunos sobrevivieron y con ellos sobrevivió también la Toltequidad. El grado en el que los grupos sobrevivientes han conservado hasta las postrimerías del siglo XX su condición étnica, ha sido muy variado, dependiendo de múltiples factores como la ubicación geográfica, la densidad de población y la cohesión interna, por citar sólo algunos.

Así, existen grupos que racialmente se conservan relativamente puros, pero que han perdido su idioma y su cultura originales. También existen los que han conseguido soportar los cinco siglos de presión de

todo tipo, conservando casi intactas su cultura, religión y forma de vida. Es entre estos últimos, donde las huellas del Conocimiento Tolteca se conservan todavía frescas.

Semejante logro no ha sido fácil. Durante quinientos años los indios han sido el último peldaño de la sociedad nacional. Primero fueron los soldados españoles y sus armas de fuego. Después fue la iglesia y la administración colonial. Posteriormente los proyectos integracionistas de la sociedad nacional mexicana que también apuntaban a su desintegración como naciones y pueblos autóctonos. Capitalistas, caciques y terratenientes les han arrebatado las tierras y los han convertido en peones —casi esclavos— con sueldos miserables. En épocas más recientes —ayudados de tecnologías modernas y fuertes recursos económicos— las múltiples iglesias nacionales y extranjeras han querido ver en ellos una nueva y sustanciosa clientela para su proselitismo religioso. Por todo esto, desde el siglo XVI y hasta nuestros días, la mayoría de los pueblos indígenas han ido sucumbiendo. Ya sea por desaparición física o de su cultura, o por la fusión con la sociedad mestiza, la población indígena que conserva una clara conexión con su raíz, ha disminuido drásticamente. Todos estos factores: la conquista, las enfermedades llegadas de Europa, la evangelización forzada, el periodo colonial, el desarrollo capitalista y la industrialización, han ido barriendo palmo a palmo y durante medio milenio el antiguo territorio indígena, hasta casi hacer desaparecer a las antiguas culturas de “flor y canto”. Cada una de estas fuerzas del exterior ha luchado, con todos los recursos a su alcance, para hacer que los pueblos indios renuncien a su cultura, su religión, su modo de ser y su orgullo. Los que llegaron de fuera apropiándose de todo, han insistido y siguen insistiendo, pero los pueblos autóctonos de México y de América no se rinden. Siguen en pie, aunque para ello hayan tenido que alejarse de sus territorios originales en las planicies, yéndose a refugiar a las sierras más inaccesibles.

Estos pueblos, que contra viento y marea han sabido defender su modo de ser a costa de todo, son los responsables de que hoy, justo a

punto de iniciarse el nuevo milenio, la Toltequidad con sus prácticas y rituales, siga viva.

En México existen en la actualidad cincuenta y siete grupos étnicos, además de la población mestiza. La mayoría constituyen núcleos reducidos en población. Entre los más numerosos podemos citar a los náhuas, mazatecos, wirarrikas, zapotecos, otomies, totonacas, yaquis y tarahumaras. Cada grupo étnico ha defendido a su manera su propia identidad. Algunos aparentan haberse aculturado ya que han adoptado la forma de vestir del mestizo y hablan español. Sin embargo, una observación más cuidadosa a menudo revela la persistencia de un modo de ser interno netamente indígena, a pesar de la apariencia externa.

Uno de los aspectos más lamentable en el proceso de pérdida de identidad étnica, lo constituye el llamado “estigma” de la condición indígena. Este consiste en el hecho de que, debido a la miseria en que se encuentran la mayoría de los indígenas en la actualidad, muchos de ellos sienten vergüenza de ser indios. Viendo al blanco y al mestizo como el que supuestamente tiene dinero, salud y bienestar, tratan de “amestizarse” rechazando su propia lengua, su tradicional forma de vestir, etc. Es común en muchas comunidades —escuchar a los ancianos quejarse por la falta de interés de los jóvenes por las costumbres de sus antepasados. Con todo, sobreviven en un mundo donde la pobreza y el hambre son extremas. No se les puede juzgar.

Afortunadamente no todos los pueblos indígenas han corrido la misma suerte; también los hay que conservan idioma, vestido, religión y costumbres prácticamente sin contaminar. Son los menos y los más difíciles de contactar, pero su significado para nuestra época actual es de la mayor relevancia, ya que son ellos los verdaderos portadores de las tradiciones sagradas del México prehispánico.

LA BÚSQUEDA DEL CONTACTO

He tenido la suerte de recorrer amplias zonas de mi país, México, interesándome en especial aquellas en donde la naturaleza reina casi sin la interferencia del hombre. Parece increíble, pero afortunadamente, todavía existen lugares así en nuestro país. En mi búsqueda por encontrarme con la naturaleza y su equilibrio, descubrí a quienes por siglos han sabido cómo vivir en armonía con ella: los indios de México. He conocido y convivido con diferentes grupos y comunidades indígenas: náhuas, tzotziles, tzeltales, mazatecos, matlatzincas, wirarrikas, mixtecos, zapotecos y totonacas. De entre ellos, mis experiencias más definitivas las he vivido entre náhuas y wirarrikas, quedándome la fuerte impresión de que era en estos dos grupos donde mejor y más puro se había conservado el antiguo conocimiento tolteca. Los náhuas por ser los descendientes más directos de los pobladores de Tula y los wirarrikas por la vecindad geográfica con los toltecas de Aztlán. Pero más allá de las asociaciones geográficas, migratorias o genealógicas, está la persistente actitud espiritual en la que estos grupos se hermanan con los toltecas de la antigüedad.

He podido contactar con las tradiciones espirituales y los métodos de Conocimiento y expansión de la conciencia que, se han conservado entre los indígenas de diversas formas. Para hacerlas más comprensibles, las podemos clasificar en tres categorías:

La primera y la más general es la cosmovisión de origen prehispánico que comparten prácticamente todos los miembros de una comunidad indígena. Tales conocimientos se pueden encontrar (si se tiene la capacidad de ver más allá de la propia cultura) casi en cualquier individuo de la comunidad de que se trate. La conciencia de la muerte, la relación íntima con la naturaleza, la conciencia de la tierra como ser vivo, la conciencia del cuerno de soñar (entre los wirarrikas), etc.

La segunda categoría se refiere a los conocimientos, métodos, prácticas y rituales que realizan individuos o grupos especiales dentro de la comunidad. Entre los wirarrikas, por ejemplo, un marakame

cualquiera, o el marakame principal de la comunidad y el grupo de “jicareros” (*) que dirige son miembros reconocidos por toda la comunidad, en la cual juegan un papel muy importante, como encargados de todo lo relativo a las actividades religiosas de la comunidad. Pero al mismo tiempo tienen toda una serie de prácticas desconocidas para quienes —siendo de la misma comunidad— no forman parte de este selecto grupo de iniciados.

(*) Los jicareros son un grupo espiritual cuyos miembros son los encargados de la conservación de la Tradición. Son alrededor de treinta y cada uno de ellos representa a los espíritus originales, que dieron origen al mundo y a la Tradición misma, por lo que su vida en general y sus tareas específicas, guardan una relación precisa con las acciones que, de acuerdo a la historia de la creación del mundo —según los wirarrikas— llevó a cabo cada uno de los espíritus originales o ‘kakayares’.

La tercera y última categoría la forman los *linajes*, los cuales están constituidos por grupos pequeños de individuos que, de generación en generación y por tradición oral han conservado determinadas prácticas del conocimiento antiguo, en el más completo secreto, de tal manera que la existencia de tales linajes pasa inadvertida incluso para el resto de la comunidad de la que forman parte. Sus integrantes pasan a la vista de los demás como campesinos, comerciantes, artesanos, curanderos, o lo que hayan escogido aparentar. En tiempos muy recientes y de modo completamente excepcional, estos linajes, en ocasiones, llegan a incorporar a individuos no-indígenas a sus prácticas.

Aunque he contactado con esta Tradición bajo las tres formas mencionadas, por ahora sólo puedo referirme públicamente a las experiencias relacionadas con las dos primeras categorías y muy indirectamente a la tercera.

NÁHUAS Y WIRARRIKAS, LA TOLTEQUIDAD SOBREVIVIENTE

Fue entre los náhouas donde viví mi nacimiento como guerrero de la Toltequidad, que más que un membrete o título es una disposición ante la vida. Luchamos por hacer de cada acto un desafío y de cada tarea emprendida, un paso más hacia el Espíritu. Esto sucedió en una comunidad náhuatl, enclavada en una alta serranía de México Central. Dicha comunidad presentaba la peculiaridad de conservar vivos antiguos ritos de enlace con la conciencia de la tierra, que provocaban en los participantes una muy especial conciencia perceptiva, desconocida por la mayoría de la gente y que Castaneda llama *segunda atención*. Esto sucedía muy a pesar de que en el pueblo existe una iglesia muy grande y antigua que data de finales del siglo XVI.

La presencia de un sacerdote católico, ha sido parte de la vida comunitaria desde hace siglos. Y desde hace siglos el cura de turno del lugar luchó siempre por erradicar lo que consideraba prácticas paganas y hasta satánicas de los indios.

Cuando llegué por primera vez a dicha comunidad, me contaron —tanto el nuevo cura como los mismos indígenas y cada cual a su manera— que hacía menos de un año que se había ido del pueblo el anterior sacerdote, un hombre muy anciano y un tanto colérico que había luchado durante diez años con todos los medios a su alcance por erradicar la “idolatría” persistente en el lugar. Lo que tanto ofendía al santo varón era que los indios de la comunidad —que frente a él y durante todo el año fingían conducirse como “buenos cristianos”— sin mediar aviso alguno, súbitamente desaparecían de sus casas y ranchitos para irse durante tres días a participar en ritos de origen prehispánico relacionados con el culto a la tierra. Lo hacían en unas cuevas secretas de la región, que el sacerdote enojón no había podido encontrar por más que lo había intentado. Esto ocurría año tras año. Y dado que la fecha era variable ¡estaba relacionada con la evolución del ciclo agrícola más que con el calendario, no había modo de que el cura

supiera cuándo iba a ocurrir. Hizo todo cuanto pudo, incluso organizar peregrinaciones con un Cristo en andas para “exorcizar” los diferentes cerros del lugar. Y nada. Esos inditos eran más tercos de lo que se esperaba. Los domingos en misa, sobre todo después de la misteriosa desaparición por tres días, el cura los regañaba colérico y lo hacía en náhuatl ya que después de los primeros años aprendió a hablarlo con fluidez. Así, en su propio idioma los increpaba dentro de la iglesia llama ídolos adoradores del diablo, al cual, para nombrarlo existe en náhuatl una palabra que los indios nunca pronuncian, debido a que entre ellos como entre los diferentes pueblos de ascendencia tolteca, la palabra tiene un sentido mágico de convocatoria. Nombrar algo es llamarlo, atraerlo.

Pues sucedía entonces que el hombre los amenazaba con la condenación, nombrando al diablo una y otra vez. Los indígenas (los pocos que asistían a misa), no sabían dónde meterse cuando el hombre se atrevía a ¡llamar al diablo en la casa de Dios!, se ponían muy nerviosos y ya no querían regresar a la iglesia. Hasta que un buen día sucedió lo más lógico en circunstancias semejantes. Era un día lluvioso de esos de la sierra, en que cuando llueve no llueve, sino que diluvia, se desató una tormenta con muchos rayos y relámpagos. Y he aquí que un rayo penetró en la iglesia aterrizando justamente en el altar que se quemó por completo. El cura se asustó tanto que decidió marcharse. Para los indígenas era completamente natural; un mínimo castigo ante la enorme ofensa de llamar al diablo en la casa de Dios. No conocí al famoso cura, pero pude ver el altar quemado por efectos del rayo. La última vez que estuve allí, hace como cuatro años, los rituales del recuerdo de la tierra seguían vivos y las cuevas en cuestión seguían permaneciendo secretas.

En aquel lugar tuve la suerte de ser aceptado como “ahijado” de uno de los encargados de organizar y proteger la práctica de los rituales y las cuevas mencionadas, así como las grandes figuras de piedra de origen precolombino que en ellas se encuentran. Hasta donde yo sé, fue así como me convertí en la única persona ajena a la comunidad indígena en conocer la ubicación de las cuevas y la naturaleza de los

rituales que allí se practican. Por razones obvias, nunca he revelado el lugar preciso donde se encuentran.

Si mi nacimiento a la vida del guerrero en la línea tolteca ocurrió entre los náhuas, mi” mayoría de edad” la alcancé entre los wirarrikas, que como grupo étnico me parece el más “tolteca” de cuantos he conocido, por la naturaleza de sus prácticas y rituales, así como por su forma de vida cotidiana.

LAS PRÁCTICAS “CASTANEDIANAS”

Digo que alcancé con los wirarrikas mi mayoría de edad, porque lo que viví con ellos fue la experimentación concreta de mucho de lo que para mí eran sueños, cosas que intelectualmente me parecían atractivas sin que en el fondo supiera de verdad si existían o no. Para el tiempo de mi primer contacto con los wirarrikas, yo ya tenía algún trecho andado, tanto por lo vivido entre los náhuas, como por la búsqueda que realizaba en mi vida diaria, del verdadero crecimiento que comienza siempre en nuestro ser interno. Uno de los trabajos que en este sentido venía yo haciendo, se derivaba de la lectura de los libros de Carlos Castaneda, los cuales me resultaron sumamente atractivos por el hecho de que sus temas y el Conocimiento al que aludían, eran muy similares a lo que yo venía encontrándome entre los indígenas de la sierra. Dado que las prácticas derivadas de esas lecturas fueron uno de los factores que me dotaron de herramientas para poder asimilar mis vivencias entre los wirarrikas, considero conveniente hacer una breve digresión al respecto.

Prácticas como las observaciones de *no-hacer*, orientarse en la oscuridad con la percepción corporal, la marcha de poder, la conciencia de la muerte, la segunda atención, ejercicios de relación no ordinaria con la conciencia de la tierra, parar el diálogo interno, el enlace con la conciencia de los árboles y la utilización pragmática de los sueños, entre muchas otras, me eran relativamente familiares por lo vivido entre los Náhuas. Sin embargo, gran parte de lo que Castaneda escribía eran para mí solamente relatos de poder. Aun cuando la obra ocupó un lugar importante en mi vida, no me dio por buscar a don Juan ni al mismo Carlos. La observación silenciosa de la naturaleza y el Saber sin palabras de los toltecas sobrevivientes, me habían aclarado bastante como para no estar enredado ya en la fantasía del maestro como vía a la libertad o al Conocimiento. El propio Castaneda era claro en ese sentido. En lugar de buscarme un nagual, procedí con mi propia energía siguiendo la premisa de don Juan Matus: “... Un guerrero es impecable

cuando confía en su poder personal, sin importar que sea pequeño o enorme...” (véase Carlos Castaneda, *Viaje a Ixtlán, México*, 1974)

Me puse a practicar por mí mismo las estafalarias técnicas donjuanescas, lo que vino a añadirse a lo que venía ya realizando. Hice largas y repetidas caminatas de atención, me enterré, pasé noches suspendido en un árbol, hice recapitulación, no-haceres del yo personal, inventarios de energía, como pude borré mi historia personal y hasta llegué a *ver*. Muchas y muy prolongadas fueron mis experiencias en lo que yo llamaba, “el estudio vivencial de la obra de Carlos Castaneda”. El resultado era contundente: las técnicas funcionaban y revelaban la existencia de una forma de conciencia inusual (*la conciencia del otro yo*) que implicaba un sinnúmero de recursos ocultos dentro de cada uno de nosotros, así como formas de percepción y de utilización de nuestra energía en términos muy distintos a lo ordinario.

(He detallado la forma en que fui aplicando las propuestas castanedianas en el libro “LAS ENSEÑANZAS DE DON CARLOS. Aplicaciones Prácticas de la Obra de Carlos Castaneda” publicada por, editorial Círculo Cuadrado, México y EcL HAVIL4H, Madrid 1992.)

Además de los “fenómenos raros” que suelen captar la atención de los lectores (aliados, hablar con los árboles o la tierra, sensación de vuelo, percibir como un lobo, correr en la oscuridad, conciencia del cuerpo de soñar, etc..), las prácticas castanedianas me pusieron de frente a algo que en última instancia es mucho más relevante; tenía razón don Juan, el mundo que percibimos, así como el yo (nuestro propio ego), no es más que una descripción. Una fantasía que sólo parece real por nuestra insistencia en actuar como si fuera real. Parar el mundo, parar el yo, es mucho más que extraordinarios efectos visuales; es, nada más y nada menos que la posibilidad realizada de experimentar mundos y formas de ser y percibir distintos. Distintos y mejores.

Detener la contradictoria descripción del mundo que cotidianamente construimos y vemos, es el verdadero paso a la libertad que nos permite

construirnos mundos mejores para habitar en ellos cotidianamente. *Parar* la descripción de mi mismo, basada en la importancia personal, llena de quejas, frustraciones y mezquindades, es el paso concreto a la libertad de **escoger como ser**, de acuerdo a las distintas situaciones que enfrentemos. Dejar de ser esclavo de una forma única de ser. Terminar con la esclavitud de estar determinados por nuestra historia personal. De romper los estrechos límites que nos marca nuestra propia imagen, creada artificialmente. Adiós al ser y al vivir unilinealmente.

El practicar una las técnicas castanedianas me permitió descubrir, en suma, que somos libres. Podemos escoger cómo ser y cómo vivir.

Llevaba poco tiempo experimentando con las técnicas de Castaneda, cuando tuve mi primera experiencia con los wirarrikas; al principio, como la mayoría de los observadores urbanos, sólo podía mirar — desde fuera— lo que hacían. No me daba cuenta que, más allá de lo que mis ojos y mi mente podían registrar, aquellos hombres estaban interactuando en una realidad aparte que yo ni siquiera imaginaba (en el capítulo siguiente habré de referirme a aquella época).

El correr del tiempo y los hechos de mi vida, me permitieron reunir la energía necesaria para dar el paso definitivo y “saltar” dentro de la realidad aparte. Ese cruce de líneas paralelas, me reveló por fin lo que a la vez temí y anhelaba; los relatos de poder, se convertían en realidad. No era lo mismo jugar intelectualmente con conceptos como “realidad no ordinaria” que supuestamente me tomaba muy en serio, que corroborar corporalmente que esa realidad aparte existía, y que podía ser compartida con otros seres humanos, por días o semanas enteras. Se dice fácil; pero se requiere de muchos esfuerzos y de un propósito inflexible que nos lleve a actuar, a pesar del miedo o la tristeza que le vienen a uno, cuando se encuentra con mundos y realidades para los que no fuimos preparados. La verdadera dificultad para penetrar en los mundos paralelos es que no podemos aceptarlos. ¿Cómo aceptarlos cuando toda la seguridad de nuestro ego radica en la continuidad que atribuimos a nuestro mundo cotidiano, sin importar lo absurdo y efímero que sea? ¿cómo aceptar lo desconocido cuando de toda la vida

hemos aprendido a temer y a negar todo cuanto no nos fuera conocido...?

La negación de lo desconocido es una característica intrínseca de la cultura occidental, que se ha apoderado de casi todo el planeta. No ocurre así con otros pueblos de la tierra. Entre los indígenas, por ejemplo, la existencia de múltiples fenómenos inexplicables es cosa normal en sus vidas cotidianas. Están acostumbrados a vivir con el Misterio. Asumen sin dificultad que hay cosas que pueden ser explicadas y otras que no. Como no tienen a la importancia personal como el centro de su cultura, lo desconocido no les ofende. Esto les permite experimentar la realidad explicable (*tonal*) y la inexplicable (*nagual*).

Lo contrario le ocurre al hombre moderno. Su seguridad y sentido de auto importancia radica en sentir que lo conoce todo, que lo puede explicar todo. Por esta razón, si algo nuevo se presenta a su observación, se apresura a convertirlo en conocido; hace toda clase de asociaciones mentales para convertir lo desconocido y poder afirmar siempre “¡si, esto ya lo conozco!, se parece a tal o cual cosa que yo estudié, conocí o vi en tal ocasión...”. El caso extremo es que, si lo que aparece ante él no puede ser encajado en lo que ya conoce, sencillamente no lo ve, aunque lo tenga frente a sus ojos ¡y ni siquiera se entera de lo que le está ocurriendo!

Sin duda que el precio que pagamos por nuestra importancia personal esaltísimo; quedar atrapados en un sólo mundo (bastante pinche, por cierto) ¡cuando podemos habitar tantos mundos mucho más ricos y variados en nuestro tiempo de vida! Por otra parte, el rescate de la posibilidad de acceder a tales mundos se logra fundamentalmente con la energía extra de que dispondremos si conseguimos disminuir nuestra importancia personal y reincorporar el misterio en nuestras vidas; finalmente, todo es cuestión de contar con el *poder personal* suficiente.

Volviendo a los wirarrikas podemos decir que —en general— habitan en una realidad separada de la que normalmente conocemos. La mayoría de ellos se encuentran en lo que podríamos llamar “la

periferia de la realidad aparte”, mientras que otros —los más dedicados al espíritu y gracias a su nivel de energía—, habitan regiones mucho más profundas de dicha realidad. Vivir entre ellos me produjo un “jalón” hacia su realidad aparte y me hizo experimentar cosas mucho más extraordinarias que mis más fantásticas ilusiones. (Jalón: en México “tirón”, fuerza que mueve a uno en un sentido)

LOS TOLTECAS DE LA SIERRA

Mis amigos wirarrikas son básicamente seres humanos ocupados en sus asuntos. Me “colé” en su mundo gracias a su generosidad y a mi persistencia. No me necesitaban para lo que hacían y probablemente hasta les estorbe un poco. El Conocimiento(pasmoso) en el que están inmersos, no es verbal en absoluto, sino que consiste en prácticas y vivencias concretas. No hay explicaciones ni instrucciones. Se aprende haciendo, no pensando. Su conservación no implica libros sagrados ni sacerdotes o jerarquías religiosas, ni siquiera una tradición oral, ya que la parte sustancial se conserva a través de un cuerpo de prácticas sostenida de generación en generación.

Los indígenas de los que hablo en este libro no comparten la escala de valores que nos resulta normal en la sociedad moderna. Están en otro mundo que no se puede imaginar si no se lo vive. Lo que los hace admirables no es la realización de prodigios contra las leyes de la física (de las que sabemos tan poco) ni la ejecución de fenómenos paranormales o la posesión de poderes sobrenaturales. Lo que los hace admirables es que aman y respetan al mundo de la naturaleza y no a la importancia personal y sus proyecciones como hacemos nosotros, que conocen y utilizan pragmáticamente el aspecto *naguálico* de la conciencia humana y del mundo, mientras que nosotros, poco o nada sabemos al respecto. Son admirables porque son diferentes y su diferencia los convierte en maestros de un conocimiento mágico ante nuestros ojos, aunque no tengan interés en enseñarnos nada, ya que están demasiado ocupados en aprender, su diferencia les permite experimentar facetas de la realidad y de la percepción extraordinarias, muy difíciles de describir a quien no lo ha vivido con ellos. No se trata de la búsqueda de lo raro por lo raro en sí; sino que implica enormes resultados en lo que se refiere a un vivir pleno y equilibrado, además de intenso. Se vive mejor cuando se incorpora en el vivir el rostro desconocido de la realidad y de nosotros mismos; y sobre ese tema mis amigos indígenas, los sobrevivientes de los tiempos antiguos, saben

verdaderamente mucho. Y son admirables sobre todo porque están vivos y existen ahora mismo en este mundo, porque para hacerlo han tenido que sobrevivir por más de cinco siglos a una lucha sin tregua por acabar con ellos, contra la sociedad occidental que sigue obsesionada por destruir todo lo que sea diferente, lo que no la refleje y la confirme.

Una de las cosas que más llamaron mi atención entre estos toltecas sobrevivientes, es que en sus prácticas espirituales como en su vida no representan las cosas. Las viven realmente. Cuando están haciendo la confesión no hacen “como si” se confesaran; se confiesan realmente. Cuando están frente al abuelo fuego no hacen “como si” se comunicaran con él; le abren completamente su corazón le hablan y lo escuchan. No fingen que van a “cazar venados” en Humun’ Kulluaby. Realmente viven un compromiso en el que ponen todo su ser, sin reservas, para encontrar su venado que no es otro que la visión que les enseñe... *“el modo correcto de vivir”*.

Frente a ellos, los hombres de la sociedad moderna parecemos como seres que siempre están mintiendo, haciendo como si las cosas les importaran, como si amáramos realmente, como si fuéramos importantes, como si fuéramos sinceros, como si nos gustara nuestro trabajo, como si disfrutáramos nuestros vicios, como si nuestras batallas fueran nuestras, como si...; siempre “como si...”. Por eso suelo decir que lo que me gusta tanto de esos seres humanos es que *son reales* en cada uno de sus actos. Un poquito que se nos pegue, tan sólo un poco que aprendamos a ser como ellos, será ya una ganancia enorme.

(Un ejemplo de esto, lo vivimos una noche durante la “cacería del venado” posterior a la peregrinación sagrada, recuerda mi amigo Manolo que “esa noche no parecía especial. Bailaron un rato, pero pronto todos daban. Yo estaba muy nostálgico pues la idea de la ciudad respecto a la magia que estaba viviendo no me agradaba. No podía dormir y comencé a tomar notas a la luz del Riego. Luego de un rato muy clavado en lo que escribía (una canción) recibí el último gran regalo del viaje. Cuando parecía que ya nada sucedería Tenía un rato escribiendo cuando la sensación de un movimiento cercano me hizo

levantar la vista Todos dormían Antonio se incorporó lentamente, se acercó al fuego y comenzó a hablar con él, con un sentimiento tremendo, total. Para ese hombre yo no existía, pero yo me impregnaba de todo su sentimiento. Era como si estuviera hablando con alguien muy íntimo, hacia pausas y EL FUEGO LE CONTESTABA, no sé como sucedía ni como yo lo sabía, pero le contestaba. La comunicación era evidente. Antonio marakame lloraba, y de pronto, tan repentino como todo comenzó, terminó. Dio la vuelta y volvió a dormir. ¿Dónde está este hombre? ¿qué mundo está viviendo en estos momentos? Lo que pude sentir con claridad es que es maravilloso. La visión del mundo de esta gente está en la percepción de estos seres vivientes que los acompañan activamente, el Abuelo Fuego, el Hermano venado, el Padre Sol y la Madre Tierra y no hay rollos, ni explicaciones, quejas ni juicios. Solo impecabilidad. No queda más que llorar.)

CAPITULO II

LA TAREA

EL VENADO DE HUMUN'KULLUABY

También yo fui a Humun' Kulluaby buscando mi venado. Y lo encontré. Me queda de ese encuentro mucho más que un recuerdo hermoso. Me queda el compromiso de asumir y responder a lo que el venado me dijo. Mi venado tiene dos cuernos; uno de ellos se refiere a mi lucha por ser una personal *real* y vivir una vida *verdadera*, tiene que ver con mi mundo personal, presente en todo cuanto hago. El otro tiene que ver con el mundo en que me tocó vivir; con el tiempo y el espacio que comparto con la gente de esta generación y de esta época. Este último punto me quedó claro al final de mi estancia en Humun' Kulluaby, durante el descenso del Cerro Sagrado La' Unarre, también conocido como «El Palacio del Gobernador» (el sol) o simplemente “El Palacio”. Allí, mientras corría detrás del marakame y el urukuakame, me fue dada la instrucción de lo que debía escribir en este libro. No podría establecer intelectualmente de donde vino la instrucción, pero me quedó muy claro que era un *comando* que no podía desobedecer. Y aquí estoy.

Fue allí también que *la voz* me dictó el título que tendría: “TOLTECAS DEL NUEVO MILENIO”. Este título alude al hecho de que, en este momento preciso, justo en los albores del nuevo milenio y por un breve lapso de tiempo, coincidimos sobre este mundo dos tipos diferentes de Toltecas. Los Toltecas sobrevivientes de la época antigua (wirarrikas y otros grupos indígenas) y la nueva simiente de Toltecas que, pasado el tiempo de la predominancia de los pueblos

indios, tomarán en sus manos la “Jícara del Conocimiento” no por medio de la fundación de escuelas o iglesias, sino en la adopción de formas de vida congruentes con el Espíritu.

Esta nueva Toltequidad naciente, tiene en este momento la oportunidad y la responsabilidad de aprovechar la presencia de los Toltecas sobrevivientes de la época antigua, no tanto a través del contacto físico con ellos, el cual se puede dar muy ocasionalmente, si acaso, como a través del desarrollo de acciones acordes con el mismo espíritu Tolteca que los anima. Estas acciones comienzan con la decisión de tomarnos cada uno la responsabilidad de nuestro propio Crecimiento y reencuentro con el Espíritu. Al hacerlo, nos estaremos hermanando con los indígenas de la sierra que están sumergidos de cuerpo entero en la *tarea*. Lo privilegiado del momento que nos está tocando vivir es que gracias a que en esta época hay marakames en relación íntima con el Abuelo Fuego, con nuestra madre Tatei Urianaka (Tlaltipac, La Tierra, Gaia, etc.,) y con el Espíritu mismo, el canal de comunicación está abierto y los caminos de retorno son visibles, lo que aumenta nuestras posibilidades de éxito en la búsqueda del contacto. Nos toca ahora a nosotros aprender a mantener abiertos esos canales y operando los caminos de Retorno al Espíritu antes de que nos quedemos solos, ahora que ellos todavía están aquí.

Juntos, los indígenas sobrevivientes —herederos directos del antiguo Espíritu Tolteca— y los buscadores sinceros y decididos, que solos o en grupos, están librando la batalla por realizar el camino de retorno, constituyen ese grupo especial —privilegiado por la maravilla de estar despierto y condenado por la responsabilidad de no olvidar— y al que he llamado Los Toltecas del Nuevo Milenio.

Para cumplir cabalmente con la tarea en la que estoy inmerso, tengo que llevarme a mí mismo a ser capaz de realizar mucho más de lo que hasta ahora he hecho. Escribir, por ejemplo, no es algo que se me dé de modo natural. En realidad, yo no soy escritor. Ocurre que a veces, por breves lapsos de mi vida, me comporto como tal. Dedico un porcentaje menor al uno por ciento de mi tiempo a escribir. Escribo cuando de plano ya no me queda más remedio. Esto se debe a que el

solitario ejercicio de escribir, dista mucho de lo que me resulta más natural: estar en medio de la acción del descubrimiento que suele producirse tanto a nivel externo e interno simultáneamente, ya sea en regiones apartadas e inaccesibles de la naturaleza o de la realidad.

MAS ALLÁ DE LA ANTROPOLOGÍA

Soy consciente de que la realidad indígena puede ser examinada desde muchos ángulos, incluyendo los habituales de la antropología. No obstante, mi trabajo se ha referido, sobre todo, a esas áreas donde el académico no puede penetrar, en razón del apego que tiene a su formación y a su condición de hombre o mujer “civilizado”. El punto es que llegar a experimentar por uno mismo esas facetas insospechadas para nosotros, de la percepción e interacción, con aspectos desconocidos de la realidad y de la conciencia, tiene un significado y una repercusión muy grandes para nuestro tiempo y nuestro modo de existir cotidianos. Nos abre la puerta al encuentro de lo que nos falta para recuperar el equilibrio que perdimos desde hace muchos años como personas, y desde hace siglos o milenios, como humanidad. Esa es la razón de que mi trabajo, visto desde un punto de vista global, no se lleva a cabo con exclusividad en el mundo indígena, sino que tiene su contrapartida en todos los trabajos que realizamos entre los no indígenas, entre la gente de las ciudades, implicada en los problemas de la vida moderna.

La antropología social o etnología, que supuestamente debería ser el canal a través del cual llegaríamos a conocer lo desconocido de “los otros” (por ejemplo, los indios), es en realidad un pequeño universo cerrado, que parte del ámbito académico y se dirige al mismo ámbito académico, del cual buscará la aprobación. La realidad de “los otros” se toca, —si acaso—, muy superficialmente. La gente de la calle no suele obtener ningún beneficio, avance o transformación, y ni siquiera se entera de lo que los antropólogos hacen. Los destinatarios de sus quehaceres no son los indígenas, ni la gente de su sociedad, ni ellos mismos como individuos, sino sus jefes en las dependencias de Gobierno u otros antropólogos, que habrán de calificar y (si tienen esa suerte), aplaudir la validez de su trabajo.

Por mi parte, quise ocuparme, precisamente, de aquellas áreas que los investigadores académicos no quisieron o no pudieron descubrir; o

de cuya existencia sospecharon, pero no incursionaron en ellas y silo hicieron, no se atrevieron a asumirlo públicamente por temor a perder el “rigor científico” o el reconocimiento de sus colegas del “establishment” académico.

Como anti antropólogo, no me tengo que preocupar de semejantes asuntos, y por tanto dispongo de mucha más libertad, y me puedo permitir el sumergirme en la experiencia del encuentro, involucrando la totalidad de mi ser. Dispuesto a ser transformado en el proceso. No me importa aprobar el examen de “rigor científico” que obsesiona tanto a los académicos. Me interesa dar un testimonio de lo *que sucede* cuando uno se atreve a dar ese “salto mortal de la razón”, y se brinca la barrera del yo, con todo, con su historia e importancia personales.

Por un lado, está lo que se puede presentar como “investigación científica”, y que puede, de forma eventual convencer a otros “científicos sociales” sin que surja sorpresa o conejo alguno del sombrero. Todo está en orden y bajo control. Los científicos lo comprendemos casi todo, y lo que nos falta ya lo entenderemos; es cuestión de tiempo. Pero por otro lado está lo que uno puede vivir y que no cabe en los esquemas netamente “tonales”* de la razón. Creo que es importante que nos atrevamos a explorarlo y darlo a conocer.

* La parte racional de la conciencia y el universo perceptual que está vinculado a ella.

CIENTÍFICOS CONTRA ESOTÉRICOS

Durante mucho tiempo dominaron el panorama del “conocimiento indígena” dos bandos en apariencia irreconciliables, pero en el fondo, con bastantes cosas en común: en uno, se ubicaban los “científicos sociales” con su obsesión en buscar comprobaciones congruentes con la existencia de **una sola realidad** (siempre acorde con su ideología o “marco teórico” preferido); en el otro, encontrábamos a todo un ejército de amigos de la fantasía y de quedarse sentados demasiado tiempo, propensos a evadirse de su **propia realidad** a través del uso de la mariguana o el alcohol, y a saturarse la cabeza con lecturas y conversaciones interminables, referidas a un “conocimiento indígena”, congruente con las fantasías occidentales del “indio sabio y poderoso”; pero que poco o nada tienen que ver con el conocimiento (mucho más profundo y práctico), existente entre los indígenas de carne y hueso. Esto dio como resultado el que se inventaran conocimientos indígenas, “casualmente” coincidentes con las corrientes esotéricas de moda. Así, proliferaron los cursos de “chamanismo”, que permitían convertirse en chamán, en poco tiempo, o que le daban acceso a los participantes a la imitación de rituales, que al no tener ninguna conexión efectiva con la forma cotidiana de vivir, resultaban vacíos e inoperantes. Servían sólo para entretenerse y olvidar, por un rato, los mil y un problemas no resueltos de la propia vida.

Paradójicamente, las lecturas y engendros varios, que disfrazados de conocimiento indígena, empezaron a saturar el mercado de la literatura espiritual de los ochenta y los noventa, produjo un alejamiento mayor de los indígenas reales; que al no parecerse demasiado a los indios espectaculares de los libros de la moda *new age*, eran desdeñados por los lectores de tales libros, pues se consideraba que no eran indígenas “auténticos”, o que estaban “contaminados” por la colonización (al fin y al cabo, resultaban más emocionantes y coloridos los indios de los libros). Una vez más, para no variar la costumbre, los miembros de la cultura “civilizada” se adjudicaron el derecho y la capacidad de decir

la palabra definitiva, en torno a los indios, ¡hasta el punto de establecerse en jueces capaces de determinar su autenticidad y su pureza étnica y espiritual!

Así las cosas, por una parte, los antropólogos llegaban a las comunidades para comprobar la efectividad de sus marcos teóricos, y a la vez, alimentar su propia importancia personal al ubicarse como “el que puede entender” la realidad indígena en base a su preparación intelectual; y por la otra, los consumidores de un conocimiento indígena libresco y fantasioso estaban más interesados en sus libros que en acercarse a conocer a los indios de carne y hueso, lo que les hubiera exigido tomarse el trabajo de afrontar las incomodidades que, para la gente de ciudad, implican las comunidades en que ellos viven. De este modo la posibilidad de encontrarse humanamente con la experiencia del mundo y conocimiento indígena, de una manera integral, quedaba prácticamente borrada.

Triste panorama. En un momento de nuestra historia como especie sobre el planeta, en que requerimos con urgencia encontrar formas diferentes y más sanas de aproximarnos a la realidad y a la experiencia irrepetible que es vivir, la supervivencia física de indígenas, que conservan mucho del Conocimiento que nos está haciendo falta, es como una última oportunidad de conseguir un verdadero descubrimiento, que ahora sí, dé como resultado la transformación y el crecimiento; una oportunidad de oro —a punto de desaparecer— para que haya un verdadero encuentro con el otro, a través del cual podamos descubrir también al *otro*, que permanece oculto en cada uno de nosotros.

En mis trabajos con individuos y comunidades indígenas, he intentado no quedarme atorado en la inmovilidad fantasiosa, de los que no se toman el trabajo de ir y averiguar por sí mismos, cómo son las cosas en esas otras realidades que, supuestamente, les interesan, ni atorarme tampoco en la búsqueda de la autoafirmación del investigador de campo, que viaja a regiones remotas sin estar dispuesto a desprenderse de su propia descripción del mundo, que le bloquea la visión. Lo que he pretendido, ha sido llegar lo más lejos posible,

dispuesto a dejar en el camino los jirones de mi propia historia, de mi propio ego y de mi propia descripción del mundo, para así, encontrarme lo más cerca posible de esos otros que nos son desconocidos. Si lo he logrado, al menos en parte, no me toca a mí decirlo, puedo tan sólo aportar el testimonio de mis esfuerzos.

Se trata de una narración subjetiva, lo cual asumo sin dificultad, a pesar de que los académicos tiendan a rechazar de antemano todo lo que sea subjetivo. A mí, en cambio, me interesa lo subjetivo porque, hace mucho, descubrí que nuestra experiencia de la realidad *siempre* es subjetiva y, que la percepción objetiva, no es más que una fantasía de la razón, ya que no hay modo de que la percepción se produzca sin la participación del “sujeto” (uno mismo).

Por otra parte, aun cuando asumo el carácter subjetivo de mi trabajo, considero que uno de sus aspectos significativos, es ser un reportaje de algo que en realidad ocurrió. No lo inventé ni me lo imaginé, por lo que nos aporta un ejemplo de lo que puede ser (en lo concreto) un encuentro con una forma del conocimiento indígena, con protagonistas vivos y cuya existencia puede ser comprobada, no está presente el lugar común básicamente libresco, del aprendiz que es elegido por sus características excepcionales, por el maestro perfecto que a partir de entonces lo convierte en el receptáculo de su conocimiento secreto, para después convertirlo en el oráculo que habrá de comunicar la revelación al mundo.

CAPITULO III

LOS TOLTECAS HISTORICOS

Los conocimientos históricos acerca de los toltecas, como todo lo que se refiere a nuestro pasado prehispánico, son escasos y confusos. No sólo por la falta de documentos escritos o por la insuficiencia de vestigios arqueológicos, sino también por la dificultad que surge al tratar de comprender civilizaciones que tienen una percepción del mundo muy diferente, en relación a las referencias conceptuales del pensamiento y cosmovisión contemporáneos.

¿Cómo vivían los toltecas? ¿en qué se interesaban? ¿cómo era el mundo que percibían?... Las respuestas a tales preguntas serían igualmente difíciles si los toltecas mismos estuvieran presentes en este mismo instante y frente a nuestros ojos, del mismo modo en que la observación directa del comportamiento o forma de vida de los indígenas vivos en este mismo momento, no nos reporta necesariamente respuestas sustanciales a semejantes preguntas. En efecto, a pesar de años y años de observaciones de campo, estudios que van desde los informes de Sahagún hasta los modernos estudios antropológicos, el universo indígena sigue sin ser penetrado por los investigadores religiosos o científicos. Esto surge, naturalmente, de la noción eurocéntrica, que comparte el mundo en general, de que no hay más universo o más realidad que la que percibimos normalmente. Es por ello que el mundo indígena, pasado o presente, visto por ojos y pensamiento no indígenas, es siempre una distorsión de lo que dicho mundo es en sí mismo, tal como lo perciben los que en él viven.

Todos los estudios históricos, etnológicos y de las ciencias humanas en general, tendrían que revisarse y replantearse a partir de la propuesta don juanista y fenomenológica de que el mundo, tal como lo percibimos, es una descripción que recibimos desde que nacemos, y que aprendemos a construir conforme nos incorporamos al mundo social. Así, si colocamos a un indígena mazateco y a un hombre de

ciudad en la misma habitación de un edificio o en el mismo paraje de una montaña, se encontrarán, sin embargo, en realidades separadas y estarán viendo mundos distintos, y mientras que el indígena ve en la tabla estadística de la pared solo trazos sin sentido, el hombre de ciudad mira con preocupación el descenso en la productividad de su empresa, y mientras en el bosque el indígena escucha y aprende de los árboles, el hombre de negocios sólo verá materia prima susceptible de ser comercializada. Naturalmente, si el indígena hablara de las lecciones que recibe de sus hermanos árboles o de los espíritus del monte, el hombre de ciudad pensaría: “!ah, estos inditos supersticiosos, pobrecitos..!”. Sin sospechar que él mismo es un prisionero, atrapado en su visión única del mundo. Sólo el Hombre de Conocimiento es capaz de cruzar las Líneas Paralelas, que mantienen a los mundos separados, para descubrir que hay más mundos, incontables, para ser percibidos y experimentados.

Más adelante nos ocuparemos con mayor profundidad de este tema.

La realidad indígena es pues, sumamente elusiva y mucho más cuando es una realidad pasada. Los mismos aztecas, sobre los que existe un gran número de vestigios etnográficos y documentos escritos en la misma época de la llegada de los españoles, son motivo de polémica y controversia, con muchas visiones históricas distintas que coexisten y compiten entre sí, en la actualidad. El caso de los toltecas de la antigüedad, mucho más lejanos en el tiempo, es un enorme misterio sobre el cual existen tan sólo leyendas. Leyendas que contaban los Aztecas. Leyendas que cuentan los etnohistoriadores. Leyendas que cuentan los cuenteros en algunas comunidades indígenas de México. Leyendas que cuentan los Marakame. Leyendas que cuentan los Hombres de Conocimiento. Leyendas que cuentan los Toltecas sobrevivientes, vivos en nuestro tiempo...

Por otra parte, y más importante todavía que las leyendas y relatos, está el testimonio vivo, que son los toltecas de hoy, y que constituye uno de los temas centrales de este libro.

Conscientes de la dificultad casi insalvable de querer comprender el universo indígena desde nuestro universo occidental y contemporáneo

y de la escasa información de que disponemos, comentemos, sin embargo, algunos de los rasgos del mundo tolteca que saltan a la vista, tanto en las leyendas y relatos indígenas, como en las investigaciones académicas sobre el tema.

Aunque la historia oficial ubica a los toltecas en un período que va del siglo IX al XII, el origen de la Toltequidad se pierde en la noche de los tiempos, aunque los rastros más antiguos de ella, se encuentren en una línea, que, de proyectarse a través del tiempo, se podría observar cómo olmecas teotihuacanos-toltecas, y que después de la desintegración de Tula, se proyectaría en ámbitos tan variados como wirarrikas, aztecas y mayas.

QUETZALCÓATL

La figura más destacada del mundo tolteca es sin duda Quetzalcóatl; la Serpiente Emplumada. Precisamente por la presencia de su representación en códices y vestigios arqueológicos, es posible conocer el carácter tolteca de muchos pueblos precolombinos. Se la puede observar en las pirámides de Tula, Hidalgo, donde se encuentran los llamados “Atlantes”. La encontramos también en Xochicalco, Morelos, de donde se sabe, que era un sitio de encuentro para sabios de muchos grupos indígenas distintos; a Xochicalco acudían, en general, precisamente para profundizar aún más en el Conocimiento Tolteca, y en particular, en los múltiples aspectos de la relación hombre—universo. En Chichen Itzá, Yucatán, es la misma Serpiente Emplumada descendiendo por la pirámide principal, la que señala el inicio de la primavera cada 21 de marzo, en un asombroso efecto de sombras, que nos da un mínimo ejemplo de la profundidad y precisión de los conocimientos maya-toltecas acerca del universo. Así ocurre también en Xochicalco, donde una gruta ceremonial es iluminada por un orificio que se comunica con el exterior, precisamente en el solsticio que da inicio al verano, el 21 de junio. La conjunción ave-serpiente, la volvemos a encontrar en el emblema de Meshico Tenochtitlan, que se conserva hasta la fecha en la bandera de México. Los ejemplos podrían multiplicarse, hasta alcanzar la mayor parte de nuestro territorio y el de los países centroamericanos.

Quetzalcóatl representa muchas cosas, que se refieren tanto a eventos históricos como a símbolos de tipo filosófico y espiritual. Se le conoce como el héroe cultural y civilizador que lleva a los toltecas a su más alto nivel de desarrollo técnico y espiritual. Y aunque todo parece indicar que existió un Quetzalcóatl humano, y que fue gobernante de Tula, el símbolo de la Serpiente Emplumada, en la que se representa la elevación de lo que antes se arrastraba, trasciende al personaje histórico, al cual se llamaba Quetzalcóatl, precisamente por haber logrado en su persona semejante elevación espiritual. Conviene

recordar que, en las más altas culturas precolombinas, religión y ciencia no estaban separadas, sino que formaban parte de un saber integral, que permitía una adecuada relación del individuo con su mundo. Por ello no es extraño que la sabiduría de Quetzalcóatl, también llamado Huemac, se expresara lo mismo en conocimientos técnico-científicos, como en lo relativo al desarrollo de la conciencia y la vida espiritual.

LOS TOLTECAS SE DISPERSAN

Se asocia a la misteriosa partida o desaparición de Huemac-Quetzalcóatl el fin del esplendor tolteca y existen múltiples relatos y leyendas en torno a este asunto. Sea como fuere, hacia finales del siglo XII Tula es abandonada y los Toltecas se desintegran. Errantes, se distribuyen hacia diferentes regiones de Mesoamérica, las cuales, en mayor o menor medida, se ven enriquecidas por la presencia de los sabios toltecas. A partir de este período, y por causa de la influencia tolteca, es por lo que los mayas alcanzan alturas nunca antes vistas en su saber.

Algunos de los grupos procedentes de la antigua Tula, se asientan en las inmediaciones de Nayarit y Sinaloa, fusionándose con grupos existentes en la región, inclusive con aquel que más tarde se conocería como wirarrikas, y que en ese tiempo todavía habitaban en las costas de los límites entre Nayarit y Sinaloa, cinco siglos antes de que la invasión española los obligara a refugiarse en las altas sierras, donde hasta la fecha se encuentran. Precisamente en esa región y de población básicamente tolteca, se formó la famosa Aztlán, de donde procedían las doce tribus que después de un peregrinar de doscientos años y siguiendo un mensaje del mundo del soñar, fundarían Meshico Tenochtitlan, dando origen al pueblo Meshica, también conocido como los aztecas. (véase de Gutierre Tibón “Historia del Nombre y Fundación de la ciudad de México”)

CAPITULO IV

TOLTECAYOTL

Los toltecas no eran un pueblo guerrero en el sentido clásico de la palabra, es decir que no se dedicaban a las guerras de conquista o cosas similares. Los toltecas era un pueblo en el cual las artes y el saber eran tenidos en alta estima. La cultura de “flor y canto”[†], alcanzó entre ellos su más alta expresión. Eran guerreros del Espíritu. Los mismos mexicas llamaban “Toltecayotl” (Toltequidad) al conjunto de las ciencias y artes, y “Tolteca”, al hombre de conocimiento, al sabio[‡].

Al no estar enfocados a las actividades bélicas, Los toltecas centraban su interés en el Conocimiento y el Espíritu. La vida cotidiana de simples y principales, estaba consagrada fundamentalmente a la religión, que conservaba su carácter original de Camino al Espíritu.

Llegados a este punto es conveniente notar, que tanto para los toltecas de la antigüedad, como para los sobrevivientes de hoy en día, la religión no era, como ocurre en nuestras religiones modernas, un conjunto de pautas de conducta predeterminadas, dogmas o la proyección de la importancia personal del hombre a las esferas de lo divino, y que suele usarse para la manipulación de las masas en beneficio de un pequeño grupo dominante; sino que era —como acabo de mencionar— una serie de formas y prácticas que tenían como objetivo mantener en contacto al hombre con el Espíritu.

Desde nuestra propia perspectiva, y desde nuestra moderna concepción de la religión, pretendemos observar y comprender a las religiones no occidentales y fallamos. Al interpretar las religiones prehispánicas, por ejemplo, caemos en el error de creer que nuestras

[†] véase “La Filosofía Náhuatl” de Miguel León Portilla.

[‡] véase “Toltecayotl” de Miguel León Portilla

concepciones en torno a la religión son universales. Así, si observamos que un wirrarika habla con respeto del Sol, o hace algún ritual de enlace con la energía de la tierra, nos apresuramos a pensar que consideran que la tierra y el sol son sus dioses. Ante los múltiples símbolos y representaciones de lo abstracto, solemos decir simplemente que “creían en muchos dioses”,

El problema de la mayoría de las religiones es que complicaron cada vez más las representaciones del Espíritu, hasta el punto de que se tomaron las representaciones como la realidad y acabaron inventando a Dios. El ego y la importancia personal participaron activamente en el proceso, y Dios acabó siendo a imagen y semejanza del ego del hombre, de ahí que se le concibe con deseos, enojos, necesidad de reconocimiento, alabanzas, etc. Llegados a este punto, la religión devino en “creer” en todas las historias que se fueron inventando colectivamente sobre “dios”, y en actuar de acuerdo a códigos de conducta derivados de tales historias y que, “casualmente”, suelen coincidir con los intereses particulares de los grupúsculos de poder.

No ocurrió así entre los antiguos toltecas, y no ocurre así entre algunos grupos étnicos sobrevivientes de la Toltequidad, que conservan casi intacta su religión original; y por ello, continúa siendo un verdadero camino de encuentro con el Espíritu.

Otro aspecto relevante de la espiritualidad tolteca expresada en su religión es su pragmatismo, como lo podemos observar en esta pequeña plática que sostuve con Don Pedro de Haro, uno de los marakames más poderosos y respetados de la sierra wirrarika, durante mi estancia en San Sebastián:

— “...No muchacho, ustedes se piensan que los indios somos tontos ¿no?, porque creemos en muchos dioses y no sé cuántas cosas. Pero nuestra religión, a diferencia de la de los tewarís (mestizos o blancos) no es cosa de creer sino de *ver*. Mira, te voy a contar lo que le dije a un gringo, de esos que se nombran pastores y que creen que todos somos sus chivos. Andaba duro y dale que si Cristo por acá, que si la biblia por allá, y “entons” yo le dije:

— Bueno, bueno, ¿a ver? que tanto se trae con que si Cristo, o que si no Cristo, ¿qué? ¿usted lo conoció?

— Bueno, no en persona.

— ¿Y conoce a alguno que lo haya conocido en persona?

— No así... vaya, vivió hace dos mil años....

— ¿¿¿Dos mil años??? ¡pa la mecha! ¿y cómo sabe si es cierto que existió, o si son puros cuentos?

— Pues aquí esta su palabra, en la biblia.

— ¡Ay “mijito”! ¡y luego nos dicen que los indios somos brutos porque creemos en la tierra y en el sol!

— ¡Brutos, brutos!, pero a Tatei Urianaka (la tierra) nadie me la plática, ¡la veo todos los días! y todos los días recibo sus frutos: El maíz, el agua, el frijol. ¡La puedo tocar y caminar y vivir en ella! ¿Y a Tau...? (el sol) diario, diario, recibo su calor y su *nierika* (luz, conocimiento, visión, enseñanza), no tengo más que mirar parriba y ahí esta

— Y, además, ¿Cristo que produjo?, que yo sepa, nunca produjo nada, en cambio la tierra, nada más échele una mirada, ¡todo el tiempo está produciendo!, y nos alimenta y así vivimos ¿ton's? ¿quiénes son los tontos...?

— No pus de plano lo corrimos, por eso aquí nunca han podido entrar esos, ¡ni esos ni los otros!”

EL ESPÍRITU

Resulta inherente al hombre la intuición del Gran Espíritu. El sentimiento de estar incompleto o solo, ha acompañado al ser humano durante toda la historia. Y no es por una mera cuestión de miedo o debilidad que el hombre se ha inventado dioses. El hecho es que detrás, o en el fondo, de todo cuanto existe, subyace una energía última, que lo anima y lo mueve. Los antiguos chinos la nombraron Tao, los físicos modernos simplemente energía, los mayas Hunabku, los wirarrikas Tatewari o lusí, los antiguos toltecas Ometeotí o el Águila. Los guerreros de la nueva Toltequidad llamamos a esa fuerza que sostiene todo cuanto existe, Misterio, Nagual, Intento, o simplemente Espíritu. Finalmente, los nombres es lo que menos importa, mientras que lo que realmente cuenta es la vinculación que, a través de nuestros actos, podamos mantener con esa energía.

El objetivo del hombre que va al Conocimiento es —desde la perspectiva tolteca— encontrar al Espíritu y ser uno con él, expresando su natural discurrir a través de sus actos cotidianos. Fluyendo y comportándonos de acuerdo al flujo del Espíritu, nuestro actuar no encuentra obstáculos infranqueables, sino que es eficiente, armónico y poderoso; además de darnos paz y bienestar. Así, todas las dificultades del hombre surgen del hecho y desde el momento en que el individuo, o la sociedad en su conjunto, pierden conciencia de su vínculo con el Espíritu, y por tanto actúan en discordancia al correr natural de la energía.

LA NATURALEZA ROSTRO VISIBLE DEL ESPÍRITU

Cada parte del mundo existente no es otra cosa que el rostro visible del Espíritu, pero es el hombre quien —cegado por su propio sentimiento de importancia— ha perdido conciencia de su relación con el espíritu, y por ello se siente separado de todo, pretendiendo inclusive estar por encima de todo. La naturaleza, por otra parte, no es víctima del hechizo de la razón y por tanto expresa de modo natural el flujo del Espíritu. Es por ello que muchos Hombres de Conocimiento han tenido como ‘maestros’ a un arroyo, una montaña o un árbol, otros se han vuelto aprendices del lobo o del venado, por citar sólo algunos ejemplos.

El Conocimiento Tolteca al no haber devenido en formas religiosas vacías de Espíritu, tiene como uno de sus aspectos fundamentales la observación y la relación del hombre con la naturaleza. No ubica al ser humano como el rey de la creación, ni como el más alto y desarrollado de los elementos de la naturaleza, sino que, por el contrario, consciente de la peligrosa tendencia del hombre a quedar hechizado por su propio pensamiento, se da cuenta que es el hombre quien tiene que aprender de la naturaleza, para poder reintegrarse y ocupar el sitio que naturalmente le corresponde en ella. Esta diferencia entre nuestras concepciones religiosas y las del mundo de la Toltequidad, queda de manifiesto en el hecho de que mientras para nosotros, en la cultura occidental, Dios es un barbón (naturalmente varón) y a menudo iracundo, para los wirarrikas, por ejemplo, representan a la energía que rige al mundo como un venado, y azul para mayor referencia.

Hoy en día, el hombre moderno aferrado a su antropocentrismo compulsivo, considera que la “adoración de la naturaleza” era una forma primitiva de religión, que antecede al concepto moderno de la religión, en la que se adora a un dios único con forma y características humanas. Sin embargo, esto no es otra cosa que una más de las formas de la soberbia del hombre moderno de occidente, que insiste en ponerse como el centro de todo, considerando a la naturaleza y a lo que la

compone como inferior, como un simple cúmulo de recursos que están allí exclusivamente para satisfacer sus necesidades y deseos. La actitud suicida de seguir dañando el medio ambiente por satisfacer la compulsiva necesidad de acumular más y más capital, es apenas una de las consecuencias de dicha soberbia, que debería llevarnos a reconsiderar nuestros puntos de vista en torno a lo atrasado de “adorar la naturaleza” ¿No resultaría mucho más sensato, y aún más urgente, el que aprendiéramos de nuevo a sentir respeto y veneración por la tierra, el sol, las montañas, los ríos y los animales?...

El hombre daña la naturaleza, usa y abusa de ella, porque se considera ajeno a ella. No se da cuenta que él mismo es parte de ella, y que, al destruirla, se está destruyendo también. Es por ello que las prácticas espirituales de las indígenas tan ligadas a la naturaleza, no son en modo algunas formas primitivas de religiosidad, sino por el contrario, una forma mucho más sensata de relacionarse con el medio ambiente, lo que deriva en un aprovechamiento saludable y no suicida de los recursos naturales.

Este sentimiento espiritual nutría también la actividad técnico-científica, de la que no estaba divorciado, lo que permitió, por ejemplo, que en el México prehispánico se produjeran asentamientos con grandes núcleos poblacionales, sin un deterioro ambiental creciente.

EL CAMINO DEL CONOCIMIENTO TOLTECA

Siguiendo esta misma perspectiva, la iniciación al Conocimiento de un tolteca, no es un asunto exclusivamente humano, no está determinado por la existencia de un maestro y un alumno. El aprendiz aprende de la naturaleza y en última instancia del Espíritu. La presencia de brujos, curanderos o marakames, no es para que estos le transmitan al aprendiz su conocimiento, sino básicamente para empujarlo a que él mismo establezca el contacto con el Espíritu, que significa el verdadero Conocimiento. Es por ello que los Hombres de Conocimiento Tolteca casi no hablan, sus técnicas de enseñanza son — además del ejemplo— actividades y procedimientos que quienes trabajan con ellos, se ven en situación de realizar y que abren la puerta al Conocimiento Silencioso, el cual es una posibilidad oculta en cada ser humano.

En los rituales indígenas de iniciación, no es un hombre o maestro el que inicia al aprendiz, sino que éste se inicia con la naturaleza; el joven indio que para convenirse en guerrero tiene que realizar un largo recorrido a través de montañas y territorios desconocidos. La búsqueda de un venado mágico que da lecciones de cómo vivir. El ritual que ha de realizar ante el sol del amanecer. La danza o los rituales catárticos ante el poder de una tormenta, el aprendizaje que se realiza durante el arduo ascenso de una montaña sagrada, etc., etc. Recuerdo una conversación que tuve con Agustín, un joven wirrarika de Santa María.

— Y tú, Agustín, ¿ya fuiste a Humun' Kulluaby?

— No, todavía no, pero a lo mejor ya pronto.

— ¿Y por qué no has ido todavía?

— Pues porque me da miedo ¡si está bien grueso!, pero uno no va por gusto, sino por obligación.

— ¿Por qué dices eso? ¿a qué vas?

— ¡Pues a *ver*! ahí es donde Tamatzin (Tamatz Kallaumari, el bisabuelo cola de venado), te dice qué vas a hacer, si te vas a dedicar al campo o a curar, o a ser cantador o marakame. No más que pa' que

te hable necesitas batallar mucho, y por eso me da miedo, si no haces todo bien, pues entonces ves puras cosas horribles, demonios y cosas así.

— Y si, por ejemplo, tú quieres curar ¿quién te enseña? ¿otro curandero?

— No, claro que no. Primero recibes señal allá en la Humun' Kulluaby. Si el venado te habla y te dice: —¡oye tú!, tú vas a curar, pos entonces tienes que curar.

— ¿Y cómo empiezas? ¿quién te enseña?

— Nadie, uno tiene que aprender solo....

— ¡¿Pero ¿cómo?! si nadie le enseña ¿cómo puede aprender a curar?

— Pus así nomás. Mira, si ya recibió señal se va a su casa, pero no empieza luego, luego, porque no tiene confianza y se hace pendejo un buen tiempo. Aunque ya recibió la orden, como que no se atreve y entonces el venado se le aparece en sueños y le dice: ¿qué estás esperando, que no curas? ¡empieza ya! Y así lo sigue friegue y friegue, y el otro que no se anima. Hasta que un día uno de su familia se enferma y no le queda más remedio que curarlo como pueda: con yerbas, cantando, sacándole el mal con la boca, ¡cómo pueda! Y así es que empieza. Cuando se enferma algún otro de su familia, pues también lo cura. Puede hacerlo, puesto que Tamatzin le dio ese Don. Y así ya es curandero.

— Y una vez que cura a los de su familia, ¿les anuncia a los demás wirarrikas que él puede curar?

— No, él no se lo dice a nadie, pero sus vecinos lo van conociendo y cuando alguno se enferma, pues lo buscan a él y así se va haciendo su fama, según qué tan bueno sea.

Por lo mismo que no es un conocimiento meramente humano, el Conocimiento de los Guerreros de la Toltequidad no consistía, ni consiste, en palabras aprendidas en libros o escuchadas de los labios del maestro. Aunque las palabras existan entre el aprendiz y el hombre que lo empuja al Conocimiento, estas juegan un papel secundario, y serán útiles, generalmente, *después* de que el aprendiz ha experimentado por sí mismo la experiencia del Conocimiento.

De este modo, para la verdadera experiencia del Conocimiento no hay libros, enseñanzas, maestros ni palabras.

El único Camino, es la propia vida, el único Maestro es el Espíritu, y su rostro visible es la Naturaleza.

ENSEÑAR-SE

En el idioma náhuatl no existe el concepto de aprender tal como se concibe en occidente, en el que uno aprende de alguien más, específicamente de un maestro. De ahí, que, en dicha lengua, la palabra más cercana a la voz castellana “aprender” sea *nimomáshtic*, cuya traducción literal sería enseñar—se (modo reflexivo). Así me decían mis primeros ‘maestros’ de danza *wirrarika*; dos niños que me alentaban durante un largo ritual: ¡enséñate, enséñate!

Es por ello que aquél que asume verdaderamente la responsabilidad que significa el Camino del Conocimiento, sabe claramente que maestros, libros, grupos, etc., son tan sólo apoyos de menor o mayor valía, según sea el caso, para su propia batalla por el Conocimiento, y la Libertad, a los que tendrá que llegar por su propio pie y por su propia voluntad, con sus propios pasos y con su propia energía. Y que, en cualquier caso, lo único indispensable es un espíritu dispuesto y la energía necesarios para iniciar el Camino. Si se cuenta con esto, los apoyos externos aparecerán, en cualquier forma. En cambio, si se carece de la convicción interna o la energía necesaria, todos los maestros por grandes que sean, todos los libros leídos, los cursos tomados, etc., no podrán ayudarnos.

En la época en que vivimos, el enseñar-se que conocían nuestros viejos abuelos cobra especial relevancia. Ya pasó el tiempo de los maestros y ha llegado el tiempo de que cada uno de nosotros asuma su propia responsabilidad. No están los tiempos para poner el único patrimonio verdadero que tenemos, es decir, nuestra única vida, en manos de maestros o guías que puedan resultar falsos o verdaderos. Tu tiempo llegó, y es aquí y ahora, úsalo y es que, viéndolo bien, si podemos tratar directamente con el Espíritu ¿para qué necesitamos intermediarios...?

CAPÍTULO V

LA TRADICION DE LOS TOLTECAS SUPERVIVIENTES

UNA RELIGIÓN VIVA

La vida cotidiana de los wirarrikas está implicada en cada detalle con su pensamiento religioso. Su religión, no es una actividad que se realice separadamente de las demás áreas de su vida, como el que va a misa de vez en cuando, para no recordar después nada relacionado con su supuesta fe. Para los wirarrikas, su pensamiento religioso no constituye una doctrina o un cuerpo de creencias. No la tienen registrada en ningún tipo de libro sagrado, ni es administrada en exclusiva por ministros o autoridad alguna. No existen autoridades religiosas que todos reconozcan, o que ejerzan algún tipo de dominio sobre la comunidad. Para ellos, la religión es una forma de vida, en la que cada uno de sus actos está en relación con las fuerzas que rigen al mundo. Como no tienen libros sagrados, ni organizaciones o jerarquías religiosas, comparten entre toda la responsabilidad de conservar y recrear su cosmogonía, día a día, de generación en generación. Así, las historias, canciones y leyendas de Tamatz Kahullumary, Tatewari o la historia de la creación del mundo, no es una historia cerrada. Cuando el marakame relata las historias, no está simplemente contando algo que memorizó o que aprendió de otro brujo, sino que relata lo que está *viendo* en el mismo momento del ritual. A las muchas historias que ha escuchado a lo largo de su vida sobre los personajes de la cosmogonía wirrarika, irá añadiendo las historias que él mismo *vea* o reciba,

directamente, en los momentos en que su conciencia se enfoca en la *realidad aparte*.

Entre los wirarrikas la búsqueda de Dios o del Espíritu, no es un asunto de cosas que te platican y crees. Es asunto de *ver y oír* por uno mismo. Un niño wirarika puede oír por muchos años las canciones y leyendas del Bisabuelo Cola de Venado, o de la Tatei Urianaka, pero hasta que no los *VE* por sí mismo, no está verdaderamente iniciado en tales conocimientos. Los miembros de la cultura moderna, pensamos con demasiada ligereza, que el pensamiento religioso de los indios está poblado de supersticiones y relatos imaginarios. Esto se debe a que nuestro sentido moderno de la religión es exactamente así:

un cuerpo de dogmas en los que en el fondo no creemos, un cuerpo de normas de conducta que no respetamos, y una serie de historias de las que jamás somos testigos. En suma: historias y supersticiones vacías, sin ningún referente empírico concreto. Podemos hablar de Cristo o de Dios interminablemente. Podemos, inclusive, afirmar que Dios quiere esto o aquello, que piensa de tal o cual manera, que se comporta así o asá: pero jamás lo vemos, ni nos consta nada de lo que afirmamos al respecto. Es natural que partiendo de un referente religioso tan vacío y pobre, pensemos que a los indios les ocurre algo similar, si no es que vamos todavía más lejos: hablamos con petulancia de “las religiones primitivas” y pretendemos ubicarnos muy por encima de ellas. Hacemos estudios y clasificamos. Opinamos y creemos entender. La verdad es que, generalmente, no tenemos la más mínima idea de lo que en realidad ocurre en la experiencia religiosa de los indios, en especial, de aquellos que conservan los aspectos fundamentales de las antiguas religiones prehispánicas.

Los wirarrikas son en este sentido un caso extraordinario. Su religión se ha conservado prácticamente intacta de la contaminación de las religiones bárbaras llegadas de Europa desde el siglo XVI, así como también de las que, en tiempos más recientes, van penetrando nuestro País desde los Estados Unidos.

La palabra religión conserva entre ellos un significado pleno: “*religare*” es “re-unir”, volver a unir al hombre con la energía que

anima al mundo a la que podemos llamar Dios, Nagual, Espíritu, Intento, Iusi § o como quiera que se nos ocurra.

§ Palabra con que los wirrarika designan a la energía última que sustenta cuanto existe.

LA TRADICIÓN DE LOS TOLTECAS SUPERVIVIENTES

Precisamente, porque los procedimientos y prácticas religiosas entre ellos, siguen operando como un sistema funcional y eficiente que lleva a los hombres y mujeres de ese pueblo a reunirse efectivamente con el Espíritu, decimos que es una religión viva. Un verdadero camino de retorno, que implica complejos e insólitos manejos de la percepción y la conciencia, de tal manera que aquello que el marakame relata con sus cantos, no son historias que aprendió en un momento de su vida y que luego repite a los demás, sino que reporta un mundo, o una serie de mundos paralelos, en los que efectivamente penetra, a veces, con todos los presentes, gracias al manejo de formas de atención que el hombre común ni siquiera sospecha que existen.

EL MARAKAME

Aunque prácticamente todos los wirarrikas participan de la vida religiosa de sus comunidades, destaca, en este sentido, la figura del marakame (mara ah-kame pronuncian ellos), que según los antropólogos es el chaman de la comunidad.

El término *chaman*, en realidad, no nos dice mucho, ya que se inventó para designar —de un plumazo— a todo curandero, brujo, cantador, sacerdote, yerbero, bailador, diablero, hechicero y todos los etcéteras correspondientes, sabiendo que existen peculiaridades relativas a cada uno de tales practicantes. Se ha abusado tanto del término, que ya hasta se puede convertir uno en “chaman” mediante cursos de una semana, o poco más, que no son otra cosa que refritos del “Control Mental”, a veces aderezados con música indígena y hasta con drogas psicoactivas. Esto está especialmente de moda en Europa y particularmente en España.

El caso de los marakames debe por tanto ser considerado un caso aparte del tema “chamanismo”. El marakame es fundamentalmente el cantador, que en sus cantos refiere las historias de la creación del mundo, y de los cientos de personajes que pueblan el universo cosmogónico wirrarika. Se le requiere prácticamente en toda ceremonia o evento religioso. Lo mismo se trate de propiciar lluvias, que, de pedir consejo en torno a la solución de problemas cotidianos, o de curar a algún enfermo. En tales ocasiones, el marakame entra en trance y recibe instrucciones directamente de los Poderíos que gobiernan el mundo. Cantando durante una o varias noches seguidas, refiere los designios de los Poderíos o las razones no evidentes que originan alguna enfermedad o la prolongación de una sequía.

Esta es la visión más simplista de lo que hace un marakame. Antes de meterme en más honduras y referirme a los aspectos más complejos del quehacer del marakame, como el que abre la puerta entre los mundos, vale la pena comentar que existe un altísimo número de ellos en la sierra. En cada ranchería puede haber uno o más. El que no tiene

el cargo sagrado, es hijo, sobrino, hermano o, cuando menos, amigo de alguien que lo tiene. Una de mis primeras impresiones entre los wirarrikas (un poco exagerada) fue que casi todos los que no eran marakames, estaban en camino de serlo. Por lo demás, no hay requisitos específicos que cumplir, ni se requiere la autorización de nadie, excepto del Espíritu. Por supuesto, también hay mujeres marakames, aunque su número es más reducido, probablemente debido a las exigencias de la gestación y la crianza de los bebés.

Por otra parte, si bien es cierto que los marakames, en general, se hacen solos, sin que exista una instrucción, educación especial o maestro alguno que los inicie, no por ello debe pensarse que es una tarea fácil o que se aprende rápido (casi todos los marakames son muy viejos). La tarea que realizan tiene un grado de complejidad pasmoso, tanto en lo externo, donde el número de elementos y objetos rituales que tiene que manejar es impresionante, como en lo interno, donde el manejo de su atención y percepción, tiene que ser lo bastante intenso como para “jalar” a todos los presentes, en el ritual a ese otro mundo en el que se ha metido.

Aunque llevo años en contacto directo con los rituales que realizan, observando y experimentando en mi cuerpo y en mi percepción, el trabajo del marakame, cada vez aumenta más mi convicción de que lo que alcanzo a percibir es apenas una parte de todo lo que está ocurriendo. Los rituales son extraordinariamente ricos y complejos: cada cosa que realizan como encender el fuego, danzar, la forma de caminar, cantar, la forma y el orden para sentarse, el atuendo que usan, los objetos necesarios, el trabajo de los cantadores, la respuesta de los demás, la entrada y salida al círculo mágico, la manera de acercarse o dirigirse al fuego, tienen siempre una forma necesaria, una dirección, un ritmo y un orden específico. La imagen simplista del ritual, en el que los indios básicamente danzan, cantan y observan el fuego, tiene muy poco que ver con la realidad ocurre mucho, ¡muchísimo más! Y ocurre tanto, que hay rituales que toman muchos días o semanas, sin que se repitan los procedimientos del día anterior. Lo increíble es que todos los participantes dominan con una concentración y una precisión

sorprendentes, el conocimiento preciso de cómo comportarse en cada momento. Esto da como resultado, que actúen como un solo cuerpo, con una sincronicidad total, sin que medien acuerdos verbales. Curiosamente nunca he visto a un wirrarika asumir el papel de “maestro” e instruir verbalmente a otros.

EL APRENDIZAJE DEL ESPÍRITU

Al principio me preguntaba: ¿cómo aprendieron todo eso? ¿cómo es que nadie requiere de instrucciones?, La observación silenciosa de los hechos me dio la primera parte de la respuesta: aprenden desde bebés; desde el vientre de la madre. Como la maternidad y la lactancia no excluyen a las mujeres ni a los niños de los rituales, ni siquiera durante la extenuante travesía a Humun’Kulluaby, a lo largo de, literalmente, toda su vida, los wirrarika participan de los rituales. Aprenden, participando, sin ninguna clase de entrenamiento previo.

Fue entre ellos, que conocí esa forma de aprendizaje y la sigo considerando la mejor, ya que no se pierde tiempo y energía solicitando la autorización de la razón, del ego y de la historia personal, sino que simplemente uno es puesto allí, donde la situación nos fuerza a actuar. La segunda respuesta a la precisión y sincronicidad con que se mueven durante los rituales, es aún más extraña. Tiene que ver con enlaces concretos que la conciencia humana puede realizar, especialmente en situaciones de alta concentración, en que se focaliza la atención y la energía hacia un objetivo común. La resultante es que se produce algún tipo de *alineamiento* entre la conciencia de los participantes, y se establece una forma de comunicación mucho más sutil y eficiente, que la ordinaria comunicación de las palabras. El hecho total es que se convierten en un solo cuerpo energético, que naturalmente actúa en concordancia armónica consigo mismo.

Volviendo a los conocimientos del marakame, aunque a lo largo de toda su vida ha participado en rituales y observado a muchos marakames, lo sustancial de su conocimiento no lo aprende por imitación, sino que lo recibe directamente del Espíritu, que a ellos aparece como el Venado Azul. De hecho, es Él quien les ha dado la encomienda de convertirse en marakames, no es una decisión personal.

Una vez que se ha recibido “el llamado” se deben hacer muchos cambios, ya que la manera de prepararse y propiciar las “lecciones” de Tamatzin, es llevando una vida ajustada y exigente, con prolongados

periodos de abstinencia de distintos tipos, participando incesantemente en los rituales y actividades concomitantes, aprendiendo a enfocar la experiencia del *soñar* en el aprendizaje espiritual; pero, sobre todo, peregrinando a Humun'Kulluaby: el hogar de Támatz Kahullumary. Es allí, en esa *zona de poder* fundamental, en donde los marakames y los que están en vías de serlo, van a la búsqueda de *su venado*, que es la *visión o visiones* fundamentales, sobre las que irán construyendo su quehacer. (*) Es allí donde reciben las partes principales de su instrucción. Por este motivo, a diferencia de los wirrarika comunes, que tienen la obligación de peregrinar, al menos una vez en su vida a Humun'Kulluaby, los futuros marakames o los que están en funciones, tienen que ir muchas veces.

(*) Me platicaba Don Pedro de Haro, el famoso marakame ya atado por Femando Benítez hace 25 años, que en la cosmogonía que ellos experimentan de un modo concreto, no hay en realidad un solo venado, sino que hay muchos, incluyendo el 'falso venado' que te tienta peligrosamente ofreciéndote poder y conocimiento, pero que en realidad te pierde, te extravía. También me explicaba, que en el aprendizaje del marakame hay cinco venados principales, a los que se va conociendo uno por uno, empezando por el más chiquito y terminando con el hallazgo del venado mayor: Tamatz Kahullumare. cada venado tiene sus características y sus lecciones son relativas a la naturaleza de su conocimiento, enfocado a diferentes aspectos de la vida y la conciencia.

Si tomamos en cuenta que los marakames son tan pobres como cualquier otro wirrarika, que no reciben pago alguno por sus servicio, y que además de sus trabajos espirituales, deben seguir realizando todos los demás trabajos cotidianos, como la labranza, la siembra y la cosecha de sus campos, el cuidado de los animales, la construcción y reparación de sus viviendas, etc., nos damos cuenta de que el fin que mueve a los wirarrikas a querer convertirse en marakames, no es otro que una verdadera convicción espiritual.

Un amigo mío comentaba, que después de una de sus presentaciones públicas en España, Castaneda afirmó que, comparados con los miembros de la moderna cultura europea, todos los indios son brujos. En el caso de los wirarrikas, esto se hace particularmente cierto, dado que, casi todos, son expertos practicantes en las complejas prácticas espirituales en las que participan desde que nacen, y por tanto, son capaces de manejarse con eficiencia, tanto en la realidad cotidiana, como en la *realidad aparte* que constituye el mundo del *nagual*.

Como existen muchos marakames entre los wirarrikas, los hay unos mejores que otros, no desde un punto de vista moral, sino desde un punto de vista energético. Existen algunos “marakames”, un tanto aficionados a la bebida o cuya situación de salud o sobrevivencia, no es precisamente la expresión de un alto nivel de energía. No es cuestión de juzgarlos, especialmente, porque con independencia de lo anterior, todos ellos prestan un servicio valioso y desinteresado a su comunidad. El caso es notar que, dentro de los mismos wirarrikas, los niveles de conocimiento y praxis, tanto en las esferas de la conciencia y percepción, como en la esfera de los asuntos cotidianos, varían mucho de persona a persona.

He conocido como quince marakames. De entre ellos he tenido una relación cercana con cuatro, y puedo decir que algunos de ellos están metidos en asuntos tan extraordinarios y alucinantes, que no le piden nada a las historias de Castaneda, que no es decir poco. Son este tipo de marakames y los grupos más o menos secretos que lideran, sobre los que descansa la tremenda responsabilidad de conservar vigentes, para las generaciones siguientes, el cuerpo de prácticas, y conocimientos relativos a las posibilidades insospechadas de la conciencia y la percepción, que el mundo indígena desarrolló a lo largo de siglos y milenios.

El siguiente milenio se encuentra a menos de siete años de distancia, y ese conocimiento sigue vivo y desarrollándose, inclusive se multiplica. Como empieza a notarse, algunas ramificaciones de ese conocimiento, empiezan a proyectarse fuera del mundo indio y a tocar a diversos espíritus receptivos. No sabemos hasta dónde pueda llegar.

PUEBLOS INVISIBLES

Los wirarrikas viven en las regiones más apartadas e inaccesibles de las sierras, comprendidas entre los Estados de Nayarit, Jalisco y Zacatecas. Viven en pueblos que de hecho no existen. Quiero decir con esto, que si uno logra vencer todas las dificultades de llegar a los sitios donde habitan, en los que no existen carreteras, ni caminos de terracería, ni luz, ni teléfono, ni televisión ni radio, y donde la única manera de llegar es caminando durante muchas horas, a veces durante días, sin extraviarse demasiado, cuando al final se llega al pueblo de San... uno se encuentra con que ¡no hay pueblo alguno! ¿Y dónde está San...? pregunta si es que tuvo la suerte de encontrar a alguien. ¡Pos ahí está en frente! ¿que no lo ve...? pos no!...

Lo que sucede es que los wirarrikas no viven agrupados en el lugar donde se supone que está el centro de la comunidad, generalmente compuesto por un templo ceremonial (Kali Huey), y una construcción para que se reúnan las autoridades tradicionales, además de unas cuantas chozas; sino que viven repartidos en las barrancas y cañadas de la región; ¿y dónde está la casa de fulano...? ¡ahí nomás cruzando el río! Ta' bueno, muchas gracias. ¡Y luego resulta que el ahí nomás, era de más de dos horas!, y es que, el tiempo y la distancia transcurren en una dimensión diferente para los wirarrikas. El hecho es que cada familia suele vivir bastante retirada de las otras, y sólo se reúnen durante las fiestas. Es entonces que las ceremonias religiosas los sacan de sus ranchitos y los "pueblos" se llenan de gente.

INACCESIBILIDAD

En las comunidades wirarrikas viven sólo wirarrikas. Los permisos de entrada para no-wirarrikas, son otorgados por las autoridades del lugar con poca frecuencia, generalmente para representantes del Gobierno del Estado o representantes del I.N.I. (Instituto Nacional Indigenista). Si algún fuereño consigue llegar hasta allá y comete el descuido de meterse a las comunidades, sin un permiso previo, lo meten a un calabozo al que llaman “el cepo” y es que, efectivamente allá adentro les sujetan los pies entre dos maderos enormes con dos hoyos en el medio, para que no puedan escapar. La permanencia en el cepo depende del humor que tengan “los alguaciles”, y de la “multa” que puedan cobrar a los intrusos. Se ha dado el caso de extranjeros que son retenidos allí, después de ser informados que serán utilizados para los “sacrificios humanos” de las próximas fiestas. Con semejantes jugueteos, los intrusos están dispuestos a dejar una buena “cooperación voluntaria” para la comunidad a cambio de su libertad.

LAS “FIESTAS”

El calendario religioso de los wirarrikas es muy nutrido, y se compone de numerosas actividades a las que ellos nombran simplemente fiestas (Neirra): la fiesta del peyote (hikun Neirra), la fiesta del maíz tierno (Tatei Neirra), la del tambor (tepo) y la serie de ceremoniales que conforman la peregrinación a Humun’ Kulluaby, por citar sólo algunas. De todas ellas, la más importante es la Peregrinación, que cierra el calendario religioso del año y abre el siguiente.

La Peregrinación a Humun’ Kulluaby, es realizada año tras año. Cada comunidad cuenta con un grupo responsable de realizar el recorrido por la ruta sagrada, al que se denomina el grupo de los Jicareros, también conocidos como Peyoteros. Ellos tienen la responsabilidad de organizar las actividades ceremoniales a lo largo de todo el año, y durante la peregrinación al desierto de San Luis Potosí, realizan la cacería del venado-peyote, reuniendo grandes cantidades del cacto sagrado, que habrán de ser utilizadas por toda la comunidad en los meses que preceden a la próxima peregrinación.

HIKUFL

El peyote o hikuri, es una parte fundamental de la vida de los wirarrikas. Prácticamente todos lo consumen desde niños, siempre de una manera ritual. Es muy raro y mal visto que alguno “se emborrache” o se ponga mal con el peyote. Por lo general, toman cantidades muy pequeñas del mismo, salvo en ocasiones muy especiales en que es apropiado consumir grandes cantidades. Los estudios existentes al respecto y mis propias observaciones, me permiten asegurar que no existe ningún tipo de daño físico o mental en los wirarrikas por el uso del peyote, sino que, por el contrario, son gente muy sensata, pacífica y profunda, tanto en su pensamiento como en su forma de vida.

Volviendo a la Peregrinación, esta se compone en realidad de varias etapas, que se inician con los ceremoniales de preparación, los cuales se realizan en la sierra, en cada comunidad. Después sigue un largo viaje de más de cuatrocientos kilómetros hasta la zona donde nació el Divino Luminoso Tamatz Kahullumary, en el desierto de San Luis. Durante el trayecto se realizan rituales en diferentes lugares de una alta significación religiosa, por lo que toma varios días el llegar a Humun’Kulluaby. Desde hace más de veinte años, partes del camino las recorren en camión, ya sea de transportes foráneos, o en vehículos proporcionados por el INI. Esto siempre que se puede. Si no cuentan con los recursos necesarios, se van a pie todo el camino, lo que hace que la peregrinación dure unos cuarenta días. Lo usual es que tarden de siete a diez días entre la salida y el retorno a la sierra, donde continúan los rituales. Ya en Humun’Kulluaby, se realiza la cacería del Hikuri y los rituales relativos. Después regresan a la sierra y realizan la cacería del venado, que en este caso ya no es el venado-peyote, sino un venado-venado. Esto toma como otros tres o cuatro días. Cuando ha terminado la cacería, regresan a la sierra y se preparan para la fiesta del peyote, que toma como una semana más. En total, les toma como un mes, el celebrar los rituales conectados con el viaje a Humun’Kulluaby.

LOS JICAREROS

Aun cuando se supone que todo wirrarika debe peregrinar a Humun'Kulluaby, por lo menos una vez en su vida, algunos van más veces y otros — que son la excepción— no van nunca. La razón por la que los wirarrikas deben ir al menos una vez, es que es en ese lugar y en el encuentro directo con Tamatzin, lusí o Tatewari, según sea su suerte, el peregrino podrá encontrar las respuestas a las tres preguntas esenciales: ¿quién soy? ¿de dónde vengo? ¿a dónde voy? ¿cuál es mi tarea en esta vida? En particular es la respuesta a esta última pregunta, la que hace que un wirrarika se dedique al campo, al comercio, a curar, a cantador, a la ejecución o fabricación de instrumentos musicales, o que emprenda cualquier clase de proyecto que cambie su vida. Así se han dado casos de wirarrikas a los que se llega a encontrar en países que no vienen al caso, como Cuba, justamente porque en Humun'Kulluaby recibieron la encomienda de viajar allá. Es por eso que los wirarrikas son —dicho sea de paso— grandes viajeros, o para decirlo coloquialmente: muy vagos. En efecto, los que quieren llegar lejos en el conocimiento, han de realizar parte de su aprendizaje fuera de su mundo de origen, al que casi siempre regresan.

Los que van más veces lo hacen motivados por alguna urgencia especial, como solicitar los favores de los Poderíos que gobiernan el mundo, en la resolución de problemas muy graves, o para agradecer estos mismos favores. También en la búsqueda de claridad en cuanto a problemas o decisiones que no se está seguro de cómo resolver. En todo caso, los que más van a Humun'Kulluaby son los marakames en formación o en funciones, como he comentado anteriormente. Existe, sin embargo, un grupo de peregrinos que merece una consideración aparte: el grupo de los Jicareros.

Los Jicareros son un grupo cerrado de wirarrikas, que a lo largo de cinco años tiene la gran responsabilidad de organizar todas las actividades religiosas de la comunidad, y son los encargados, también, de realizar la peregrinación anual al desierto de San Luis y otros sitios

sagrados. Cada comunidad tiene su propio grupo de Jicareros, que realiza y organiza sus actividades de modo independiente, aunque, en general, coinciden en las fechas y en el tipo de ceremonias. Están compuestos por un número mayor que quince y menor que treinta integrantes además del marakame que es su líder natural. Como en cada comunidad hay muchos marakames, se busca al más poderoso de todos ellos para realizar la tarea. Entre los jicareros existen muchos cargos que se mantienen durante toda la permanencia en el grupo: así, existe el Urukuakame, que es el que abre el camino en las marchas, y el que indica la ruta a seguir. Muchas veces este cargo es ocupado por el hombre más viejo. Cada uno de los cargos están relacionados con alguna de las entidades sagradas, de modo que aparte de su nombre normal, cada uno adoptará el de alguno de los poderíos originarios, que formaran el mundo y determinaron el funcionamiento de todo: Tatewari (el abuelo Fuego), Tayau (el Sol), Kahullumari (*), Urianaka (la Tierra), etc.; el que marcha siempre como adelantado del marakame, ubicándose frente a él en las caminatas y como encargado de cuidar los objetos de poder, que el cantador utilizará en las ceremonias, se llama Naurrateme. Cada nombre tiene su significado y su historia, correspondiéndole también actividades específicas dentro de las actividades rituales del grupo. Así, también se incluyen a los encargados de la fabricación y ejecución de los instrumentos musicales, que de uno u otro modo, siempre están presentes en sus quehaceres espirituales.

(*) En el principio de los tiempos, Kahullumari era el poseedor del Libro del conocimiento, se convirtió en venado y se ofreció para ser cazado en ¡la cacería ritual, que dio origen a la sagrada cacería del venado que hasta la fecha realizan los wirrarika como parte de la peregrinación a Humun' Kulluaby.

Pasados los cinco años, los jicareros entregarán la responsabilidad a otros nuevos jicareros, que serán los responsables del nuevo ciclo. La mayoría de los nuevos jicareros ocupan sus cargos por voluntad propia, y algunos son asignados como una obligación. El caso es que para la mayoría, pertenecer al selecto grupo, es una oportunidad privilegiada

de vivir mucho más cerca del Espíritu. Tanto es así que algunos de ellos, al terminar su ciclo de cinco años, se unen al nuevo grupo de jicareros o continúan trabajando muy de cerca con “su” marakame, que también es relevado cada cinco años. Aun los que han sido elegidos “por fuerza”, al poco tiempo, encuentran entre sus compañeros una familia espiritual a la que acaban por sentirse muy cómodos.

En el interior de la comunidad wirrarika, los jicareros son un grupo aparte, debido a que viven, el tiempo completo, ocupados en los asuntos del espíritu. Su centro de reunión es el Kali Huey ceremonial, llamado *tukzpa*, en su propia lengua, donde siempre tiene que haber un fuego encendido, ya que Tatewari es la deidad principal, y se le considera el primero y más antiguo de todos los poderíos, anterior incluso, al bisabuelo cola de venado,

Los jicareros viajan mucho, debido a que el territorio sagrado de los wirarrikas es muy grande, al incluir no sólo, el desierto de San Luis Potosí (Humun’Kulluaby), sino también los lugares sagrados en el Estado de Durango (Haurra-manaka): el lago de Chapala (Rapaviyame), los mares de Nayarit (Tatei Aramara), una de las señoras de las aguas, (Tatei Matinieri, la cual también mora en un ojo de agua del desierto de San Luis.) y, además, el famoso Teotihuacán, cuna de la Toltequidad. A todos estos sitios deben llevar ofrendas cada año y en todos ellos celebrar los rituales correspondientes,

Todo lo anterior no los libera de las múltiples responsabilidades de la sobrevivencia cotidiana, como la siembra y la cosecha, ya que no reciben sueldo alguno, sino que por el contrario, todos estos viajes, sus preparativos y los elementos que se involucran en el ritual, generan gastos que los jicareros realizan de su propio bolsillo, a menudo vacío como el de todos los wirarrikas. De todos los jicareros, el que más viaja y más trabaja es siempre el Marakame, ya que si bien los jicareros pueden repartirse las múltiples encomiendas y, en algunas ocasiones, no viajan todos a los sitios sagrados, el marakame, en cambio, tiene que estar presente siempre en todas, ya que sin su presencia los rituales no podrían llevarse a cabo.

El nombre de Jicareros parece que viene de mucho tiempo atrás. He considerado una posible relación entre dicho nombre y el hecho de que recolectan peyote, es decir, hikuri o hikuli, ya que en los relatos de Lumholtz, de finales del siglo pasado, él les nombra hikureros, lo que se parece a jicareros, aunque, huelga decir, que él no se enteró de sus actividades, ya que no aporta nada al respecto. Esta posible relación se ve apoyada en el hecho de que también se les suele llamar en la actualidad peyoteros. No obstante lo anterior, esta fue la respuesta que recibí cuando les pregunté a mis teokaris (hermanos, compañeros) jicareros, el significado de su nombre:

— Oye Tayau, ¿y por qué nos llamamos jicareros?

— ¡Uuuh, viene de muy atrás! Mira. Nosotros somos un grupo. Nos llamamos jicareros porque guardamos la tradición. No nomás por gusto, por obligación, para que no se pierda, porque el día que se acabe la costumbre, la tradición, ¡pues allí mismo nos acabamos los wirarrikas!, mesmamente, como si nos echaran veneno. Entonces, como nosotros guardamos la tradición, pues todos juntos somos eso, la jícara de Dios. En esa jícara se guardan los conocimientos y costumbres más importantes de nuestros abuelos ¡qué digo abuelos! ¡de nuestros tátara-tatarabuelos**

Finalmente, antes de comenzar mi relato sobre la Peregrinación a Humun' Kulluaby, sólo me resta hacer un comentario acerca de la comunidad, con cuyo grupo de jicareros, he venido participando y con los cuales realicé la Peregrinación.

Santa María es una comunidad wirrarika enclavada en la parte más inaccesible de la sierra, en una zona de profundas barrancas y elevadas montañas, que recibe, en muy raras ocasiones, visitantes del exterior.

** No deja de ser interesante la relación entre el nombre Jicarero y el significado de la palabra jícara, que es una palabra náhuatl o sea el idioma de los antiguos toltecas. La palabra tiene como raíces Xictli (ombligo) y cali (casa) lo que implicaba la casa o el recinto del ombligo, que en la cosmogonía prehispánica tenía una significación sagrada. El ombligo era el centro, el punto de contacto con el cosmos. Así, se hablaba del Ombligo del mundo, o del Ombligo de la Luna (México) y la geografía física y celeste del mundo prehispánico estaba llena de Xicltlis (ombligos). Precisamente por todo lo anterior, una jícara no era una vasija cualquiera, sino un recipiente que se utilizaba solo para custodiar cosas sagradas. Al respecto se recomienda consultar las obras de Gutiérrez Tibón "Historia del nombre y fundación de la ciudad de México" y "El ombligo como centro cósmico" editadas por el Fondo de cultura Económica. México.

Si las comunidades wirarrikas se han mantenido aisladas por su geografía y sus costumbres, Santa María es el mejor ejemplo de lo anterior, ya que es físicamente la más inaccesible, y donde las restricciones para la entrada de los fuereños son mayores. En esto se diferencia de otras comunidades en la que la presencia de visitantes no es cosa tan inusual, por asuntos de comercio de artesanías, o por ser accesibles a las carreteras de terracería que vienen de Zacatecas, como ocurre, por ejemplo, en San Andrés Cohamiata. Por otra parte, es en Santa María (Nombre ficticio para aumentar la privacidad de la comunidad y así evitar que se les perturbe), donde la conservación de las tradiciones se ha mantenido de un modo más ortodoxo y casi sin contaminación. Pero la especial significación de Santa María no se debe sólo a su ubicación. De alguna manera es el centro del universo espiritual wirrarika, porque se supone que allí nació Tatewari, lo que equivale a decir que es el centro de su cosmogonía. Lo anterior se pone de manifiesto en el hecho de que wirarrikas de otras comunidades, en ocasiones, emprenden un viaje a Santa María, que también se convierte en destino de peregrinos espirituales, para “pagar una manda”, o para solicitar la anuencia de alguno de los Poderíos del mundo.

Fue justamente en esta comunidad, centro de la historia y la cosmogonía del pueblo wirrarika, donde he encontrado la expresión más nítida y también la más poderosa de la Toltequidad sobreviviente: el universo mágico de los wirrarika.

CAPITULO VI

—

ANTIANTROPOLOGIA EN ACCION

Lo que a continuación presento, son trabajos de campo referidos a algunas de mis experiencias entre los indígenas wirarrikas. No pretendo hacer la historia completa de mis quince años de relación con ese mundo, sino, tan sólo, mostrar algunos momentos representativos de mi vivencia entre ellos que son congruentes con el objetivo de la presente obra. No tengo intenciones de tipo académico, ni mucho menos la pretensión de hacer un estudio global, ni siquiera una semblanza de la cultura wirrarika. Es tan sólo un testimonio personal que permitirá conocer algunos rasgos de su peculiar forma de ser y vivir, y de la forma “antíantropológica” en que me he acercado a ellos.

Aunque en la época de mí primer contacto con los wirarrikas, me encontraba estudiando antropología, por aquel tiempo ya tenía bastante claro que la antropología académica y sus marcos teóricos, poco tenían que ofrecer a la búsqueda de mí espíritu. Ya desde los tiempos de mis experiencias con los Náhuas, comenzaban a prefigurarse los rasgos anti antropológicos que habrían de caracterizar todo mi quehacer entre los indios, por lo que mi encuentro con los wirarrikas estuvo, desde el principio, motivado por mis inquietudes internas. No acudía a ellos para estudiarlos, o para recolectar experiencias exóticas o folclóricas, sino en la búsqueda de cauces adecuados para mis urgencias de crecimiento interno. Quería aprender y, —sobre todo—, experimentar por mí mismo, y en mí mismo, esas otras formas de conocimiento ignoradas por el hombre moderno, y que indígenas como estos, han conservado celosamente a través de siglos y milenios.

Existen diversos trabajos y estudios acerca de los wirarrikas, que con diferentes niveles de profundidad y acierto, han presentado al mundo

occidental los rasgos principales de su cultura. La mayoría de estos estudios, representan esfuerzos muy respetables por lo que se refiere a todo lo que los investigadores tuvieron que realizar para llevarlos a cabo. Invirtieron mucho tiempo y trabajo en llegar a lugares de muy difícil acceso, en conseguir informantes, en hacer entrevistas, grabaciones, conseguir traductores, escribir sus reportajes etc., etc.,

Los trabajos de Lumholtz, a finales del siglo pasado, resultan asombrosos por el grado de apertura y curiosidad que reflejan por parte del investigador, a pesar de tratarse de una época en que la supuesta inferioridad ontológica de los indios, era cosa que se consideraba obvia, y por tanto, ni siquiera se discutía. Así, también investigadores como Furst, Ziing y Benítez, aportaron su esfuerzo en la intención de conocer la forma de vida y pensamiento wirrarika.

A pesar de la seriedad de tales trabajos, la mayoría de los investigadores que se han acercado al universo indígena, se han mantenido, con sus mejores intenciones, en una posición de observadores externos, y no como participantes del mundo que querían conocer, lo que en general se considera imposible. Dicha observación externa, no es de ninguna manera algo que tales estudiosos considerarían negativo, ya que a menudo, comparten el supuesto de la cultura occidental racionalista, que considera que para conocer algo, no es necesario vivirlo, sino que es suficiente con observarlo, razonarlo, registrarlo y clasificarlo. En el caso de los etnólogos, cuentan, además, con toda una serie de marcos teóricos, que supuestamente les ayudan a comprender la realidad de los etnologizados. Se parte de la base de que la realidad es una sola, y que el punto de vista de la ciencia occidental es el más acertado posible. Lo anterior implica descartar la posibilidad de que existan aspectos de la realidad, que no puedan ser vistos desde la simple observación externa y racionalista. En concreto, uno de los fallos más usuales del antropólogo, es el mismo que el del hombre moderno en general: ignora que ignora y, por tanto, cree que aquello que percibe es todo cuanto ocurre en la escena que observa. Así, si está presenciando un ritual y observa a los indígenas sentados con la cabeza entre las rodillas, podría decir:

“...después de las danzas, los miembros del grupo parecían muy fatigados y se sentaron a descansar...” sin percatarse de que en semejantes circunstancias, aquellos hombres, lejos de encontrarse descansando, podrían muy bien estar desarrollando un trabajo muy intenso, en un nivel de realidad que el investigador ni siquiera sospecha. El caso es que en su soberbia, el hombre moderno, da por hecho que aquello que no ve, simplemente no existe, que nada puede estar ocurriendo más allá de lo que él puede ver, por eso, elabora sus explicaciones, discursos y teorías, basándose en lo que vio y en cómo lo interpretó, dando por hecho que las cosas son justamente así. Por otra parte, al terminar de recabar la información sobre cualquier aspecto de la cultura que está estudiando, no toma en cuenta lo que pasó por alto, es decir, los informantes indios responden a lo que él les pregunta, pero, dado que no conoce desde adentro el mundo, o los acontecimientos que estudia, difícilmente sabe plantear las preguntas adecuadas, que serían aquellas que se refirieran a los puntos fundamentales de la cosmovisión que pretende conocer, además de que el informante, no dirá nada que no tenga que decir, esto es, nada que no se le haya preguntado, por lo que la conversación girará en torno a los puntos que el investigador “cree” que son importantes, sin que se toquen los aspectos fundamentales en cuanto a la dinámica propia del universo indígena. Para complicar aún más la situación, muchos de los indígenas, y en particular, aquellos involucrados en asuntos espirituales y de conciencia, son expertos en responder lo que el extranjero preguntón quiere escuchar, porque sabe que así se librará más rápido de él. Finalmente, cuando al investigador se le acaba el tiempo, o el presupuesto, se va y se prepara a elaborar y publicar sus conclusiones, sin considerar que casi, con seguridad, se le escapó lo principal, lo que resulta lógico, ya que, sin darse cuenta, ha quedado atrapado, desde el principio, en el error de creer que la realidad es una sola (la que occidente conoce) y creyendo, por tanto, que desde su muy particular percepción de la realidad va a poder dar cuenta del mundo indígena. No sabe que hay muchas realidades, y que esos seres extraños a los que pretende estudiar, se mueven la mayor parte del

tiempo en una realidad aparte en la que los significados, las nociones de verdad, lo que se percibe y lo que se vive, es de una naturaleza completamente diferente y que, como observador, no lo puede ver o siquiera imaginar, ni aun en sus sueños más alucinantes.

Es así, que a pesar de sus grandes y sinceros esfuerzos, los trabajos y reportajes de los antropólogos expertos acerca del universo indígena, están básicamente “desconectados” del acontecer interno de ese universo, aunque nunca se hayan dado cuenta. Estuvieron allí, hicieron todas las preguntas, lo vieron con sus propios ojos, pero nunca se enteraron de lo que verdaderamente estaba ocurriendo, y nunca se enteraron de que no se enteraron. Las interpretaciones, desde el punto de vista del pensamiento occidental, no pueden reportarnos más que reflejos del propio pensamiento occidental proyectados hacia el exterior y luego tomados como la realidad.

El investigador que no participa con la totalidad de su ser, el que no se convierte en el *otro*, no puede percatarse de la *otredad* que pasa frente a sus ojos, y sólo se mira a sí mismo y a su propio mundo, sin darse cuenta de que a través de su observación desconectada de lo otro y de sus interpretaciones, está inventando un mundo que no reporta las características del universo indígena, sino de su propio universo: el universo del moderno hombre occidental.

Para que un hombre pueda penetrar en la percepción de ese otro mundo, tiene que desprenderse de su propio ego, de su propia historia, de su propio nombre, para cambiarse y fundirse en el encuentro con los otros. Sólo así, podrá liberarse del espejo que mantiene atrapada la percepción del hombre moderno, y en el que, normalmente, estamos reflejando nuestras ideas acerca del mundo, para tomarlas siempre como la única realidad.

La dificultad del investigador para superar la *barrera de la percepción* es que se encuentra atrapado en una forma muy particular de percibir, que tiene como referencia permanente la descripción del mundo que ha aprendido de los miembros de su sociedad, desde una edad muy temprana; ese aprendizaje ha supuesto en su caso —como en el de cualquier otro— la posibilidad de construir por sí mismo, la

descripción aprendida, la cual toma como realidad única, al mismo tiempo que ignora que la está proyectando desde su interior, sobre los seres y las cosas que conforman el mundo externo. En ese sentido un *brujo*, acostumbrado a concebir el mundo como un espacio en el que coexisten múltiples realidades, le lleva ventaja. Así, el indígena que alude a aspectos de la realidad que contravienen la lógica del mundo cotidiano, no es que haya perdido el juicio, o que sea un ignorante, o un supersticioso, sino que él ha aprendido por experiencia, que a realidades diferentes corresponden lógicas también distintas. Un hombre de conocimiento o brujo, puede ser, incluso, un experto en el tránsito y eventual integración de ambos mundos.

Lo que en realidad ha constituido a lo largo de los años la base de mi trabajo, tanto entre los indígenas, como en los grupos de encuentro que he coordinado, ha sido el insistir en aprender a saltar, una y otra vez, y por múltiples medios, la *barrera de la percepción* y penetrar, por tanto, en la realidad aparte, que se abre a nuestra experiencia, cuando podemos desprendernos del reflejo de nosotros mismos y de nuestro mundo, de la historia e importancia personales. Porque he podido dar esos saltos, puedo afirmar que ese Otro mundo existe y su percepción nos revela la naturaleza oculta, no sólo del mundo indígena, sino del mundo en general, que lo mismo abarca lo cotidiano que lo extraordinario. La posibilidad de penetrar en la *realidad aparte*, nos pone de frente, no sólo, con los asombrosos fenómenos que pueden tener lugar, por ejemplo, durante la vivencia de un ritual o ceremonia mágica entre los indios, sino también con esas realidades alternativas y mucho más enriquecedoras, que subyacen en el ámbito de nuestras relaciones interpersonales, en el mundo de nuestros afectos o en nuestro campo laboral. Así es que, nuestro mundo cotidiano, también contiene, aunque no lo sospechemos, su propia *realidad aparte*, sus mundos paralelos.

El material que presento a continuación, son algunos ejemplos, de los esfuerzos que he realizado para brincar la barrera y lograr la percepción de partes del universo indígena, la misma que ha constituido la base fundamental que me ha permitido lograr ese mismo

salto de la percepción, más allá del ámbito indígena; tanto en mi mundo personal como en el espacio de mi trabajo con grupos de encuentro.

Libre, desde hace tiempo, de las fantasías neuróticas que llevan a insistir en buscar verdades absolutas, pretendo tan sólo presentar un simple testimonio de lo que me ocurrió en ese mundo, de lo que vi y de lo que hice entre esos hombres y mujeres de carne y hueso, cuyo tiempo histórico, tenemos todavía el privilegio de compartir, ya que ahora mismo, en el momento en que esto escribo, ellos se encuentran vivos, en nuestro mismo planeta, en nuestro mismo instante, realizando sus ceremonias y rituales para contactar al Espíritu, de la misma forma y con los mismos objetivos, que desde hace milenios, practicaban sus antepasados: los toltecas de la antigüedad.

De todo mi trabajo con los indígenas de ascendencia tolteca, he querido tomar —a manera de ejemplos— tres experiencias, que pueden observarse como tres momentos, en mi integración con su mundo y en mi desarrollo como ser humano. Cabe señalar que dichos momentos no representan ni principio ni final de mi trabajo entre ellos. El primero, es una primera aproximación que ya prefigura algunos rasgos intuitivamente anti antropológicos; el segundo, es un momento de transición en el que la intención de penetrar, en el mundo mágico del indígena, es clara y se expresa en acciones y tareas continuadas. Es como tocar una puerta invisible con la fuerza de nuestros actos; el tercero, es el momento en que la puerta se abre y consigo, por fin, una percepción en común con los seres que integran el mundo misterioso, que tanto buscaba y que tanto me eludía.

Son tres pasajes de mis aventuras en el mundo peculiar de los mejores representantes de la Toltequidad sobreviviente: los wirarrikas.

De los tres pasajes, el primero proviene de mi época de estudiante de antropología, por lo que —aunque ya asoman algunos rasgos anti antropológicos del estilo es más formal y menos natural que en los dos siguientes, mediando, entre ambas etapas, casi diez años. Consideré conveniente incluirlo porque sirve para ilustrar la manera tan distinta en que se ven las cosas, conforme uno va transformando su actitud en la aproximación a los *otros*.

CAPITULO VII

ECLIPSE EN LA'UNARRE

(LA' UNARRE: Nombre wirrarika del cerro Sagrado, también conocido como “El Palacio del Gobernador” (el Sol).

Este texto fue escrito originalmente como reporte de campo en los inicios de mis estudios en la Escuela de Antropología. He querido conservar el estilo y forma original, para así reflejar la percepción que en ese tiempo tenía de los wirrarika; aunque posteriormente descubriría algunas interpretaciones erróneas y conocería el significado de muchos detalles que en ese momento se me escaparon. Si el estilo resulta demasiado pesado para el lector, sugiero brincarse partes o ir directamente al siguiente capítulo: Augurio en la Montaña Sagrada.)

El fenómeno religioso que a continuación pretendo describir, es una de las muchas manifestaciones que en esa línea tienen los wirarrikas. Cabe mencionar que para esta etnia, como para muchas en México, prácticamente toda su vida es un acto sagrado, puesto que se encuentra casi en su totalidad ligada a sus mitos. A pesar de los múltiples cambios, que el devenir histórico ha impuesto a sus formas de vida, ellos han podido conservar a través de una empecinada defensa, la estructura general de su tradición ancestral, que puede ser observada en la sacralidad que imponen a todo cuanto hacen, de tal suerte, que aún los elementos de modernidad que escasamente se incorporan a su forma de vida han podido “integrarse” al sentido general de su cultura.

El presente trabajo es la descripción de una ceremonia de peyote (llamado “hikuri” en lengua indígena), que tuve la fortuna de presenciar como observador participante. Es necesario aclarar que no tenía estudios previos que me permitieran una comprensión mediana

(en términos etnológicos), del fenómeno que observé. Por esa misma razón, la indagación de campo en torno al fenómeno en cuestión no fue todo lo profunda (desde el punto de vista académico) que hubiera podido ser, si hubiese sabido que iba presenciar un evento, que Sería motivo de un trabajo etnográfico. Aclarado lo anterior, propongo que este trabajo sea considerado simplemente como la descripción no profesional de un observador principiante en el terreno de la antropología científica, lo que nos pone más cerca de la visión del humanista común, que de la visión del antropólogo preparado; en este sentido, el valor que esta descripción pudiera tener, si es que tiene alguno, podría, tal vez, ser la sinceridad y la espontaneidad del observador.

Por otra parte, el no tener mayor conocimiento del fenómeno que atestiguaba, me colocó en una situación de receptividad que, tal vez, no hubiese logrado si hubiese llegado sabiendo lo que iba a ver”. Al mismo tiempo, esa ignorancia me puso en condición de averiguar lo que pude del fenómeno, directamente de los wirrarika, lo que, tal vez, pudiera parecerse al hecho de entender la realidad a partir de la visión, que de la misma, tienen los propios indígenas. Mi situación como antropólogo principiante, sin problema específico de estudio, me colocó en una posición parecida a la del Relativismo Cultural.

Me encontraba de visita junto con dos amigos en el otrora pueblo minero, y hoy prácticamente pueblo fantasma: Real del Catorce, en el Estado de San Luis Potosí. Como es ampliamente conocido, este lugar fue un rico pueblo minero en tiempos pasados. Al acabarse el metal, se acabó la productividad. Las casonas y haciendas fueron abandonadas; la vegetación y los nopales se fueron apropiando de ellas, hasta convertirlas en lo que son hoy: reliquias sin techo, recuerdos de una próspera época que no existe más. Sin embargo, lo que ahora nos ocupa, no es la historia o características de este pueblo fantasma que cada año se llena de vida, cuando más de cien mil almas lo reviven durante las fiestas de San Francisco, patrono del lugar, que puede por su fuerza milagrosa competir con el Señor de Chalma o la Virgen de Guadalupe, sino mencionar que, fortuitamente, este pueblo se estableció en lo que

desde hace miles de años, y aún hoy, sigue siendo región sagrada para el pueblo Varitzika, Humun’Kulluaby: la región en que nació el divino luminoso: El Venado Peyote.

Por este motivo y de acuerdo a su cosmovisión, los wirarrikas peregrinan año tras año al semi-desierto de San Luis Potosí, cercano a Real del Catorce, que ellos conocen como Humun’Kulluaby. Para los pocos residentes del Real de Minas es común, de cuando en cuando, observar la llegada al pueblo de compactos grupos de wirarrikas en su camino a Humun’Kulluaby. Para mí y mis dos amigos, estudiantes de antropología, encontrar uno de estos grupos significó un evento digno de cautivar nuestra atención. Estábamos recién llegados al pueblo y cuando contamos en un restaurante, vimos entrar en él a un indígena al que pudimos reconocer por el rico atavío característico de los wirarrikas. El enigmático wirrarika entró calladamente y se deslizó a la parte trasera del restaurante; nosotros, intrigados, preguntamos a una mujer que trabajaba de mesera en ese lugar, y con la cual poco antes habíamos estado conversando, sobre quién era ese indígena y qué hacía en ese lugar.

La pregunta no pareció sorprenderle, debido a que nuestra plática anterior había girado, precisamente, en torno a cuestiones antropológicas y a nuestro interés en acercarnos a distintos grupos sociales de nuestro país. Así pues, nos respondió que se llamaba Pedro^{††} y que era un wirrarika en peregrinación; Pedro, junto con otros miembros de su comunidad, había pasado varias veces por Real del Catorce, ahí había entrado en contacto con el dueño del restaurante que ofreció comprarles periódicamente algunas de las artesanías que elaboraban y de cuya venta se ayudaban para subsistir. Pedro era muy elocuente y gozaba de un humor, y de una capacidad expresiva, que contradecía las clásicas visiones del indio como un tipo apocado e inseguro de sí mismo.

^{††} En esta parte como en todo el libro, los nombres están cambiados para conservar la privacidad de las personas y las comunidades.

En los varios encuentros que tuvimos con Pedro, éste se convirtió en lo más parecido a un “informante”, pero más que nada en nuestro amigo. Fue él quien nos introdujo un poco en la visión del mundo de los wirarrikas, la que encontramos con un grado sorprendente de operatividad. También fue él quien nos permitió asistir a la ceremonia que motivó este trabajo.

Durante la ceremonia que se realizó, pudimos observar que los wirarrikas eran un grupo étnico sumamente orgulloso de sus tradiciones.

Al contrario de lo que suele pensar la gente mal informada de la ciudad, ellos no consideran al blanco como un ser Superior, sino que más bien lo toleran y lo tratan con una paciencia que denota su actitud hacia ellos: los blancos y los mexicanos están locos, no respetan la sacralidad del mundo, y están enfermos por el dinero y el deseo de propiedades. Son, sin embargo, unos locos peligrosos, puesto que tienen el poder de causar problemas, lo que normalmente hacen. Lejos de ser arbitrarias, estas observaciones las hicimos en las diversas pláticas que tuvimos con los wirarrikas del grupo de Pedro que hablaban español y que estaba compuesto por varios hombres y mujeres.

Pudimos también notar que el trato que los varones tenían hacia sus mujeres era sumamente afectuoso, no parecían estar subordinadas, sino que eran escuchadas, atendidas y participaban de los asuntos de los hombres, como cualquier miembro de la comunidad. También llamaba la atención el cuidado y cariño que proporcionaban a los niños, especialmente a los más pequeños. Casi siempre hablaban su propio idioma, evitando el español, aun delante de mestizos y blancos. Podemos, sin embargo, mencionar que con nosotros fueron siempre corteses y pudimos establecer una buena comunicación.

Observamos también una notable cohesión en el interior del grupo. Tuvimos la impresión de que esta cohesión tenía como base la Cosmovisión del grupo que, en sus propias palabras, estaba orientada hacia, “...una vida recta, andar derecho...”. Queremos, por otra parte, subrayar que quedamos sumamente impresionados por la congruencia

que mostraban entre su forma de vida y sus concepciones espirituales, la cual expresaban más con sus hechos que con sus palabras, así como por la calidad y fuerza moral que demostraban, lo que vino a reafirmar nuestra idea de que, nosotros, miembros de la “supercultura’ occidental, tenemos que aprender mucho de las culturas mal llamadas «primitivas”.

NARRACIÓN DE LA CEREMONIA DE PEYOTE.

Llegamos a la semiderruida construcción en que se alojaba el grupo de wirarrikas como a las 6:30 A.M. Pedro nos había citado “al amanecer... Encontramos al grupo despierto y conversando. Eran dieciocho miembros procedentes de diferentes rancherías de la sierra de Jalisco, que tienen como cabecera al pueblo de San.... El grupo estaba formado de la siguiente manera:

Huicho, era el mayor. A pesar de que sus arrugas denotaban una edad superior a los sesenta años, su cuerpo era fuerte y de movimientos ágiles, y su vestimenta era bastante humilde, aunque al modo wirrarika. Era el Marakame del grupo. En su vida cotidiana era un hombre muy calmado, apacible y de poco hablar; trabajaba, al igual que los demás, en la confección de artesanías en el telar de mano, mientras estaban en Real del Catorce, y en el campo cuando estaban en la sierra. Iba acompañado de su esposa, una mujer también de edad avanzada y de Guadalupe, su hijo, un simpático y vivaz muchachito de unos doce o trece años de edad que participaba en las mismas actividades que los demás.

Muy cercano a Huicho estaba frecuentemente Vicente, un wirrarika joven quizá de veinticinco años. En un principio pensamos que sería un miembro de la comunidad un poco “aculturado”, puesto que su vestimenta no era de wirrarika sino de mestizo: pantalón de caqui, camisa a cuadros, chamarra y botas (todos los demás usaban huaraches de llanta^{‡‡}). Después, pudimos descubrir que ésa había sido una apreciación ligera, puesto que Vicente se comportaba en todo como un wirrarika: conocía perfectamente cada paso del ritual y participaba activamente en él. Realmente la única diferencia apreciable era la vestimenta.

Después estaba Pedro. Fue a él a quien conocimos más de cerca y con quien más conversamos. Su vestimenta era muy completa,

^{‡‡} Sandalias de suelo de goma (las originales eran de suela vegetal).

prácticamente todos los elementos del vestido wirrarika estaban presentes en él. Sin embargo, no se diferenciaba en su pobreza de todos los demás. Era mucho más joven que Huicho y también era un Chamán. Aún no era Marakame, pero ya era segundo cantor y sabía curar. Como es usual entre ellos, este conocimiento lo heredó de su padre que era Cantador, y desde pequeño lo puso en el camino “...poquito a poquito, cada año un escalón. Si, la vida es como una escalera. Hasta llegar con el Dios; pero hay que trabajar mucho, pensar, pensar, porque el Dios te habla, te habla siempre ¡nomás que no nos paramos a escuchar...!” “...Ustedes tienen un Dios ¡mmmmhh, pobrecitos! ¡nosotros tenemos muchos!; por eso ¡nunca estamos solos!...” El Dios está en todo: en la tierra, en las plantas, en los animalitos, en las piedras, en el agua, en la gente. Por eso todo queremos nosotros, todo queremos y todo nos cuida. ¡Ah! y luego dicen los blancos que no. Que la tierra no está viva, que las nubes no están vivas. Enton’s, si la tierra no está viva, si las nubes no están vivas, entons, ¿cómo es que llueve, que crece el maíz ¡Grandote, chulada! para que nosotros vivamos? Enton’s, ¿cómo pueden damos la vida si no están vivas?...

Pedro iba acompañado de su hijo, un pequeño como de cinco años. También estaba Hilario, hermano de Pedro, casi de su misma edad; pero supusimos que un poco más joven, pues se notaba la autoridad de Pedro sobre él, aunque la relación entre ellos era muy cordial y afectuosa. Hilario era un indígena bastante alto y delgado. Vestía como mestizo pobre, pero portaba siempre su sombrero con las típicas plumas del wirrarika “el espíritu...”. Era un hombre muy tranquilo y de una gran sonrisa, daba la imagen total del hombre bondadoso (no podríamos describirlo de otra forma), siempre de buen humor, siempre con un buen consejo “...No, no deben andar así con las mujeres ¿para qué? ¿de qué te sirve andar con una y con otra si no aprendes a querer? Mírame a mí, ya ves a mi mujer, nos casamos cuando yo tenía quince años. Han pasado muchos años y aquí seguimos, tan tranquilos y contentos. Yo no voy con otras viejas. Ella me respeta y nos queremos. Como la ves, no es muy bonita, pero aprendimos a queremos y por eso para mí es como si fuera la más bonita de todas...”. Hilario iba

acompañado por su mujer, que parecía ser un poco mayor que él; se trataban con afecto; tenían un niño de apenas año y medio de edad que, sin embargo, nos sorprendía mucho, pues a su cortísima edad manifestaba una autonomía y confianza inusuales en niños de su misma edad. Se encontraba siempre jugando, subiéndose a maderos apilados. Conocía varias canciones en wirrarika y algunas otras en español, pues entendía los dos idiomas, aunque lo que más hablaba era wirrarika. Era un pequeño sumamente amistoso a pesar de que nosotros éramos extraños y “mexicanos”.

Después estaba Cirilo, un wirrarika que radicaba la mayor parte del tiempo en la sierra, y también pasaba temporadas en la Ciudad de México, donde iba a vender sus artesanías. Era el más gordito del grupo, sin llegar a ser muy gordo. Tendría unos treinta años y se vestía con todo el atavío wirrarika; su ropa era la más ricamente bordada, quizá por su posibilidad de comerciar en la capital. Era, sin duda alguna, el humorista del grupo; era el que más hacía reír a los demás, aun cuando cada wirrarika era en sí un maestro del humorismo. Después descubriríamos que su papel sería de suma importancia en los rituales del peyote. Cirilo estaba acompañado por su esposa, una joven mujer, quizá de dieciocho años sumamente hermosa, sus facciones eran totalmente indígenas y podía competir ventajosamente con cualquier belleza citadina. También ella vestía una ropa que podía considerarse lo mejor del repertorio wirrarika. Llevaban con ellos a un pequeño de quizá seis meses de edad, al que la mujer siempre tenía consigo, por medio de un rebozo que le permitía llevarlo a la espalda y mantener las manos libres para trabajar.

Había también cuatro niños pequeños que ya caminaban y cuya paternidad no notamos, en razón de que los cuidaban por igual los distintos adultos.

Nos resta sólo por mencionar a Tomás, un hombre que pudimos considerar quizá el más enigmático de ellos. Los wirarrikas suelen tener una expresión calmada y contemplativa cuando se encuentran en silencio; sin embargo, la expresión de Tomás era usualmente grave y

silenciosa, a pesar de que lo observamos reír en ocasiones. Parecía estar muy allegado a Pedro.

Para nuestra sorpresa, se encontraban ahí también el dueño del restaurante (“el patrón”) y algunos amigos suyos, de procedencia extranjera, que se mostraban ruidosos y con actitud de falso respeto hacia los indígenas; más interesados en sus propias adicciones que en alguna otra cosa. Esto nos desagradó bastante, pues nosotros mismos nos sentíamos ya un poco intrusos por asistir a un ritual que pertenece a estos hombres y mujeres que han estado sufriendo el hostil embate sociocultural de occidente, desde hace varios siglos, y aún hoy, lo siguen resistiendo. No obstante, pudimos observar que los wirrarika actuaron como *si* estas gentes no existieran. No es que parecieran molestos por su presencia, simplemente los ignoraban por completo, fingiendo, incluso, no entender el español, cuando estas gentes les hablaban, excepción hecha con el patrón a quien trataban con bastante consideración, aunque también, con un poco de frialdad (en alguna ocasión, Pedro nos confesó que ellos sabían que el patrón los estaba robando con los precios que pagaban, pues ellos conocían los precios a los que él vendía, pero que ellos nada podían hacer, ya que no contaban con capital para la compra de materiales). En general, podemos decir, que la grosera presencia de estos extranjeros no alteró el curso de la ceremonia en la medida que los wirarrikas supieron con toda sutileza “mantenerlos a raya” y, por otra parte, en la etapa nocturna, que dura toda la noche, estos ‘interesados observadores’ parecieron perder el interés y se fueron a dormir.

Era la mañana del 30 de mayo. Nosotros no conocíamos el motivo de la ceremonia que se suponía íbamos a presenciar. Luego supimos por boca de Pedro, que era una ceremonia con motivo del nacimiento del sol cuando nace el Sol nuevo, todo es nuevo, todo empieza otra vez, pero es diferente.,.”. Salimos de la derruida casona como a las 6:45 A.M; empezamos a caminar montañas arriba, en dirección al punto más sagrado para los wirarrikas, después de Humun’Kulluaby: El cerro sagrado La’Unarre.

Los wirarrikas caminaban en silencio formando una fila. Su paso era ligero y calmado. Pronto quedó atrás el Real de Minas, y el camino se tomó en una pedregosa vereda rodeada de campos verdes de pasto (nos enteramos de que la mayor parte del año esos montes están secos). Había una densa niebla que cubría las montañas y la silueta de los peregrinos, recortándose contra ellas, producía un efecto que a los ojos de los antropólogos aficionados, evocaba tradiciones milenarias que llevaban a pensar en los miles de hombres que, durante siglos, habían visitado ese lugar con similares intenciones: ‘encontrar y propiciar a las fuerzas que rigen el destino de los hombres’.

Conforme el tiempo transcurría y el grupo avanzaba, la niebla comenzó a despejarse y el sol a salir. Llegamos a la cumbre de una montaña y caminamos por una pequeña sierra, y bordeamos abismos y barrancas. Cuando llevábamos una hora de subida por la montaña, los wirarrikas decidieron detenerse pues ‘el grupo del patrón se había rezagado y se podían perder’. Para nuestro disgusto tuvimos que esperarlos. Mientras los blancos llegaron jadeantes, los wirarrikas conversaban. Después de un breve descanso (para los güeros), continuamos el camino. Los extranjeros volvieron a retrasarse, pero ya no fueron esperados y tuvieron que regresar solos. En un punto del camino, llegamos a una pequeña charca, lo que fue muy significativo para los wirarrikas; se pusieron muy contentos. Pedro sacó una pequeña botellita de su morral y la llenó con agua de la charca después de tomar un poco. Le preguntamos si era buena para tomar. “Uuuh pero ¡cómo no! es retebuena, se lleva un poco, la pone en su casa, ¡te cuida!, la pone en la milpa y crece grandota ¡chulada!” Con algunas dudas bebimos del agua sagrada para mitigar la sed y no tuvimos ningún problema por ello, sino que al contrario nos sentimos muy bien.

Ya para llegar a la cumbre del Cerro Sagrado, los varones comenzaron a cargar unos troncos de maguey seco; sin saber el motivo de la operación, decidimos ayudar. Luego sabríamos que esos troncos serían para alimentar a Tatewari (el abuelo fuego). Llegamos a la cumbre del Cerro. El espectáculo era imponente, especialmente para los wirarrikas: estábamos mirando la tierra donde nació el Divino

Luminoso: Humun'Kulluaby. Nos encontrábamos en la cumbre de la serranía; abajo se veía un enorme valle desértico, que no parecía tener nada de particular, a no ser porque ése era el sitio al que los wirarrikas peregrinaban año con año para realizar la cacería del Venado—Peyote. La vista desde esa altura era magnífica.

Después de contemplar un rato, los wirarrikas se pusieron en actividad nuevamente: Huicho y Pedro se organizaron para dar vida a Tatewari. Mientras el fuego nacía, Huicho comenzó a cantar, eran como las diez de la mañana. Cuando el fuego se encendía, el sol se comenzó a ocultar: estaba ocurriendo un eclipse anular de sol. El ambiente se tomó helado y el fuego resaltaba más en la penumbra. Pedro comenzó a cantar otro texto en algo parecido a un canon; Huicho aún no terminaba su canto, cuando Pedro ya estaba cantando el suyo y así sucesivamente.

Mientras tanto, los demás ponían con devoción la comida que habían llevado para Tatewari. Después, colocaron un pañuelo en el suelo y lo fueron llenando de objetos rituales hasta convertirlo en un altar. Colocaron chocolate, galletas, tejuino (una bebida de maíz fermentado que preparan los wirarrikas), un cuadro hecho con estambre pegado sobre una tablita de triplay, que representaba figuras de venado, rositas (peyote), maíz y al sol, en formas sumamente estilizadas, cuyo significado no alcanzamos a comprender. Para cuando el altar estuvo listo, el eclipse estaba en su fase total. Huicho y Pedro tenían en sus manos sendos muvieris (pequeños bastones con plumas de colores y, a veces, cola de ardilla, que encierran el poder del Chamán), que movían al tiempo que cantaban. El efecto que producía su canto, que sin ser un coro, guardaba una correlación muy intensa, producía en nosotros una sensación sobrecogedora a pesar de no entender lo que se estaba cantando, pues en ninguna parte del ritual notamos que usaran alguna palabra en español.

Nos encontrábamos alrededor del fuego. La penumbra que en pleno día se había presentado, daba un dramático efecto al encendido de velas que en ese momento se realizó. Aun nosotros tuvimos que mantener entre las manos velas encendidas. En un pocillo metálico se

colocaron las galletas y después de rociarlas con agua de algún sitio sagrado, se repartieron a todos. El procedimiento era como sigue: le pasaban el pocillo a alguno de los miembros, que lo recibía con reverencia; hacía una serie de movimientos con él, como si brindara hacia los puntos cardinales, y luego hacía arriba. Tomaba una galleta y, después de comerla, se lo pasaba a otra persona, y así sucesivamente. Aquí conviene añadir que algunos de los wirarrikas pronunciaban palabras en su lengua, al tiempo que hacían los movimientos señalados; los cantos del Marakame Huicho y de Pedro no cesaron prácticamente durante toda la ceremonia, que duró como una hora, excepto cuando se encontraban acomodando o preparando, ellos mismos, alguno de los elementos materiales del ritual.

Podíamos percibir claramente nuestra incapacidad para penetrar el sentido profundo del ritual, no sólo por no entender el lenguaje que usaban, sino porque, según pudimos observar, los wirarrikas se preparan desde muy pequeños para poder participar en las ceremonias con la devoción y precisión que se requiere. El efecto dramático que cada paso del ritual infundía en los participantes, se ponía de manifiesto en las expresiones que mostraban, así como en la concentración que observamos en ellos. Una vez que se hubo realizado la ceremonia en el Cerro Sagrado, se procedió a recoger algunos elementos del altar: el cuadro de estambre, el pocillo, etc., aunque se dejaron las ofrendas de galletas, chocolate y tejuino en el fuego. Nos llamó mucho la atención la facilidad que tenían los wirarrikas para cambiar de estado de ánimo en un momento: apenas terminada la ceremonia, que tan intensa había sido, se mostraron muy alegres y bromistas. Más tarde, comprobaríamos que ese aparente cambio de actitud no era tal; aunque en el exterior se mostraran sonrientes, tenían interiormente un sentimiento de sacralidad que era respetado de las prácticas rituales, en las que ellos mismos eran sacralizados. Hubiésemos requerido de una observación de campo mucho más amplia, para determinar hasta qué punto se prolongaba esa actitud durante su vida cotidiana en la sierra.

Descendimos del cerro más o menos por el mismo camino por el que habíamos subido. A medio camino, se hizo una parada como de diez minutos, Estuvimos charlando tranquilamente y Cirilo sacó un melón, que de alguna manera alcanzó a repartir entre todos los presentes. Después, de su mismo morral (cualquiera se sorprendería de ver la gran cantidad de cosas que llevan los wirarrikas en sus morrales), sacó una botella de tequila, la destapó y se la pasó a Pedro. Este se puso de pie al recibirla. Sacó el pequeño bastoncito con plumas que traía en el sombrero y, al tiempo que introducía una de las plumas en la botella y arrojaba unas gotas a cada uno de los puntos cardinales, pronunciaba una serie de palabras en alta voz, con una potencia que nos tomó por sorpresa. La maniobra fue espectacular por lo sorpresivo y, sobre todo, por la potencia y convicción de la voz. Después de hecha la operación, tomó un trago y la pasó a los demás. Cada uno de los wirarrikas se mojaban un dedo al recibir la botella, arrojaban unas gotas a los puntos cardinales y hacia arriba, y después bebían un solo trago. Más tarde, observaríamos que ésta era una operación que realizaban cada vez que iban a beber. Cuando la botella llegó a nosotros, preguntamos a Pedro por el motivo del procedimiento, a lo que nos respondió: —“...cuando va uno a tomar, antes de tomar, primero al Dios, pa’que lo cuide a uno. Si no, toma de más, se emborracha, se pierde y al rato se anda peleando, se le pierde el dinero o se mete en problemas; en cambio así, le dice uno que lo cuide y está uno tranquilo...”.

Continuamos nuestro recorrido hasta llegar al Real, nuevamente a la “casa” donde se alojaban los wirarrikas. Eran las ruinas de una casa abandonada donde estaban viviendo y trabajando durante su estancia en el Real. Al entrar se encontraba uno en el patio, alrededor del cual, había distintas habitaciones, la mayoría sin techo. El patio no tenía techo tampoco. El suelo era de tierra apisonada y había unas vigas de madera que se usaban como asiento. Ahí se iba a realizar, esa misma noche, una ceremonia de Peyote, que sería la continuación de los ritos que se iniciaron con lo realizado en La’ Unarre.

Pedro nos dijo que iban a tener una fiesta. “..vamos a tocar la guitarrita, a bailar y a cantar toda la noche.. “. Con esa descripción tan

general, nosotros nos quedamos con la idea de que iban a tener una fiesta común, para divertirse. Luego veríamos que se trataba de algo muy distinto. A estas alturas, después de haberlos frecuentado por algunos días, tratábamos a los wirarrikas con cierta familiaridad y no se sorprendían al vernos. En especial teníamos amistad con Pedro y su hermano Hilario, con quienes platicábamos a menudo y contestaban nuestras preguntas. Como a las doce del día nos despedimos, quedando con Pedro en regresar por la noche.

HIKURI NEIRRA

Eran como las 8 de la noche cuando regresamos a “la casa de los wirarrikas”. Estos se encontraban encendiendo el fuego en el centro del patio y realizando los preparativos para “la fiesta”. Se encontraba ahí el grupo de extranjeros que habíamos visto en la mañana. Estaban muy alegres, bromeando y cantando ruidosamente. Eran jóvenes europeos de esos que viajan con poco dinero y cuya apariencia estrafalaria, cabellos largos y gusto por las drogas, les gana el vago apelativo de “hippies”. Sería quizá que eran ruidosos, o por alguna otra razón, que Huicho, a pesar de ser, por lo general, cálido y humilde, les pidió que se retiraran. Les habló muy suavemente, tratando de no parecer descortés. Nosotros observábamos, dudando si se referían también a nosotros.

Explicó que iban a tener una fiesta que era nada más para ellos, que eran sus costumbres y que no podían quedarse; que no iban a dormir y que sería muy aburrido para ellos. Rechazó todas las peticiones de los extranjeros que, finalmente, tuvieron que irse. Nosotros nos habíamos refugiado en la parte de la casa que correspondía a Hilario y su familia; conversando con él, nos dijo que nos podíamos quedar, puesto que Pedro nos había invitado. También nos explicó que cuando nosotros nos fuimos, los extranjeros se habían quedado ahí todo el día: estuvieron tomando, cantando y fumando mariguana; los wirarrikas no sabían cómo correrlos. Llegada la hora de la ceremonia, no le había quedado a Huicho más remedio que decírselo directamente. Viendo el comportamiento de los hippies y, sobre todo, su actitud de “amistad” (condescendencia) para con los wirarrikas, no pudimos menos que alegrarnos de que los despidieran.

Una vez que hubo vuelto la tranquilidad, los wirarrikas siguieron con sus preparativos; se colocaron en torno al fuego diversos elementos: dos ekipales (sillas de un material similar al bejuco, cubiertas con una piel de venado y con una cornamenta del mismo animal, que servía para apoyar el respaldo de la silla contra el suelo). Estos ekipales eran

elementos sagrados para los wirarrikas; los usaban para las ceremonias, y sólo se podían sentar en ellos el Marakame y, en ocasiones algún ayudante. Se colocaron también un par de sillas metálicas en las que se sentarían los ejecutantes de los instrumentos musicales. Al otro lado del fuego, exactamente enfrente del lugar del Marakame, se colocó un cuadro de estambre similar al utilizado en la mañana, sólo que los dibujos eran distintos:

éste tenía en el centro una fogata, de la cual salían algo así como gusanitos, que eran la representación de Tatewari hablando a los wirarrikas. Aparecían también mazorcas de maíz y símbolos de peyote, así como flechas y diversas figuras en colores intensos. Debajo del cuadro se colocaron objetos similares a los de la mañana: galletas, chocolate, plumas, dinero, tabaco silvestre, tejuino, flores, etc.

Ya para comenzar la ceremonia, los participantes se agruparon de la siguiente manera: en un ekipal, el marakame Huicho; junto a él, en el siguiente ekipal, estaba Vicente, quien ocuparía un lugar que nos pareció fundamental para el desarrollo de la ceremonia, ya que era quien marcaba la pauta para la repetición de los cantos que el marakame pronunciaba. Junto a Vicente se colocó una silla metálica en la que se sentó Pedro, quien además de ser el segundo cantador, estaba a cargo de la ejecución de un pequeño violín de madera hecho con una técnica que parecía bastante rudimentaria. Su tamaño era mucho menor que el de un violín normal; no obstante, su sonido era lo bastante fuerte como para no perderse a pesar de estar en un recinto abierto. Al lado de Pedro y siguiendo el círculo en torno al fuego, se encontraba Tomás, el callado wirrarika que se encargaría de tocar una pequeña guitarrita, de características similares a las del violincito. Siguiendo el círculo, al lado de Tomás, quedaba el espacio en que se ubicó el pequeño cuadro y las ofrendas puestas junto a él. Los demás sitios, en torno al fuego, eran ocupados indistintamente y en forma alternativa por los diferentes miembros del grupo; incluso, nosotros mismos, ocupamos dichos lugares en tanto que tratamos de integrarnos al ritual, en la medida que nuestra buena voluntad y nuestra ignorancia de los pasos a seguir nos lo permitieron.

Estaban ahí reunidos todos los wirarrikas del grupo: mujeres y niños tuvieron una participación directa durante todo el tiempo que duró el ritual. Los niños más pequeños, si bien no eran obligados a participar en él, tomaron parte del mismo, casi igual que los adultos. Sólo los niños de brazos, limitaban su participación a estar ahí, cargados por sus madres. Aun así, nos pareció significativo el hecho de que los wirarrikas participaran de sus ceremonias, prácticamente desde que nacen, ya que al encontrarse dentro de esos eventos, en estado lactante, debe tener influencia en su vida posterior, como niños, jóvenes y adultos. Algunos de los miembros del grupo se encontraban de pie.

Serían como las nueve de la noche cuando Pedro empezó a cantar, acompañado de su pequeño violín y de la guitarrita de Tomás, que, por otra parte, no eran instrumentos comunes, sino que se usaban exclusivamente para los rituales. Pedro entonó cantos en wirrarika que duraron alrededor de veinte minutos, “para entrar en calor”, según sus propias palabras. La estructura de la melodía parecía ser una repetición de segmentos melódicos, que después de un rato variaban. La voz, la actitud y en general la personalidad de Pedro, cambiaron por completo en el momento de empezar a cantar. Ignorábamos lo que decían los textos, pero a juzgar por la entrega del cantador, supusimos que serían de un significado muy intenso para el grupo. Al otro día, comprenderíamos el porqué de esa entrega, cuando en respuesta a una pregunta nuestra, Pedro nos indicara que esas canciones “se las había enseñado el Dios”, esa misma noche.

Una vez que Pedro cesó de cantar, Huicho sacó, de una pequeña cajita de palma, su pequeño bastón de plumas, su *muvieri*, que tendría en la mano derecha durante toda la ceremonia. Para ese momento, se habían puesto a los pies de los dos cantadores unas pequeñas franelas rojas, en las que, a lo largo de la noche, se iban colocando, así como también retirando, diversos objetos que se utilizaron en el ritual. En estas dos franelas se colocaron objetos tan preciosos que no debían tocar el suelo, y que sólo podían ser manipulados por los cantadores durante la ceremonia del Peyote. Sobre ellas se pusieron objetos similares a los que había en el primer altar, además del tabaco sagrado,

calabazos con agua sagrada, los objetos de poder del cantador, velas y muchos botones delpreciado cacto. En ese momento, el grupo de wirarrikas se puso a conversar en su lengua. Era como si desde ese momento, el único idioma que se pudiera hablar fuera el wirrarika, y el único mundo que tuviera vigencia, fuera el mágico mundo que, a través de sus mitos, los wirarrikas podían encarnar. Después de un rato de conversar, los wirarrikas guardaron silencio.

Huicho, el cantador, levantó su muvieri y empezó a cantar. Todos se pusieron muy atentos. Al canto del Marakame no lo acompañaban los instrumentos musicales, sino que cantaba solo, a capela. La música que salía de sus labios era diferente a cualquier otra música que hubiésemos escuchado; las palabras eran pronunciadas con un acento distinto al que utilizaban normalmente, incluso, nos pareció que, probablemente, estos cantos fueran pronunciados en algún lenguaje sagrado que se reservara en especial, para ocasiones como la que nos ocupa. Los cantos de Huicho eran, en general, segmentos métricos cortos que se repetían con variantes melódicas al final. Al igual que los cantos de Pedro, se repetía una misma idea musical durante un rato como de cuarenta minutos, para después cambiarlo por otra.

Llevaba el marakame como veinte minutos cantando, cuando sucedió algo que nos sorprendió: Pedro empezó a afinar su violín y Tomás su guitarra. Les daban pequeños rasguídos para verificar su entonación. Lo que nos llamó la atención es que esto sucediera mientras el marakame estaba cantando. Daba la impresión de que se rompía el aire de solemnidad y respeto. Nuestra sorpresa aumentó cuando Pedro, acompañado del violín y la guitarrita, empezó a cantar una melodía distinta a la que cantaba Huicho en ese mismo momento. En un principio, no entendíamos lo que sucedía, pero a medida que seguían cantando, nos dimos cuenta de que esas dos melodías, que tan distintas parecían en un principio, se acoplaban para formar un fenómeno melódico más complejo y rico. Escuchando la técnica que empleaban, llegamos a pensar que los wirarrikas conocieron la técnica del contrapunto, mucho antes de que Europa la conociera a través de la música barroca. Huicho y Pedro estuvieron cantando a contrapunto”

durante más o menos media hora. Después de lo cual hubo un silencio de cuatro o cinco minutos.

Enseguida, el cantador inició una nueva serie de cantos con una estructura melódica distinta, sólo que en esta ocasión, después de que el marakame cantaba lo que parecía una estrofa completa, los demás wirarrikas contestaban en coro repitiendo el mismo canto, a lo que seguía otro nuevo del marakame y una nueva repetición del grupo. Los cantos siguieron en esta forma quizá cuarenta o cincuenta minutos. Nuevamente, Pedro comenzó a tocar y a cantar en forma similar a como lo había hecho antes, sólo que ahora se añadía un nuevo elemento: al momento en que Pedro comenzó a cantar y el violín a sonar, los wirrankas comenzaron un baile que —interrumpido sólo a intervalos— duraría toda la noche. La danza de los wirarrikas era un rítmico movimiento en que lo que más se movían eran los pies, tratando de seguir los sonidos que el violín marcaba. Las manos permanecían quietas junto al cuerpo, o dentro de los bolsillos del suéter, si es que se llevaba. El cuerpo se mantenía ligeramente inclinado hacia delante y además del continuo zapateo, incluía movimientos hacia delante, hacia atrás y hacia los lados. A lo largo de la ceremonia se presentaban tres elementos básicos, que se realizaban alternados o combinados indistintamente: el canto del marakame, la música del violín y guitarra que se acompañaba con el canto de Pedro, y el baile de los wirarrikas. Había momentos en que el marakame cantaba solo; otros, en que se ejecutaban al mismo tiempo dos distintas melodías, al añadirse el canto de Pedro al de Huicho, y otros, en los que la gente danzaba acompañada solamente por los cantos de Pedro, así como del violín y la guitarra.

El frío fue aumentando paulatinamente. A partir de la una de la mañana llegó a su punto máximo, cerca de los cero grados, y se mantuvo así hasta el amanecer; sin arredrarse por el frío, los wirarrikas continuaron con su ceremonia como si nada sucediera. El marakame que traía sólo una delgada camisa, se cubrió la espalda con una manta. Vicente se envolvió en una cobija, pero no dejó de contestar a los cantos de Huicho en toda la noche. Nosotros que estábamos sintiendo la magnitud del frío, a pesar de estar bien abrigados, no dejamos de

sentirnos impresionados por la resistencia de esta gente que, con frío o sin él, aguantaban como si nada, noches enteras sin dormir, ya que —según nos enteramos— tenían ceremonias que duraban varios días con sus respectivas noches. En especial, nos asombró el marakame, que siendo un hombre de edad avanzada, pudo soportar cerca de quince horas cantando bajo el frío inclemente, que sólo amainó cuando salió el sol. Entre cantos y danzas que se interrumpían sólo por momentos, para enseguida continuar transcurrió toda la noche.

De tiempo en tiempo, y desde que empezó la ceremonia, Pedro repartía trozos de peyotes a cada uno de los participantes, con la ayuda de su hermano Hilario. Notamos que trataban el cacto con cuidado y reverencia. Antes de entregar el trozo de Hikuri a alguien, aquél que lo daba, debía ponerlo en los ojos, oídos, corazón y garganta de quien lo recibe. “. para que vea, para que oiga, para que sienta, para que pueda cantar.,.”. Para nosotros fue muy claro que el peyote es un elemento fundamental en la cosmovisión del wirrarika; lo usan no sólo para ver, hablar y escuchar a sus dioses, sino también para curar enfermedades, el cansancio, para propiciar buenas cosechas, y se halla presente, de alguna forma, en la mayoría de sus actividades.

Nos encontrábamos expectantes, curiosos por saber el efecto que tendría la mezcalina en estos hombres tan alejados de nuestro mundo, en el que los psicotrópicos, son utilizados en formas no sólo profanas, sino incluso degradantes. Todos tomaron el hikuri, hombres y mujeres. Los niños mayores también lo tomaron, aunque en menor cantidad que los adultos. Cabe mencionarse, que ninguno de los wirarrikas perdió el control ni mostró alguna conducta que pudiera parecer inadecuada. Lo que sí observamos fue una emoción intensísima en cada uno de los participantes, que atribuimos más a la sacralidad de la ceremonia que a los efectos del peyote.

La ceremonia no resultó monótona en modo alguno; la emotividad de los participantes era sumamente variable. En un cierto momento el canto del Marakame se tornaba más hondo, más sentido; su voz empezaba en un tono medio para terminar en un claro falsete, que daba a la melodía un sabor sumamente dulce. Sus movieris vibraban como

impulsados por el poder de su garganta o de alguna fuerza inefable. Su rostro mostraba una emoción tan fuerte, que nos impresionaba profundamente. Lagrimas corrían por sus mejillas y su voz parecía quebrarse por momentos. De tiempo en tiempo, limpiaba las lágrimas de su rostro, con la manga de su vieja camisa. La mayoría de los wirarrikas estaban llorando, incluyendo a los niños mayores. El ver a esos hombres y mujeres por lo general tan alegres, llorando de esa manera, era algo que producía un nudo en la garganta y nos llevaba a preguntarnos: ¿Qué es lo que están viendo estos hombres? ¿De qué naturaleza serán sus visiones? ¿Qué les estarán diciendo sus dioses?

Sentimos admiración y respeto por esta gente que había sabido conservar su identidad resistiendo no sólo el paso del tiempo, sino también —y esto era lo más admirable— la presión del mundo “civilizado”, a lo largo de cinco siglos de infamias. Ni las armas de la colonia, ni la “buena voluntad” de los misioneros pudieron despojarlos de la herencia mágica de sus antepasados. Estos hombres que nada poseen, a quienes se han quitado sus tierras y la posibilidad de cultivar las pocas que les quedan, siguen a pesar de todo, defendiendo su mundo, su idioma y sus tradiciones, como si con ello gritaran a la historia y a la vanidad del hombre blanco: ¡Todavía estamos aquí!

Cuando parecía que la tristeza llegaba hasta el límite de lo soportable, el violín de Pedro y la guitarra de Tomás, entraban a rescatar a los participantes, de la melancolía que se había apoderado de ellos. La danza parecía animarlos, y la voz de Pedro resultaba muy reconfortante. Algunas sonrisas aparecían en los rostros llorosos; el sentimiento de hermandad era nítido a través de miradas silenciosas, pero sumamente expresivas. Observamos la gran facilidad con que los wirarrikas podían pasar de un estado de ánimo a su opuesto, de un momento a Otro, cuando Cirilo decía algún chiste, justo en el momento que parecía más inoportuno, pero que era en realidad el más oportuno.

Los pocos momentos en que tanto cantos como danzas se detenían, los wirarrikas se ponían a conversar entre sí, o con el abuelo fuego. Durante toda la ceremonia, nunca faltó alguien que cuidara de alimentar a Tatewari. Eran como las 4:30 de la madrugada; el ambiente

en torno al fuego se había transformado, de tal manera, que parecía que el día anterior y su ambiente cotidiano, habían quedado muy lejos. Ahora los wirarrikas hablaban en voz baja, mostraban una actitud de camaradería recíproca, muy íntima y mucho más profunda de la que les habíamos visto durante el día. Estábamos compartiendo el misterio de estar vivos; éramos viajeros en pos del Espíritu, lo que implicaba también la difícil experiencia de “ver nuestras vidas”.

El marakame volvía nuevamente a cantar; su voz, algo gastada por las horas de esfuerzo, mostraba, sin embargo, una intensidad espiritual que no tenía al principio. Estaba relatando con su canto la historia del mundo, y los mensajes que les daba el bisabuelo cola de venado: Tamatz Kahullumary.

Hacia el amanecer, el marakame Huicho parecía llegar a su esfuerzo máximo, no tanto por el trabajo de toda la noche, como por el hecho de que uno de los aspectos más importantes del cantador, es, precisamente, ayudar al Sol a vencer a las estrellas para que pueda salir. El canto del marakame es una compañía y un estímulo para el sol. Los wirarrikas creen que todas las noches en algún lugar de su territorio, hay por lo menos un marakame que está teniendo la responsabilidad de ayudar al sol (esa noche la responsabilidad era de Huicho). Así se comprende, que en el momento en que los primeros rayos solares asomaron, los wirarrikas se tornaran eufóricos y alegres ¡El sol había escuchado sus cantos! ¡Habían participado del milagro solar! Con el amanecer nuevos elementos se añadieron al ritual. El marakame se puso de pie y recibió los rayos solares sin dejar de cantar, apuntó su muvieri, que también se considera una flecha, precisamente hacia el sol. La luz del día pareció infundirle nueva vida, el agotamiento que poco antes asomaba en su rostro desapareció. Los rostros de todos parecían transformados, daban la impresión de sentirse sacralizados, después de haber encarnado sus mitos. El marakame tomó una larga cuerda que tenía preparada. Todos se pusieron de pie y se agruparon en torno al fuego, que seguía crepitando. Huicho empezó a pasar la cuerda en torno al grupo. Cada uno tomaba la cuerda con las manos detrás de la espalda y la pasaba al siguiente. La cuerda dio dos vueltas.

El canto del marakame era continuo. Como el mismo Pedro nos dijo: “... ahora todos nosotros somos uno...”. La cuerda fue retirada.

El siguiente paso fue el sacrificio. Vicente e Hilario, trajeron un chivo que había estado amarrado en otra parte del patio. El animal balaba como si presintiese el destino que enseguida le aguardaba. Mientras, el marakame seguía de pie cantando y apuntaba las plumas mágicas al Sol, Vicente e Hilario acostaban al animal frente al cuadro de figuras de estambre. Vicente sacó su cuchillo y lo hundió en el pecho del chivo, inmediatamente colocaron un pequeño recipiente junto a la herida sangrante para recibir el precioso líquido. Pedro tomó el recipiente y, con una pluma, roció algunas gotas de sangre en cada uno de los participantes, así como en la mayoría de los objetos rituales principalmente las velas. El animal continuaba emitiendo sus últimos balidos cuando las mujeres encendieron velas que pasaron a cada uno. El cantador dirigía con su canto, y el poder de sus plumas, el camino del alma del chivo hasta su destino: el Sol. El peyote no se había dejado de repartir, periódicamente. Cuando el animal hubo muerto, el marakame tomó una pequeña jícara, con agua, de algún sitio sagrado. Con una flor blanca que, previamente, mojaba en la jícara, roció algunas gotas del agua sagrada en los labios, y después en la cabeza de cada uno de los participantes. Al hacerlo pronunciaba algunas palabras. Una vez que todos hubieron sido tocados con el agua mágica, cada uno tomó un botón de hikuri, que cortó en pequeños trozos después de lo cual, repartió un pedazo a todos los demás. Todos intercambiaron un trozo del cacto sagrado, no sin antes ponerlo en el corazón, ojos y oídos, del que lo iba a comer. Cuando todos hubieron terminado de repartir el peyote, el marakame cesó de cantar.

Eran como las 10:30 de la mañana. Habían pasado más de catorce horas desde que comenzó la ceremonia. El último paso fue el cambio de nombres de los participantes. El procedimiento era el siguiente: se colocó una olla con agua entre el fuego y el marakame, que había vuelto a sentarse. La gente iba pasando una por una. Se inclinaban junto a la olla de agua. Sacaban un poco, con la que lavaban su cara y sus manos. Se levantaban. En ese momento Pedro y Huicho, se ponían

a discutir, en su lengua, en tono de humor, acerca del que se había lavado la cara y, en relación a este hecho, le ponían algún nuevo nombre, que conservaría no sabemos por cuanto tiempo. Cada vez que alguien era “bautizado”, los demás se reían del nuevo nombre. Cuando hubo llegado el turno de Pedro, fue Huicho el que hubo de “bautizarlo”. Finalmente, Pedro determinó el nombre de Huicho, que no por ser marakame, escapaba del “bautismo”.

Hasta donde nosotros supimos, con eso terminaba la ceremonia.

Lo que siguió fue un poco más alegre, pues había que destazar y cocinar el chivo, que iba a ser el alimento de ese día. Curiosamente, el marakame designó a dos de nosotros para quitarle la piel. La designación nos tomó por sorpresa, pero Guadalupe se ofreció para darnos una manita en la tarea de desollar al chivo, para la cual tenía más experiencia que nosotros.

La ceremonia había terminado y el mundo comenzó, poco a poco, a ser otra vez el mundo de todos los días, tanto para los wirarrikas como para nosotros, que aun cuando sólo habíamos formado parte en ella como observadores participantes”, quedamos muy agradecidos con el grupo de wirarrikas que, de forma tan desinteresada, nos brindaron la oportunidad de convivir con ellos, en una experiencia que nos permitió asomarnos, aunque fuera levemente, a su mágico mundo.

CAPITULO VIII

AUGURIO EN LA MONTAÑA SAGRADA

En la narración que viene a continuación, deliberadamente, he omitido detallar la forma específica de algunos ejercicios y rituales, ya que, por su naturaleza no son propicios de realizarse sin las condiciones adecuadas, y en particular; sin contar con el apoyo de una persona avezada en semejantes procedimientos.

Habían pasado diez años desde mi primer encuentro con los wirarrikas. Más de trece de mis incursiones en el campo y con indígenas de diferentes etnias, y once desde que había empezado a coordinar grupos de desarrollo humano con diferentes líneas de trabajo.

Era la primera vez que tomaba la delicada decisión de llevar un grupo de trabajo a la tierra sagrada de los indios. Antes, había compartido algunas de las experiencias en territorio indígena con uno o dos de mis compañeros de lucha, fuera del contexto de los grupos y los cursos.

A los grupos que habían alcanzado mayor desarrollo, los había conducido a través de caminatas por la sierra llegando, incluso, a acercarnos a la periferia de comunidades, en las que se conservaban algunas de las más peculiares prácticas en torno a formas alternativas de la conciencia^{§§}. Sin embargo, siempre consideré que el contacto directo con las raíces vivas de la Toltequidad, con las que a lo largo de los años había venido trabajando, era algo que debía tratar con sumo cuidado. Era evidente para mí, que hubiera sido un error llevar a mis amigos, o a los participantes avanzados de los grupos, al encuentro con el mundo indio, sin contar con una señal muy clara de que así debía de

^{§§} cabe mencionar que semejantes aventuras se llevaban a cabo con muy poca frecuencia, ya que no trabajaba con varios grupos a la vez, sino que habría —como más— un grupo al año y no habría otro, hasta que no había terminado mi trabajo normal con el precedente.

hacerlo. No importaba si la señal tardaba mucho en llegar, o no llegara nunca. De todos modos, la vertiente indígena era más bien una nutriente básica de mi trabajo con los grupos, y no un punto de destino.

Otro factor que me había llevado a conducirme de esa manera, era la convicción de que, antes que el contado con formas de vida y percepción, que difícilmente pueden ser aprovechadas desde la descripción ordinaria del mundo moderno con sus metas e intereses; era necesario conseguir un arreglo de los asuntos cotidianos de cada participante. La superación de las ataduras básicas y limitantes de la historia personal, el entrenamiento y uso disciplinado de la atención, el desapego de las obsesiones mentales y emocionales, la superación de adicciones de todo tipo, el saneamiento general del cuerpo físico y energético, el rescate de la sensibilidad, y la capacidad de cesación del diálogo interno, eran —entre otros factores— necesarios para que la persona pudiera manejar su mundo cotidiano con eficiencia, y una orientación internamente equilibrada. Bajo tales condiciones, el encuentro con las realidades alternativas podía darse como un elemento capaz de contribuir al desarrollo del individuo.

El acceso a estados de realidad no ordinaria, sin los arreglos mínimos y el fortalecimiento necesario del *tonal****, eran por lo general infructuosos, y si acaso se lograban sin la base necesaria de una vida fuerte y ajustada, los resultados tendían a ser finalmente peligrosos. Así, también, la experiencia indígena para una persona sin un avance adecuado en el camino del guerrero, devenía en una excursión de tipo turístico por el “folklore” indio, o bien, una incursión en terrenos que de ese modo resultaban seriamente peligrosos.

Si bien, muchos hombres y mujeres que habían trabajado conmigo habían logrado, en lo individual, significativos avances en la búsqueda de una vida verdadera y en áreas como las mencionadas; no habíamos conseguido, todavía, ese cambio por una generación completa; es decir,

*** véase introducción y capítulo primero de las Enseñanzas de Don Carlos.

por un grupo de trabajo en el que todos sus miembros hubieran alcanzado semejante nivel de desarrollo. De los muchos individuos que, a lo largo de nuestra experiencia, habían conseguido la disciplina y el dominio de sí mismos y de sus vidas diarias, lo bastante consistentes para encuentros de esa naturaleza; eran muy pocos los que tenían la inclinación de espíritu y el grado de disponibilidad para una batalla como esa. En general, eran personas que llegaban a tener niveles de realización y proyectos a los que estaban dedicados por completo. Por otro lado, los muchos que manifestaban insistentemente su interés por el contacto directo con la experiencia indígena, estaban en su mayoría en pésimas condiciones energéticas y de vida, y su interés por lo indígena era muy similar a su interés por las realidades alternativas: una fuga mental a través de la cual pretendían escapar de sí mismos. Afortunadamente, la *otredad* del mundo indígena está cerrada para todo aquel que no reúne los requisitos necesarios. Y esto sigue siendo cierto, aunque el individuo no apto llegara a encontrarse físicamente en medio del más profundo de los rituales. Para percibir ese mundo se necesitan “ojos especiales” que, aunque se encuentran en todo ser humano, solo se abren después de una verdadera batalla en pos de una vida verdadera, una vida fuerte.

Todo lo anterior dio como consecuencia, que muy rara vez —si acaso— me había visto en la circunstancia de llevar gente de fuera acompañándome en mis experiencias en el mundo indio, aunque, en mi fuero interno yo anhelaba en secreto, que otros de mi mundo de origen las pudieran vivir conmigo. ¡Tal vez así tendría con quién hablar y compartir acerca de esos mundos tan extraños y maravillosos! A pesar de mis fantasías y nostalgias personales, hacía mucho que me había dado cuenta que el que se aventura más allá de los linderos de la cotidianidad, tiene como compañeras a la soledad y a la conciencia de su muerte; atestigua y experimenta maravillas a las que casi siempre llega solo. Esto lo saben, por ejemplo, los alpinistas verdaderos que van en pos de los picos más altos; de aquel lado de la realidad hay muy poca gente. Aunque, pensándolo bien, del lado de la normalidad hay menos, ya que, como decía Genaro cuando quería regresar a Ixtlán:

¡Sólo había fantasmas! Lo cierto es que más allá de la jaula conocida del mundo de todos los días, hay mucha menos gente, pero los pocos que se encuentran son mucho más reales. Efectivamente, muchos dicen que quieren hacerlo, pero casi nadie está dispuesto a realizar el trabajo necesario.

Volviendo a nuestra historia, yo había concebido un nivel intermedio de acercamiento al universo de los toltecas sobrevivientes. Este era el sentido de las caminatas y ejercicios realizados en la Sierra de Puebla y en diferentes zonas de las sierras oaxaqueñas. Esos sitios están impregnados por los ires y venires de los indígenas a lo largo de los siglos. Al mismo tiempo, eran esos sitios y ese territorio, esas montañas y barrancas, los mismos que habían nutrido física y espiritualmente a los toltecas de la antigüedad y a los sobrevivientes, durante todos esos siglos. Así que, —pensaba yo— si hacemos el trabajo adecuado, sin duda podremos aprender mucho en aquellos lugares, y sólo, en caso de alguna señal muy poderosa, dejaremos los montes y entraremos en contacto con las comunidades. La regla a observar era, no perturbar ni molestar con nuestra presencia a esas comunidades a las que nos habríamos de aproximar, y que resultaban por lo demás bastante cerradas a los fuereños, conformándonos con el encuentro con la naturaleza que los circundaba. Tales experiencias, dicho sea de paso, nos fueron altamente sustanciosas, ya que nos permitieron conocer mucho acerca del mundo y de nosotros mismos; muchas técnicas fundamentales, en particular aquellas que permiten el enlace con la conciencia de la tierra, fueron desarrolladas allá.

Dentro de este esquema de “acercamiento intermedio” a las zonas indígenas, para grupos reducidos con un buen grado de desarrollo, había un proyecto que nunca había sido realizado; recorrer el desierto sagrado de los sobrevivientes de la antigua Toltequidad por excelencia: los wirarrikas. Era este un lugar que tenía para mí el más alto valor, ya que, su fuerza era extraordinariamente intensa, lo que significaba una Promesa de Poder y Conocimiento; pero también una amenaza.

Por mis experiencias personales en la zona, sabía que intentar penetrarla sin estar lo bastante compactos, energéticamente hablando,

tanto a nivel individual como de grupo, sería una tarea suicida. De nuevo los riesgos eran de dos tipos en caso de llegar sin la preparación adecuada: o bien no ver nada más allá de nuestras propias proyecciones mentales, o enfrentarnos a riesgos físicos reales de alto nivel de peligrosidad. Lo menos amenazante era sin duda la abundancia de serpientes de cascabel y escorpiones. Era evidente que una falta de propósito claro, se nos podía convertir en cualquier clase de problema que nos aparecería en el camino. Todo ello implicaba una responsabilidad muy delicada.

A lo largo de tres años, hicimos cuatro intentos de penetrar en la zona en condiciones adecuadas. Las tres primeras fueron infructuosas. La estrategia que seguíamos era: una vez que habíamos decidido intentar la entrada a ese desierto, iniciábamos los preparativos del viaje lo más concienzudamente posible, y seguíamos adelante, mientras no hubiera ninguna señal o manifestación que nos detuviera. Todo ello lo expresábamos con la simple afirmación: “si la puerta se abre, pues pasamos; si no, nos regresamos”. Y así fue. Los tres primeros intentos fueron abortados ya casi para entrar; una pequeña discusión entre dos miembros del grupo, la avería de alguno de los vehículos, la falta de integración y coordinación del grupo en su conjunto, una tormenta, algún incidente con la gente de los pueblos circundantes, etc.

Cualquiera podría pensar que estos signos resultan demasiado fútiles y que podríamos haber continuado; a mí no me cabe duda de que hicimos lo correcto. Más allá de las manifestaciones externas, la voz interna del Conocimiento Silencioso que se esconde muy al fondo de nuestro ser, y que podemos oír, sí aprendemos a involucrar el tipo de atención necesario, me indicaba que hacer. En ningún momento fue la ansiedad lo que me impulsó a avanzar, ni el miedo lo que me impulsó a retroceder. Dado que nuestro intento era un intento no obsesivo, casi indiferente, podíamos regresar en cada ocasión contentos y sin el menor sentimiento de frustración por no haber podido penetrar en esa tierra sagrada. Aunque yo, en lo personal, tenía el pequeño sueño de algún día poder llevar un grupo a trabajar en esos lugares, en realidad no me importaba en absoluto si algún día se realizaba o no. Al fin y al

cabo, el trabajo era siempre abordar el reto que se nos presentaba cada día en nuestras vidas, y estas tentativas en las zonas de “acercamiento intermedio”, no formaban parte de nuestro programa general, por lo que, después de corroborar que la puerta no se abría, regresábamos a nuestras experiencias ya programadas que, por otra parte, eran muy atractivas y exigentes.

Pero ocurrió, sin embargo, que un buen día la puerta se abrió; y pasamos.

Finalmente, los requisitos parecían cumplidos; el grupo llevaba más de un año trabajando unido; se había logrado un grupo compacto de participantes, que habían ido cumpliendo paso a paso las exigencias de los diferentes talleres a lo largo de trece meses. Cada uno de ellos merecía estar allí; lo había avalado con su esfuerzo y con sus logros en el mejoramiento energético de sus vidas y persona. Mi evaluación era, que con la disciplina y desapego que habían conseguido, estarían en condiciones de comportarse adecuadamente en la zona. Afortunadamente, más allá de mis consideraciones personales, estaba la respuesta del lugar a nuestro intento de penetrar en grupo: adelante.

Ocurrió de la siguiente manera:

Con varios meses de anticipación, había conversado con el grupo sobre la posibilidad de realizar un recocido y diversos ejercicios relativos a la etapa de trabajo en que nos encontrábamos, en la zona del desierto del México Central, que constituye parte del territorio sagrado de los wirarrikas, llamada por ellos Humun' Kulluaby y que dista más de cuatrocientos kilómetros de las sierras donde habitan. El recorrido que haríamos, sería de hecho, una peregrinación ritual a un sitio sagrado, donde se concentraba un poder inmenso. Esta peregrinación ritual no sería una imitación ociosa de rituales ajenos a nuestro vivir, sino, por el contrario, sería la expresión simbólica y concreta del trabajo que, desde hacía tiempo, veníamos realizando en la transformación de nuestras vidas.

La palabra Humun' Kulluaby tiene dos acepciones; por un lado, designa toda una región en su conjunto, que incluye una gran extensión desértica y varios cerros que se encuentran en él, de los cuales, el más

alto y el más significativo se llama La—Unarre, también conocido como “Palacio del Gobernador”. Al mismo tiempo, Humun’ Kulluaby designa un sitio muy específico dentro de la planicie de ese gran desierto, que es, precisamente, el destino de una peregrinación, que año tras año, realizan los wirarrikas pertenecientes al cerrado grupo de los peyoteros. Allí llevan a cabo la cacería del venado—peyote y los rituales relacionados. También, en ocasiones, y por diversos motivos, acuden al lugar indígenas, solos o acompañados exclusivamente por su familia.

De acuerdo a la estrategia de acercamiento intermedio, nuestra intención era hacer un recorrido por el gran desierto, guardando siempre bastante distancia con los sitios específicos donde los wirarrikas llevan a cabo su peregrinación, para no interferir ni profanar sus espacios sagrados.

El plan de trabajo que había elaborado, incluía algunos símiles con las prácticas que había conocido en mi convivencia de los wirarrikas y, en particular, su forma de acercarse al mundo de la naturaleza, que es para ellos un mundo sagrado y, por tanto, mágico. Se incluían en él las caminatas de atención como actividad básica. De influencia, claramente wirrariika, realizaríamos ese contundente arreglo energético, que ellos llaman “confesión”, y diversas técnicas rituales relacionadas con el Abuelo Fuego Tatewari. También estaban en el programa, técnicas avanzadas para corresponderlas con el desprendimiento de la historia personal y sus fetiches. Todo ello, teniendo como sustento potenciador a la fuerza del lugar, que tendríamos que ser capaces de enlazar mediante el manejo especializado de la atención.

Quedaba claro de antemano, que nuestros objetivos no incluían el consumo de peyote o ninguna otra planta psicoactiva que encontráramos en el lugar. De hecho, entre los requisitos mínimos que los miembros del grupo habían tenido que cumplir como básico, era la superación de hábitos como el tabaco, la mariguana, el alcohol, por mencionar sólo algunas de las adicciones más frecuentes. Algunos de ellos, incluso, habían librado arduas batallas contra alguno de esos vicios, lo que acababa con la posibilidad, para ellos, de un

acercamiento adecuado a las “plantas de poder”. Con todo, el no consumir físicamente las plantas de poder que abundan en la zona, no anulaba el hecho de que al penetrar en el lugar donde estas habitaban, nos hacíamos accesibles a su poder. Lo cual pudimos comprobar después, al constatar que la fuerza que se canaliza a través del Hikun (peyote), afectaba nuestra percepción, nuestra conciencia y nuestra potencialidad, colocándonos, claramente, en estados de realidad no ordinaria, sin necesidad de ingerir o siquiera tocar el cacto sagrado.

Además de los preparativos físicos para la experiencia, cada uno de los participantes había realizado una preparación interna, que incluía el aprender a vivir de una manera más ajustada, disciplinada y fuerte; asimismo, habían hecho una Oferta al Poder que venían cumpliendo tiempo atrás, y que, generalmente, tenía que ver con la realización de actos o cambios en su vida cotidiana, favorables a la misma y a la unificación con el Espíritu. Nuestra norma era que, cualquier clase de ritual resultaría vacío, si no tenía una relación directa con la batalla del guanero, que se libra en el mundo de todos los días; en la que el enemigo a vencer es uno mismo y sus limitaciones. Como expresión simbólica de la batalla, que en el contexto del Camino del Guerrero habían venido librando individualmente, como preparación para la “peregrinación”, cada uno elaboró con sus propias manos una ofrenda o regalo para los Poderíos que habitaban en el lugar y que sería entregada en el momento y lugar adecuado.

Hechos los preparativos y estudiados los mapas topográficos de la zona, nos pusimos en camino. Mi plan de trabajo era, naturalmente, un plan “abierto” que tendría que irse adecuando a las exigencias del lugar, y al desarrollo de los acontecimientos. De hecho la caminata inicial, era un recorrido sin un destino fijado de antemano, que habría de concluir con la elección de algún sitio adecuado para acampar y realizar nuestro trabajo.

La carretera transcurrió sin problemas. Los temores, e inquietudes naturales acerca de lo que nos aguardaba, quedaban atenuados por el ambiente de camaradería y buen humor que reinaba entre “los peregrinos”.

Llegamos al caserío polvoriento que constituía el pueblito de San... que se encontraba a orillas del desierto. Después de encontrar un lugar adecuado, nos dispusimos a iniciar la caminata. Eran como las trece horas y el sol caía pleno sobre el desierto. Al fondo, hasta donde alcanzaba la vista sólo se veía el desierto de San Luis Potosí, con sus característicos chaparrales y cardones. Hacia la izquierda, en la lejanía, la Sierra del Cerro Sagrado. No teníamos dirección específica para avanzar, pero de alguna forma sabía que La'Unarre sería nuestro faro. Si me mantenía atento a su presencia, encontraría una ruta adecuada. Nos formamos en la tradicional “fila india” y rápidamente comenzamos la caminata buscando internarnos en el desierto y acercarnos a las montañas.

Primero empezamos a tomar caminos que supuestamente se abrían entre los matorrales, y digo supuestamente porque, conforme avanzábamos se bifurcaban, se cruzaban con otros y desaparecían para luego volver a aparecer. Finalmente aceptamos el hecho de que en el desierto no hay más caminos que los que uno va haciendo con su caminar. Toda dirección era un posible camino. El sol aumentaba su intensidad, y me alegraba de no haber olvidado mi sombrero de palma ni mi paliacate. Me encontraba al frente de la fila sin un destino específico; fijamos a ninguna parte y sin embargo me sentía feliz. Caminar al misterio es algo que desde siempre me ha gustado. Avanzar y avanzar confiando en que si el propósito es claro para el corazón, aunque no lo sea para la mente— se llega al sitio que se está buscando, aunque no se sepa cual es.

La respiración en ritmo, los ojos atentos y el rostro relajado. Pasos seguros y rítmicos, fijándose siempre dónde o sobre qué va uno a pisar. Transcurren los minutos y uno descubre el rumor del desierto. Ese sonido tan característico que no responde a otra cosa más que a la vibración del lugar, es propiamente el sonido del silencio. Conforme el tiempo avanza, esa vibración no sólo se escucha, sino que se siente en todo el cuerpo. Es como si la atmósfera toda tuviera una tensión, o formara un campo magnético dentro del cual hay que moverse con mucha atención.

Caminando en el desierto, descubrimos que conforme las piernas trabajan más y más, no nos vamos debilitando, sino que, por el contrario, el caminar nos entona y nos equilibra con el entorno, con lo que nos vamos sintiendo cada vez mejor. Conforme pasan las horas, ese nombre indefinido “el desierto”, que a nuestra llegada se transformó en paisaje, se convierte en un mundo que se abre, que comienza a revelarse. Penetrar en el desierto no sólo es entrar en su geografía, andar por allí; realmente significa que uno abre sus sentidos y su corazón y es penetrado por él. Es entonces cuando la palabra y el paisaje se transforman en lo que siempre estuvo más allá, aguardando a que osáramos lo suficiente, y cuando uno se entera que el desierto es un mundo aparte, que lo que supuestamente debería estar vacío, está lleno hasta el borde. Abundan los sonidos, abunda la vida, abunda la energía y la belleza. El desierto, con su vegetación, con su horizonte, con su silencio, su equilibrio, sus atardeceres y su aire limpio, es la oportunidad de entrar en un mundo donde uno está más cerca del Espíritu. No sólo del Espíritu que anima y sostiene el mundo, sino también de su presencia dentro de nosotros mismos.

Llegado un cierto momento y ya bien entrada la tarde, señalo un sitio para acampar, relativamente cerca de las montañas. Avanzamos hacia el lugar señalado. Conforme nos adentramos en él, sentimos una especie de frescor que lo diferencia de otros sitios por donde habíamos pasado. El lugar nos resulta acogedor y seguro desde el primer momento. La frescura del ambiente, las tonalidades azules-grisáceo del atardecer y el sentimiento que el lugar nos inspira, nos hace saber de inmediato que la elección fue correcta. A unos sesenta metros de donde estamos se alcanza a mirar el borde de ¿un río? Si, parece el cauce de un río, naturalmente sin agua, ¿un río en el desierto? En cualquier caso, calculo que la arena del lecho seco, será idónea para pernoctar sobre ella. Nos dirigimos al lugar y otra sorpresa: el paraje está lleno de peyote. Nos acercamos, y observamos que debajo de los pequeños arbustos habitan familias completas del cacto. Algunos solitarios y otros en parejas o en grupos de hasta más de quince. Otros tienen una hermosa flor encima.

¡Ni hablar! El paraje elegido resultó nada menos que el hogar de Hikuri, el poderoso espíritu que habita el peyote y que según los wirarrikas es una de las manifestaciones del Venado Azul Tamatz Kahullumary. Por un momento considero si no resultará demasiado arriesgado acampar en este sitio, pero el sentimiento que el sitio nos infunde es benéfico y amistoso. El Poderío del lugar se siente en cada poro del cuerpo. Ya estamos aquí —me digo— y al Poder, sólo con Poder.

Después de indicar a todos abstenerse de tocar a Hikuri, atravesamos con cuidado el campo de peyote, hasta llegar al lecho del río; aunque está completamente seco, me doy cuenta de que está vivo, pues la presencia del espíritu del agua se siente claramente. Sé que es un buen sitio para acampar, y que en caso de peligro, bastará con regresar a este lugar para estar a salvo.

Nos ponemos a reunir ramas secas, o todo lo que se parezca a leña para el hogar de Tatewarí. Recogemos “la leña” con extremo cuidado. Así cumplimos un doble propósito; evitar el contacto descuidado con algún animal venenoso, o con las abundantes espinas, y continuar cultivando nuestra atención para acceder a estados de conciencia acrecentados. Una vez que tenemos “leña” suficiente, montamos las tiendas de campaña y tomamos nuestro primer alimento del día, aunque algunos continúan ayunando.

Todo transcurre en un ambiente peculiar. Sin que mediara ninguna instrucción de mi parte, la actitud de todos es atenta y silenciosa, nadie quiere perturbar la paz y el equilibrio del desierto. Cada uno cumpliendo con sus distintas tareas, sin conversar de más o dispersar su atención. La noche empieza a caer. Me siento dichoso al darme cuenta de que finalmente, después de tantos años, había podido traer un grupo compacto y bien preparado a un lugar como este. ¿qué nuevos derroteros se abrirían para nosotros una vez que la puerta se había abierto...?

Caminamos hasta un pequeño claro y nos sentamos a esperar la oscuridad. Nadie dice nada, algunos quedaron de pie y otros se tumbaron en el piso. En el crepúsculo, nos quedamos inmóviles y en

silencio, y nos hermanamos con las piedras y con los arbustos, con las sombras de la noche que comienzan a levantarse. Sentir y aceptar la vibración del desierto, entonarse y sumirse en su frecuencia. Sólo eso. Nada más. Si no hay movimiento, ni ruido, si no hacemos otra cosa que “estar allí”, nos fundimos con el desierto, con el atardecer. Nuestro yo cotidiano y ruidoso, desaparece con todo y con su historia, en medio de esa quietud y esa paz absoluta.

El mundo se vuelve completamente oscuro y nuestras pupilas se abren. La oscuridad era ilusoria. En realidad podemos ver en la noche. Una especie de luz azul oscuro nos permite distinguir un mundo de formas y sombras. No hacen falta lámparas. Al fin y al cabo también nosotros somos sombras. La temperatura es muy agradable, ni frío ni calor, fresco. Dice el reloj que han pasado varias horas, para nosotros el tiempo se detuvo. Considero que ha llegado el momento de pasar a otras actividades, y me percato de que todos los miembros del grupo estamos integrados en un solo cuerpo al que llamamos “muégano”^{†††}. Nadie se dio cuenta del momento en que ocurrió. El caso es que, sin acuerdo alguno, y sin que nadie cobrara conciencia de ello, el muégano se había formado. Ninguno quedó fuera. Miro el cielo y vuelvo a recordar que siempre que uno cree que ya ha recibido toda la belleza posible, el mundo siempre nos demuestra que hay más, siempre más, hasta el momento de nuestra muerte; el cielo está tan lleno de estrellas, que el filón de la Vía Láctea se distingue con claridad. Agradeciendo en nuestros corazones a la vida, por habernos permitido el milagro de vivir, de darnos cuenta de ello y poder constatarlo en un sitio como ése, nos disponemos para las siguientes actividades.

Lo que sigue es encender el fuego. Lo hacemos cuidadosamente, siguiendo cada uno de los pasos que he aprendido entre mis hermanos de la sierra. El encendido ritual del fuego con todos sus detalles, abre la puerta para entrar en verdadera relación con la tátara tátara abuelo,

^{†††} Muegano es el nombre de un dulce mexicano, que presenta siempre formas caprichosas. En este caso se usa la palabra para referirse a un agradable amontonamiento de gente recargada o recostada una sobre la otra, sin orden u concierto, y que se usa para mitigar el frío, descansar o simplemente por el gusto de la cercanía física.

al más antiguo de todos los poderíos, el Fuego Tatewari. Entre la observación silenciosa del fuego, cantos de poder y algunas danzas, transcurre la noche en el desierto. Algunos duermen un poco antes del amanecer. Otros, se quedan hablando con la tátara tátara abuelo, para pedirle consejo o ayuda, para agradecerle su calor y su luz, su Nierika. Nadie quiere entrar en las casas de campaña cuando se está tan bien fuera.

Los poderíos del lugar se dejan sentir con intensidad. El espíritu del Hikuri, está allí, actuando, empujándonos hacia el mundo de los espejos donde podemos ver nuestra vida y nuestro corazón, con sus partes luminosas y sus partes marchitas.

Al día siguiente realizamos diferentes ejercicios de primera y segunda atención. Recorremos el desierto para retornar más tarde a “nuestro sitio”. Los ejercicios que realizamos se potenciaron por la intensidad energética del lugar. Nuestra percepción se acrecienta, y el impulso de nuestro corazón es más grande que la fuerza de nuestros apegos. Podemos ver y darnos cuenta. Todo ello nos prepara para la batalla decisiva que se llevará a cabo en la noche. De acuerdo a las características energéticas y a los antecedentes de vida de cada uno de los miembros del grupo, tomo la decisión de formar dos partidas independientes de guerreros para el trabajo de esa noche. Los que han llevado vidas más descontroladas y conflictivas, constituirán el hemisferio derecho de nuestro grupo, los que han llevado vidas más equilibradas, constituirán el hemisferio izquierdo. Cada partida tendrá su propio campamento y su propio fuego, distantes como trescientos metros uno del otro. En la primera parte de los ejercicios, que empezarían unas horas antes del crepúsculo y que durarían hasta el final del día, los dos hemisferios trabajarían juntos en uno de los ejercicios más fuertes de los realizados hasta entonces. Se trataba de una ardua batalla cuerpo a cuerpo contra el fetiche del ego personal. Dada la fuerza del enemigo, la victoria no podía asegurarse de antemano. Posteriormente, cada uno de los grupos realizaría un programa de actividades distinto; el hemisferio izquierdo trabajaría con técnicas y rituales de acceso a la realidad aparte, a la conciencia

del otro yo; mientras que el hemisferio derecho, trabajaría técnicas encaminadas al descubrimiento y desarrollo de formas no ordinarias de manejar la realidad cotidiana. En conjunto representarían y experimentarían los dos ámbitos del trabajo del guerrero, que son, de hecho, los dos ámbitos del mundo y de la persona: *Tonal y Nagual*.

Hacia el atardecer, la batalla contra el fetiche del ego personal estaba en todo su apogeo. Cada uno de los miembros del grupo se había internado solo en el desierto, y hasta donde yo me encontraba, en el lecho del río seco, se podían escuchar los fragores de la batalla. Era impresionante, realmente dudaba de quien saldría victorioso. Confiaba en que todos ellos regresaran siéndolo, aunque por momentos, me asaltaba la duda de si lo que vería regresar sería a aquellos fetiches monstruosos fortalecidos por su victoria contra la vida. La imagen de aquella horda de fetiches retornando al campamento, me producía escalofrío. Finalmente fueron regresando uno a uno. Eran mis amigos, sus rostros reflejaban el sentimiento hondo de una batalla que había tocado fibras muy profundas de su ser. Ya no estaban cargando a los fetiches, pero no era todavía tiempo para la euforia. la noche apenas había caído, y faltaban muchas cosas por realizarse todavía.

Después de dar las instrucciones a cada grupo, nos despedimos de los que trabajarían las técnicas para el lado derecho. La despedida fue emotiva y cada uno deseó a su contraparte el mayor éxito en su batalla. Éramos conscientes de que en este caso en particular, los resultados positivos conseguidos por cada una de las partes eran necesarios para el buen éxito de la otra. Yo me fui a trabajar con los que se aventurarían en el lado izquierdo de la conciencia.

Escogimos nuestro sitio como a trescientos metros o más del grupo que se quedó en el lecho del río. Nos aseguramos de que no alcanzábamos a ver ni a oír a los compañeros del lado derecho, ni siquiera gritando. Hicimos el encendido ritual del fuego y nos instalamos. Como corresponde en estos casos, todo comienza con la observación del fuego y el silencio de los pensamientos. Después siguieron los ejercicios que convocaban a los poderíos del lugar. Nos

abrimos a ellos para despertar la conciencia del otro yo, la conciencia del *nagual*.

Hubo movimientos y cantos rituales, que nos hicieron trasponer el umbral de los dos lados de la conciencia. De lo que allí vimos y ocurrió, no puedo decir mucho, ya que las visiones y vivencias que cada uno tuvo fueron muy personales, aunque en todo momento mantuvimos nuestra conciencia enlazada.

Para mí en particular fue una noche decisiva, tres preguntas sustanciales, que de tiempo atrás me venían punzando acerca del rumbo que debía seguir mi vida en lo personal, en el ámbito de mi trabajo con los grupos y con los indígenas, encontraron respuesta. Cada pregunta y cada respuesta constituyeron una batalla, por momentos dolorosa. Cuando por fin la respuesta era clara en mi ser interno, me apresuraba a contársela al buen René, pidiéndole por favor que me ayudara a no olvidar, que era demasiado importante lo que había encontrado, como para permitirme el no recordarlo cuando retomara a la conciencia del lado derecho. Hacia el final de la tercera pregunta, que versaba sobre el equilibrio entre los tiempos de mi mundo afectivo y las exigencias de mi tarea, la nostalgia que produce la percepción cruda del misterio, y la soledad que implica, llegó hasta un punto muy intenso.

Volteo hacia La'Unarre, mis compañeros también miran hacia allá, algunos señalan con el dedo y con una expresión de asombro... ¡El Cerro Sagrado está brillando!, ¡De su cumbre surgen enormes rayos de luz, como un inmenso reflector! Rafael empieza a caminar y nos dice a todos: ¡tenemos que ir para allá, nos está llamando! Por un momento todos dudan. El sentimiento de llamado es claro, pero partir a un punto tan lejano en medio de la noche.... de día nos tomaría, por lo menos, unas cinco horas llegar hasta la base de la montaña y quién sabe cuántas para subir desde el desierto hasta la cumbre...

Les comunico a todos que, posteriormente, abordaríamos ese reto y responderíamos a ese llamado y que, por lo pronto, la batalla estaba allí, en el sitio donde estábamos. No obstante, todos sentimos la necesidad de andar, por lo que emprendimos una caminata en la

oscuridad, lo que implicaba alejarnos de nuestros sitios favorables. Dicen los wirarrikas, que en Humun' Kulluaby habitan no solamente el Venado Azul y los demás poderíos del desierto, sino también los Kakayares, que pueden parecer demonios de muchos tipos. De acuerdo a nuestra formación no indígena, no creíamos en dioses y demonios, pero por experiencia, sabíamos que el mundo está habitado por toda clase de cosas, entidades o energías que en sitios como ése se perciben con mucha más facilidad. Llegados al punto de percibirlos, lo de menos era el nombre que se les diera, y por más que nuestra razón nos dijera que no había nada que temer, nuestro cuerpo se mantenía muy alerta. La caminata duró como una hora, en la que ciertamente se manifestaron toda clase de cosas raras, pero manteniéndonos juntos y con la atención controlada, pudimos sortear con sobriedad aquellos emocionantes momentos. El Palacio del Gobernador, se mantuvo brillando hasta después de que hubimos regresado de la caminata.

Como a las cinco de la mañana, después de muchas horas en la conciencia del lado izquierdo, nos quedamos dormidos.

A eso de las ocho de la mañana nos despertamos muy contentos al comprobar que todos estábamos completos. Cada uno había recibido lecciones muy valiosas relativas a lo que andaba buscando. Sentíamos muchas ganas de encontrarnos con la partida del lado derecho, de saber cómo les había ido. Nos apresuramos a recoger nuestro campamento para reunirnos con ellos. El encuentro fue muy alegre.

También ellos habían tenido una noche muy sustanciosa, daba testimonio de ello una bella e intensa canción que habían hecho, y en la que plasmaban parte de lo aprendido.

Lo que siguió fue un delicioso desayuno que, junto con el joven sol de la mañana, puso nuestro ánimo muy arriba.

EL PALACIO

El grupo mantiene su rítmico paso en fila india, acabamos de dejar la población de Real de Catorce, con sus casas derruidas y minas abandonadas. El camino a La'Unarre es una sucesión de colinas pelonas, aunque en su mayor parte tienen una fina capa de césped, lo que les da un color verde suave. El ambiente se toma húmedo y frío conforme vamos ascendiendo. Desde esta altura, se puede observar claramente toda una sucesión de cerros y el desierto en la lejanía. No hay árboles, ni casas, ni gente. Solamente un burro que otro vaga extraviado por allí. Y por supuesto los peregrinos. Un sentimiento de alegría me infunde el recordar que caminamos por senderos recorridos desde hace siglos, o milenios, por caminantes que no perseguían fines utilitarios; buscaban al Espíritu; sobre esta misma tierra que pisamos, en estos mismos paisajes y bajo este mismo cielo. También me alegra saber, que no nos encontramos del todo lejos de aquellos caminantes, ya que, nuestro ascenso no es ocioso o deportivo, sino, que es parte de una forma de vida y una búsqueda elegida por mí hace ya muchos años; también caminamos hacia el Espíritu; también buscamos nuestro Venado Azul.

Hay muchas cosas que no comprendo, pero que puedo sentir con claridad. Estamos en una tierra sagrada. Por las historias que he escuchado acerca de las maravillas que, según la cosmogonía wirrarika, ocurrieron aquí siento, que hay un sentido fundamental de la relación con esta montaña que me sigue eludiendo.

Es como si algo estuviera oculto aquí, debajo del suelo, detrás de cada piedra, listo para manifestarse si solo conociéramos la convocatoria adecuada.

Seguimos el ascenso que se torna más y más empinado. En varios puntos encontramos que la pequeña vereda, a veces invisible, se divide en la confluencia de dos colinas. Desde allí no se vislumbra la cima del Palacio, sino, que queda oculta por las colinas inmediatas. Vengo a la cabeza de la fila, y tengo que mantenerme muy despierto para no

tomar la ruta equivocada, ya que terminaríamos en la punta de otro cerro de altura similar, aunque muy distante de nuestro objetivo. La caminata de atención continua. Se siente con especial intensidad. Volteo, para verificar visualmente, y corroboro con agrado lo que mi cuerpo viene sintiendo con claridad; ninguno se ha atrasado y todos caminan a un mismo ritmo, como un solo ser. Al fin esta gente ha aprendido a caminar correctamente. La conocida sensación de formar parte de un cuerpo de energía más grande, y venir como encapsulado dentro de una especie de bóveda de energía que incluye a todo el grupo, es muy nítida. El ego está como dormido y la sensación de ser, tan sólo parte de un cuerpo mucho más grande, es reconfortante. Sí. Somos una pequeña parte del cuerpo del grupo, cuya conciencia está enlazada por la magia de la atención. Como dice Octavio Paz: No hay tú, no hay yo, siempre somos nosotros.

También nos enlazamos con un cuerpo mucho mayor, Tlaltipac (la tierra), que en tierra de wirarrikas debe ser llamada Tatel Urianaka, y a través de ella nos enlazamos en armonía con todo cuanto existe. Con una madre así, definitivamente, no podemos estar fastidiados.

No hay espacio para la autocompasión, ni para la vanidad. Sólo hay espacio para ver, sentir y respirar. Para moverse.

Por fin se mira con claridad la cumbre del Palacio. Seguimos adelante, la sacralidad del lugar se hace más evidente conforme más nos acercamos al santuario donde nació Tamatz Kahullumary. La energía peculiar del lugar se torna más y más intensa, como si nos acercáramos a un reactor que, sin embargo, no es amenazante, sino que expresa la paz más exquisita. También nosotros vamos cambiando. La mirada interior se va imponiendo por encima de los ruidos mentales y la visión limitada de la vida cotidiana.

Recorremos el último tramo que nos separa de la cumbre. El terreno está tan inclinado que, a pesar de faltarnos tan sólo unos veinte metros, no se alcanza a ver lo que hay del otro lado. Llegamos a la cumbre y lo primero que se impone a nuestra visión es la diáfana inmensidad del desierto. Allá abajo está Humun'Kulluaby. El aire es completamente transparente, y la vista se pierde en la lejanía del horizonte. Los

pequeñísimos pueblos que con dificultad pueden distinguirse, no alteran en nada lo natural del paisaje. Hasta donde alcanza la vista y en todas direcciones, tan sólo en la naturaleza, el Espíritu. Miro a mis compañeros y percibo sus sentimientos a flor de piel. Ojos llorosos expresando paz y alegría, revelan el sentido íntimo que este viaje ha tenido para cada uno. En definitiva, andar por estos sitios nos afecta.

El lugar está lleno de signos que revelan la frecuente presencia del pueblo wirrarika. El círculo perfecto en donde dan vida al Abuelo Fuego, las ofrendas colocadas en muchas partes del cerro, flechas, nierikas, ojos de Dios, cornamentas de venado, velas, chocolate, espejos y muchas otras cosas. Doy instrucciones a todos para no mover ni tocar nada. Ni siquiera una piedra.

La cumbre del Palacio tiene una leve hendidura en el medio, lo que la divide en dos zonas bien diferenciadas. En la parte de la izquierda se encuentran las ofrendas, y es la zona en que los wirarrikas realizan sus rituales. Nos ubicamos en la zona de la derecha, distante a unos doscientos metros de la “zona wirrarika”. Una vez que acomodamos nuestras cosas y encendemos un fuego, nos preparamos para entregar nuestra ofrenda al Poderío del Cerro. A estas alturas, la entrega de la ofrenda ha cobrado un sentido mucho más profundo que el que imaginaban al principio. Cada uno procede por su cuenta, elige el lugar y en soledad, da voz a sus sentimientos expresando al cerro el significado de su ofrenda. Este acto culmina nuestra tarea en este templo hecho por la naturaleza.

Como ya es bastante tarde decidimos pasar la noche en el lugar. Después de reunir “leña”, formamos un círculo de piedras y hacemos una gran fogata. Sin una tarea específica, conversamos alrededor del fuego. Hablamos de nuestras vidas, de nuestra lucha, y de lo que esta experiencia habría de repercutir en nuestros pasos subsecuentes. Sin duda, nunca volveremos a ser los mismos después de este doble viaje, el de afuera y el de adentro. En la noche, el frío que a esta altura se siente es realmente intenso. El viento es helado. En la oscuridad, la otra cara del mundo se revela con todo su misterio y sus sensaciones inexplicables. Dormimos muy poco.

Al amanecer la perspectiva del retorno empieza a tomar forma. Salgo de mi saco de dormir y saludo a la mañana, al desierto y al Cerro Sagrado. Agradezco el nuevo día. Empiezo a planear, mentalmente, el itinerario de regreso. Mis compañeros duermen todavía y camino por ahí. Inconsciente me acerco a la parte izquierda del cerro, cuando de repente siento una sacudida interna y dudo de si lo que estoy viendo, lo estoy viendo realmente, o es el producto de mi imaginación; un compacto grupo de indígenas viene en ascenso y está a punto de llegar a la cumbre. Eso sí que no me lo esperaba. Tanto andar por estos sitios, reconociendo las huellas de los wirarrikas, sintiendo su presencia, y cuando estamos casi para regresar, he aquí que se aparecen. El grupo consta de nueve integrantes, todos ataviados con la indumentaria típica del wirrarika: calzón de manta ricamente bordada, camisa de colores intensos y abierta en las mangas, paliacate, sombrero con plumas, y morral lleno de todo lo necesario para viajar y para los rituales. Observo, una vez más, la forma de caminar que durante años he estado aprendiendo. Paso decidido y rítmico. Silencio absoluto. Sus rostros están imbuidos de una sacralidad en la que puedo notar que el ascenso a La' Unarre es, sólo, una parte del viaje físico y espiritual en el que llevan seguramente varios días.

Me quedo en cuclillas en actitud de reposo. Observo con cuidado para ver si entre ese grupo viene alguno de los wirarrikas que conozco. No ocurre así. Deben ser de alguna otra comunidad distinta de las que he visitado en la sierra. Me tranquiliza un poco, que mis compañeros duerman todavía y que se encuentren a buena distancia, por lo que los indígenas no serán perturbados en sus quehaceres. Pasan cerca de mí e intercambiamos un gesto de saludo. Es claro que se encuentran en un momento álgido de su peregrinación. No es tiempo para conversar e intercambiar cortesías. Al sentir su presencia tan cerca, me doy cuenta de que sus cuerpos están al alcance de mi vista, pero su conciencia está mucho más allá; en un mundo que se sigue escapando a mi percepción. Se mueven con toda seguridad, actúan con una sincronización precisa en todo cuanto hacen sin decir una sola palabra, pasan de largo hacia la zona de las ofrendas. Instintivamente volteo hacia atrás y reconozco

la presencia de mi amigo Rafael, uno de los miembros del grupo que tenía un manejo de atención más profundo y uno de los pocos que había tenido experiencias previas con los wirarrikas. Le hago con la cabeza un gesto de acercarse. Observamos que los wirarrikas están en un momento de intensa actividad. Están como a sesenta metros de nosotros. Han formado un círculo y se ponen a hablar en su lengua; pero no están conversando, sino, que están realizando un ritual; el marakame mueve sus muvieris, y bendice a cada uno de los peregrinos. Otras muchas cosas suceden, cuyo significado no comprendo.

Experimento una extraña fascinación y siento la necesidad de estar allá adentro. Nos acercamos con sumo cuidado hasta una distancia de diez metros de donde se encuentran los wirarrikas, muy atentos a cualquier posible señal de desaprobación por su parte, para en tal caso alejarnos de inmediato. Los wirarrikas notan nuestra presencia, pero no reaccionan en forma alguna. Siguen en lo suyo. Conforme los rituales continúan, el nivel de intensidad energética va en ascenso, esos hombres que están allí no están viendo el mismo mundo que nosotros, están viendo mucho más lejos. Me siento absurdo observando algo que me “jala” intensamente, pero que no puedo comprender. Por momentos me siento como un intruso, pero, la fascinación que esa gente y sus prácticas ejercen me tienen clavado en el piso. A pesar de que conozco wirarrikas desde hace años, de que he convivido con ellos en sus comunidades, y tenido experiencias maravillosas que me han hecho sentir muy cerca de ellos, existen partes enormes de sus rituales que siguen siendo incomprensibles para mí. Espacios de interacción en los que no he podido entrar. Aquí estaba, frente a mí, uno de esos espacios. Nunca había sido invitado —y nunca lo había pedido—, a la jornada espiritual más significativa entre los wirarrikas: la peregrinación a Humun’ Kulluaby. Ciertamente, conocía los lugares y los había recorrido con amigos wirarrikas, pero nunca como parte de una verdadera peregrinación. Y no era el hecho de no haber realizado la peregrinación con ellos lo que me hacía sentir siempre a un paso de distancia, sino fundamentalmente, que el mundo en que ellos se metían en sus rituales más significativos me seguía eludiendo. Por eso nunca

había querido forzar los acontecimientos para “colarme” a una peregrinación. Por lo demás, era bien consciente de no ser wirrarika.

Había hecho peregrinaciones rituales, en diversas ocasiones, que me habían llevado verdaderamente al Espíritu. Sin embargo, la forma en que estos herederos directos de las antiguas tradiciones Toltecas sabían embarcarse en desplazamientos de la conciencia, era un fenómeno que no podía por menos que fascinarme.

Viendo a estos seres humanos con sus cantos a la tierra, a los cerros y a los poderíos del mundo, me sentía como un privilegiado observador mirando por la pantalla del túnel del tiempo. Allí estaban esos hombres, caminando los mismos pasos, y realizando los mismos rituales que sus antepasados llevaban haciendo desde hace más de mil años... Sin ningún referente (como no fuera nuestra presencia) del rumbo que el hombre de las sociedades modernas había tomado. La escena que estaba frente a mis ojos, muy bien pudo estar ocurriendo hace cincuenta, cien, doscientos, o mil años, exactamente igual. ¡Tenemos tanto que aprender de esos hombres y mujeres que insisten en considerar que el sol, las nubes, las montañas, y todo cuanto naturalmente se manifiesta, es el rostro visible del Espíritu y por tanto, es sagrado!

Mirando a los wirrarika en su Cerro Sagrado, cobré conciencia una vez más de la inmensa fortuna que significa el que ellos todavía estén en este mundo y que, por tanto la tan mencionada “sabiduría indígena” no esté del todo perdida, sino que sigue viva y actuante, por lo que — si tenemos la entereza necesaria— podemos osar y buscar el establecer contacto con ese saber, antes de que esté perdido para siempre. Tantas leyendas, relatos y sueños acerca de los conocimientos de los Antiguos Toltecas, ¡allí estaban!, ¡Frente a mis propios ojos!

Escuchaba, veía y sentía, aunque lo principal de lo que sucedía entre ellos se me escapaba. ¡Qué ganas de estar allí en medio! Pero no observando, sino participando, comprendiendo, compartiendo la visión de estos Toltecas sobrevivientes. Por un momento, me entregué a la absurda frustración de no haber nacido wirrarika, para entender su idioma, compartir su sentido mágico del mundo y poder estar en ese

mismo sitio como uno más entre ellos. Con rapidez despejé mi mente y acepté el regalo que constituía el estar allí, lo que, buenamente, pudiera percibir de una visión como esa.

Después de un rato, los wirarrikas interrumpieron sus rituales y se pusieron a descansar. También sacaron tortillas y agua y comieron un poco. Uno de ellos se acercó a conversar con nosotros, le platicamos lo que estábamos haciendo, y un poco de la sierra y de las comunidades en las que habíamos andado. El wirrarika nos contó un poco de lo que Unarre; se encontraban en la última fase de su peregrinación, y estaban a punto de regresar a la sierra. Nos presentó a algunos de sus compañeros y dejamos abierta la posibilidad de volver a encontrarnos en la sierra. Los dejamos para que procedieran a dejar las ofrendas que traían.

Regresamos al campamento y nos reunimos con el resto del grupo que se ha despertado. Todos mirando desde lejos y con una gran curiosidad. Tenían muchas preguntas para hacerme. Les dije que ya tendrían tiempo para eso. Debían mantenerse en silencio y apartados hasta que los indígenas terminaran su trabajo. Los vimos partir. Pasaron y después de despedirse se marcharon como habían llegado; caminando en fila y en silencio. Los observé hasta que desaparecieron detrás de una ladera, sintiendo en mi espíritu una especie de promesa indefinida. No sabía si era una promesa que venía de afuera hacia mí, o si de mi corazón se expresaba hacia el mundo. Tal vez eran las dos cosas a la vez.

CAPITULO IX

-

LA PEREGRINACION A HUMUN'KULLUABY

Este es el camino que va al paraíso.

Lo tomamos, lo seguimos.

¡Ah, que bonita es la flor del peyote!

Vamos a su campo

Donde ha nacido

Donde se esconde Como un venado echado En la hierba del paraíso.

INICIO CARDÍACO

Manolo finalmente estaba por llegar a Xonacata, paraje de la sierra acordado para el encuentro con el marakame Antonio y los Jicareros de Santa María.

Habían sido muchas las dificultades de última hora que tuvieron que resolverse para conseguir un vehículo adecuado para realizar el viaje a Humun' Kulluaby; el camión que teníamos concertado desde hacía tres meses, tuvo que fallar precisamente diez horas antes de salir de la Ciudad de México.

Después, horas de febril actividad tratando de conseguir otro, las compañías que rentaban camiones cobraban sumas muy altas y además no podían conseguirlo con tanta premura. Solicitarlo a la Universidad o al INI requería de un tiempo burocrático del que no disponíamos ¡nos estaban esperando!

Decido que Manolo se adelante a Zacatecas, a ver si con el Profesor José María Palos de la universidad del Estado, se puede conseguir algo.

La Universidad de Zacatecas y el Profesor Palos en particular, siempre se han interesado en los asuntos de los wirarrikas. Entre tanto otros nos quedamos en México tratando de resolver por distintos medios. No podíamos fallar, se había caminado mucho para llegar hasta este punto y en el mero borde, el sueño amenazaba con hacerse humo. Solo que aquí estaba en juego mucho más: teníamos un compromiso y no sólo con los wirarrikas, sino con el Espíritu.

Mientras seguía pegado al teléfono de mi oficina, entre llamada y llamada, mi mente vacilaba ¿qué pasaría si nosotros no... ?, ¿pondríamos en peligro la peregrinación —”

El teléfono insiste en darnos sólo negativas. La pesadumbre empuja queriendo ocupar nuestros corazones. la convicción interna empuja en sentido contrario. ¡No podemos fallar!, ¡no podemos fallar! ¡Riiiiiiing! El teléfono nuevamente me saca de mis cavilaciones:

— Vic !conseguimos un camión de tres toneladas en la Universidad de Zacatecas! Salgo volado para Mexquitic y de ahí a Xonacata.

— ¡Ay pinche Manolo! !haces que el alma me regrese al cuerpo!. Vete para allá y me mandas a alguno de los muchachos en el carro de Ligia al aeropuerto, yo salgo para Zacatecas en el primer vuelo que haya. Una vez que te organices, déjame un mensaje con Elvira en la oficina, en el que me informes de donde podremos encontrarnos.

XONACATA

El viejo camión de la universidad, avanza dando tumbos sobre el “camino” de terracería, exigente hasta para los vehículos pesados. En él viajan Luis, Manuel y Ventura, el chofer de la Universidad. Viendo el camino y los años de vuelo del tres toneladas, los pasajeros se encomiendan a su santo favorito, para cumplir con el largo viaje que les aguarda. Como a veinte metros de distancia en un auto compacto, vienen Manolo y una de nuestras amigas, también haciendo votos porque la suspensión del carro — y sus riñones— soporten la chinga que se están llevando.

Manolo busca relajarse observando los bosques de pino—encino y respirando el aire incomparable de la sierra. Trata de “sintonizarse” con el entorno para así limpiar su alma de las dudas que, de cuando en cuando, revolotean en su interior. ¿qué estará pasando en Xonacata? ¿nos habrás esperado? ¿cabrán todos en el camión?

El camino de hoyos, piedras y desniveles es un cordón en la parte alta de la sierra. Abajo, barrancas y montañas se miran en la lejanía. Finalmente, el paisaje aéreo empieza a descender hacia una hermosa planicie rodeada de bosques. ¡Xonacata! El cielo se desgarró en colores azules, rojos, verdes y naranja tornasol, mientras el sol se esconde en el horizonte. Así se sienten las almas de mis compañeros; en un crepúsculo interior que anuncia la llegada y la entrega al misterio. Aunque para ellos la “peregrinación” había empezado meses atrás, lo “deadeveras” estaba por comenzar y ese atardecer era en su alma, la despedida del mundo que quedaría atrás, en el momento en que sólo contarán el espíritu de los wirrarika y los designios de Tamatz.

Manolo adelanta al camión, tratando de ganar algo de tiempo. Los faros del faro del Nissan abren un pequeño espacio de luz en medio de la oscuridad, que se lo ha tragado todo. El camino sigue descendiendo hasta que unas fogatas en la lejanía anuncian la inminente llegada. Conforme avanzan, el corazón comienza a latir con más intensidad; las siluetas oscuras de los indios recortadas contra la luz de Tatewari les

hace ver como lo que en realidad son, desde el momento en que iniciaron su camino a Humun'Kulluaby: seres mágicos. La mayoría permanecen en silencio.

- ¡Allí están los wirarrikas! ¡Nos esperaron!

- ¡Oye, pero son muchos...! parece que están todos los Jicareros

— Yo creo que están los jicareros y muchos otros ¡son más de cincuenta! ¡hay que buscar a Antonio!

En una de las fogatas se encuentran Ligia y Armando, que habían llegado en otro auto, para unirse también a la peregrinación con nuestro grupo. Después de los abrazos y saludos de rigor, le preguntan a Manolo que dónde está el camión, a lo que éste responde con toda la historia del fallo del camión original y la batalla para conseguir otro, que al final tuvo que ser un poco más pequeño y que venía más atrás.

—...pues aquí las cosas están medio especiales. Los wirarrikas ya estaban bastante preocupados, porque los esperaban muchas horas antes. Además son treinta y tres los wirarrikas que van a Humun'Kulluaby y esperan un camión muy grande

— ¡Pa'su mecha! Yo calculo que en el camión han de caber como mucho veinticinco, ¡y eso apretados! En esas estaban cuando se les acercó Antonio, marakame principal y líder de los jicareros:

— ¿Qué pasó Manolo, por qué tardaste tanto?

— Problemas con el camión que teníamos Toño, pero no te preocupes, ya conseguimos otro y viene en camino.

— ¡A que gileno! vénganse pa'ca que vamos a cantar y a bailar.

Manolo y los demás se unen a la fogata de los wirarrikas, donde ya todos estaban reunidos, sólo que antes de empezar con las danzas y los cantos, la gente — que estaba preocupada— quería saber que pasaba con el camión. Viendo las miradas fijas y curiosas del numeroso grupo de peregrinos, Manolo procede a explicarles la historia del camión y todas las complicaciones. Todo va bien hasta el punto en que les menciona que en el camión que finalmente se había conseguido cabrían sólo veinte, o veinticinco personas. Al oír esto los wirarrikas cambiaron el semblante y se mostraron seriamente preocupados. Los tewaris (mestizos) se dan cuenta en ese momento de la delicada

responsabilidad que había sido puesta en sus manos. El camión hace su entrada en ese momento y uno de los wirarrikas confirma: ¡Uy, en ese camión no caben más de veinticinco y somos treinta y tres! Tayau, un wirrarika como de treinta años que se distinguía por su fluido dominio del español y que, de alguna manera, estaba dirigiendo la discusión, le explica a los muchachos la gravedad de la situación:

—...mira, la razón porque los ves tan nerviosos, es que cada uno de ellos ha hecho un esfuerzo, pero muy grande para llegar hasta aquí; si alguno de estos, después de haberse preparado y haber empezado la peregrinación, no cumple yendo a Humun’Kulluaby, va a andar con mucho miedo y hasta lo más seguro es que se enferme o algo le pase. Por eso prepararon ofrendas y cada uno tiene un motivo de gran importancia para la peregrinación; los jicareros van a cumplir con su tarea, que dura cinco años, otros van a pedir por alguno de su familia que está enfermo y otros van a cumplir una promesa ¿cómo los vamos a dejar?

Mientras Tayau hablaba de esta forma, un rumor iba creciendo entre los demás wirarrikas, hasta convertirse en una discusión, en la que muchos hablaban al mismo tiempo. Aunque la discusión era en wirarrikas, algunas palabras salpicadas en español permitían entender de qué estaban hablando y que se refería a la forma de decidir quiénes se quedarían. Se entendía que algunos decían: “¡está bien, yo no voy!” o “yo me quedo, que vayan los demás!”, otros decían: “¡que vayan los puros jicareros!”, “¡pues sí, si no cabemos todos que vayan los que tienen que ir!”. Aunque nunca llegaron a enojarse (nunca he visto un wirrarika enojado), la discusión se prolongó por casi media hora. Los tewaris (mis amigos) de plano se sentían cucarachas por creerse responsables de lo que ocurría.

Mientras todo esto ocurría, el marakame Antonio y el Urukuakame Luciano —los más ancianos y respetados del grupo— dormían o descansaban tumbados en el piso, indiferentes a la discusión que seguía subiendo de tono.

—Oy Manolo ¿por qué mejor no consiguen otro camión pa’que no dejemos a ninguno? — dijo Tayau.

Los tewaris se reúnen y consideran la posibilidad. Conclusión: no contaban con los medios necesarios para hacerlo. ¡ni modo! Manolo dándose cuenta del problema suscitado por no contar con un camión más grande, no podía dejar de pensar en lo que hubiera pasado si no hubiera habido camión en absoluto...

— Lo sentimos mucho, pero no hay modo de conseguir más transporte, ya examinamos todas las posibilidades.

Por un momento se hizo el silencio. Después de la larga discusión y de no encontrar alguna alternativa para resolver la situación, en un instante, los wirarrikas dieron un cambio total en su actitud que mostró de una manera directa, lo que era la fluidez y el vivir sin la esclavitud de la importancia personal: de un estado de tensión y preocupación extrema, pasaron a un estado completamente opuesto con sólo decidirlo.

— ¡Ya estuvo bueno! si no vamos a ir todos, pues que nuestro consejo de ancianos —que seguían descansando tranquilamente— decida quién va y quién se queda...!

Sin mediar una palabra más, los wirarrikas se pusieron en actividad. Uno sacó el pequeño violín ritual, otro sacó una guitarra de similares dimensiones y, sin acuerdo alguno, como un solo cuerpo, se pusieron a danzar en un ánimo festivo y concentrado. Formaron una larga fila en la que iban uno muy pegado detrás de otro. La guitarra y el violín dejaron oír las características melodías que acompañan a los wirarrikas en todas sus experiencias rituales colectivas: una melodía breve y repetitiva que tiene, sin embargo, una riqueza increíble. Nunca se cansa uno de oíría, sino que nos mantiene contentos y despiertos, como conectados con una fuerza venida de quién sabe dónde, pero intensa y buena, alegre. Era la misma melodía que escucharíamos en las caminatas, en las danzas, en la cacería del hikuri y en la del venado.

La fila india danzaba alrededor del fuego, formando un círculo que, poco a poco, se convertía en espiral y que se acercaba más y más al Tatewari. Cuando la espiral estaba casi cerrada junto al fuego, la fila cambiaba de dirección y continuaba la marcha de la espiral, pero en

reversa. Caminaban danzando hacia atrás sin voltear ni por un momento, sin que ninguno chocara o tropezara. A intervalos, uno de ellos gritaba algo en su lengua y todos respondían hablando y festejando, al mismo tiempo que se oía el silbido peculiar de las puntas de cuerno de toro, convertidas en pequeñas trompetas:

era el anuncio del arribo simbólico a alguno de sus lugares sagrados. La danza era rítmica e intensa. Todo intervenía con una sincronicidad que rebasaba el ámbito de lo meramente humano: la música, el ritmo, el crepitar de la fogata, la noche y los sentimientos de los hombres y mujeres que danzaban alrededor del fuego, todo se conjugaba y era parte y expresión del mismo instante, en armonía consigo mismo.

Los tewaris observaban maravillados y aceptaban la lección que la vida les regalaba. Expresaban su admiración y su alegría danzando a corta distancia, sin atreverse a entrar en la fila. Cuando los wirarrikas vieron que danzaban y que no se detenían conforme las horas pasaban, expresaban su contento diciéndoles ¡eso..., así se hace...!

Después de unas tres horas la danza se detuvo, pero no la atención. Repartidos alrededor del fuego, uno de ellos empezaba a gritar el nombre de distintos lugares sagrados para ellos, añadiendo palabras en su idioma, a lo que todo el grupo respondía con eufóricos gritos y palabras de aprobación. Estaban bendiciendo todo lo que era importante para ellos y conjurando la buena fortuna para todos los peregrinos y para el buen éxito de la peligrosa travesía que estaban iniciando. En un momento dado, entre los gritos y palabras en wirrarika, los tewaris notaron que mencionaban al camión y a los dos autos, a los que dedicaban eufóricos parabienes. También, para los tewaris, hubo bendiciones que todos secundaron.

La danza se reinició nuevamente y se mantuvo durante dos horas más. Posteriormente, todos fueron a dormir. El viaje a Humun'Kulluaby se había iniciado.

El enorme conglomerado de edificios, calles y construcciones de todo tipo, se empequeñece rápidamente, hasta que toda la ciudad de vuelve como un enorme lago de hormigón. El avión se eleva más, y

pronto todo el paisaje debajo nuestro es una alfombra interminable de nubes. Cierro los ojos y trato de descansar; finalmente estaba en camino. No sabía lo que ocurría en la sierra pero, intuitivamente, sabía que las piezas del caos inicial, iban tomando su lugar y la natural tendencia al equilibrio tendría que imponerse. Recorro mentalmente todos los pasos que me trajeron hasta este punto; mis caminatas por las montañas, mi encuentro con los wirarrikas, mis distintas experiencias en el desierto de San Luis, mi trabajo con los grupos.

Los wirarrikas tienen muy claro el sentimiento interno de que su vida es un camino, que cada día es un paso y que ese camino se dirige al Espíritu. A lo largo de toda mi vida, desde niño, siempre tuve la misma intuición. Cada paso, cada proyecto, cada nueva aventura me acercaba un poco más a la Fuente, al Origen. Mi camino se venía formando con los lugares más extraños, las experiencias aparentemente más disímiles. Sin embargo, a pesar de su aparente inconexión, cada una de tales experiencias contenía la misma sustancia unificadora: la búsqueda del rostro verdadero, la conciencia operativa de nuestro vínculo con el Espíritu.

Así habían sido mis lecturas de niño, mis primeros campamentos solo o con mis amigos, la exploración de México, el encuentro con los campesinos, con los indios. Las incursiones por los terrenos de la mística, de la psicología, de la antropología y, posteriormente, de la anti antropología. El encuentro con el espíritu profundo de la Tierra. Los trabajos con la obra de Castaneda, mis encuentros con él. El descubrimiento del Mar y las ballenas, la comunicación con los delfines. La práctica del vuelo en ultraligeros, con la que me ganaba la vida durante el año de mi “desaparición”. Los grupos de trabajo, los cursos, las conferencias en distintos países. Las travesías por la selva, por el desierto, las montañas nevadas, las barrancas, los ríos que remontamos o que descendimos sorteando rápidos, los lagos. Las experiencias en el mundo del nagual, la proximidad milimétrica de la muerte. Escribir “Las enseñanzas de don Carlos” y luego el hacerme responsable de todos los cambios que implicó.

No habían sido años descansados los que dejaba atrás, pero su intensidad y el suave susurro del Espíritu en cada uno de ellos, no los cambiaría por nada. Efectivamente me dirijo al misterio, no sé a que mundo me transporta este avión, pero me siento en paz. He vivido la vida que he querido, no me he quedado con ganas de nada y la lucha ha valido la pena. Estoy listo para morir y sonriendo. Me acuerdo de aquella canción del poeta y cantautor cubano Silvio Rodríguez que se llama “al final de este viaje” y que dice “...quedamos los que puedan sonreír, en medio de la muerte, en plena luz, en plena luz...”.

Me siento feliz de que, finalmente, voy a Humun’ Kulluaby. No como parte de alguna investigación académica; ni como un viaje, un tanto exótico, al mundo del folklore indígena; sino, como un paso — inevitable ya— en mi camino hacia el Espíritu. Aunque había escuchado al respecto en diferentes pláticas con wirarrikas, había leído sobre ello, e incluso conocía algunos de los lugares de la peregrinación, la vivencia específica del Humun’ Kulluaby que, normalmente sólo los wirarrikas pueden *ver*, era un completo misterio para mí. Las palabras del don Juan de Castaneda tienen en este momento un significado nítido y preciso: “...un hombre va al Conocimiento como a la guerra: bien despierto, con miedo, con respeto y con absoluta confianza en sí mismo...”.

¡Ah que wirarrikas tan cabrones, si hasta a ellos les da miedo! Viene a mi memoria aquella plática en Santa María con un wirrarika como de veintidós años:

— Oye Fermín ¿y tú ya fuiste a Humun’ Kulluaby?

— qué va, si nomás me ando haciendo pendejo!

— ¿y por qué?, ¿cuál es el problema?

— Pero, ¿qué te puede pasar?, además, ¿qué no es una obligación?

— Pus si es obligación, pero de todos modos me da miedo. Hace como tres años que ya tendría que haber ido, pero aquí sigo. Según ya me estoy animando y a la mera hora me hecho pa’atrás.

— Pero, ¿por qué el miedo?

— Porque se pone bien grueso, mira; uno tiene que ir pa’lla, pa’ la Humun’ Kulluaby pa’ ver su vida, pa’ saber si va uno a curar, o se va a

dedicar al campo, o a ser marakame o lo que le toque a uno pues. No más que me da miedo por el peyote. Que tiene uno que comer hartito.

— Pero tú has comido peyote muchas veces, ¿no?, y además, yo veo que aquí todos le tienen cariño al hikuri, ¿por qué entonces tanto miedo?

— Pues es que allá la cosa es muy diferente. Mira: la clave de todo está en confesarse bien. Antes de entrar a la Humun'Kulluaby se tiene uno que confesar bien, diciendo delante de todos sus pecados, sin que te falte ninguno. Pa' quedar bien limpiito. El problema es si no te confiesas bien, si escondes o no te acuerdas de alguno. Entonces si te va de la chingada en Humun'Kulluaby o te puede caer la mala suerte o enfermarte. Hasta te puedes morir.

— ¿y qué pasa con el peyote?

— Pues que allá no es como aquí, que comes un trozo pequeño y te sirve pa' andar caminando o haciendo lo que sea muy a gusto, oyendo los consejos del Dios. ¡Allá te dan un chingo y es por fuerza!

— ¿Y si no te lo quieres comer todo?

— ¡Te pegan! Ponen a uno o dos que se nombran alguaciles pa' que te peguen si no te los comes todos o si haces algún gesto de que no te gusta. ¡y rapidito porque ahí están los demás esperando su turno!

— ¿Y qué pasa después?

— Pues según. Todo está en confesarse bien. Si se confesó bien pues entonces oye y ve uno a Tamatz que le habla a uno y le dice todo, todo, lo que tenga que saber. Se queda uno nomás oyendo y viendo. En cambio, si no se confesó bien luego se le nota, porque empieza a gritar y a querer correr. Ve diablos o cualquier clase de cosas horribles.

— ¿Y qué le hacen al que le pasa eso? ¿Lo ayudan?

— ¡No, qué lo van a ayudar'... Si todo es su culpa por no confesarse bien. Lo amarran a un árbol o a lo que haiga cerca ¡y que se aguante! Porque una vez que empieza ¡ya no te suelta!

— ¡Ah caray! pues con razón te da miedo ¡así hasta yo me la pensaba...!

— Pus ya te digo, todo es cosa de confesarse bien. Chance que este año sí me animo y me les pego a los jicareros

Después de reunirme con mis amigos y el grupo de wirarrikas avanzamos hacia Zacatecas, punto de paso para el Estado de San Luis Potosí. Nos detenemos junto a la carretera. Finalmente, todo el grupo de peregrinos se encuentra reunido, veintiséis jicareros incluyendo al marakame. Por parte de los tewaris viajan cinco compañeros además de mí. Observo que los jicareros están haciendo algo, ya que algunos sostienen velas y todos se encuentran en torno a ellos. Hablan en su lengua.

LOS MATEWAMES

Algunos Jicareros están cubriendo el rostro de los matewames (el que no ha visto y va a ver) que son los que van por primera vez a Humun' Kulluaby. El urukuakame Luciano, el de edad más avanzada, coloca con la ayuda de dos jóvenes, pañuelos que cubren la cabeza y los ojos de los matewames. De los tewaris, sólo yo he estado en Humun' Kulluaby, así que todos mis amigos son cubiertos con sendos paliacates. Les explico lo que ya sabía del procedimiento: el pañuelo que cubre los ojos y la cabeza parcialmente, enfatiza el hecho que el que no ha ido al Humun' Kulluaby, no “ve” verdaderamente, y el tener cubiertos los ojos lo ayuda a entrar en un estado de introspección y atención necesarios para realizar el trayecto sagrado que lleva hasta el paraíso de los wirarrikas, que tienen la fortuna de poder visitar estando vivos. Deberán mantenerse cubiertos hasta que lleguen y haya concluido la cacería del venado-peyote.

Observo el ánimo y la actitud de los peregrinos, están transfigurados. Un sentimiento de sacralidad se siente a través de sus miradas. Se ven muy diferentes a como se les encuentra en la sierra. Son los signos de la tarea que están realizando; no es sólo que se dirijan a un lugar donde entrarán en contacto con los Poderíos que rigen el mundo, sino que el viaje mismo, la travesía en sí, los va sacralizando; ya no son simplemente hombres y mujeres, se convirtieron en espíritus mágicos, desde el momento en que los rituales iniciales en la sierra dieron inicio a la Peregrinación. A partir de ese momento, nada será ya lo mismo; cada cosa que se haga, cada avance que se dé, será un paso que los interne más y más en la conciencia del otro yo, donde la naturaleza del hombre se iguala con la naturaleza de los dioses que rigen el mundo.

Cada matewame baja los ojos en actitud de respeto y recibe con atención las palabras del urukuakame. Ligia, Manolo, René, Luis Manuel, Armando y yo, recibimos con el corazón abierto aquellas palabras y gestos que nuestra razón no entiende. No nos importa entender. El lenguaje universal del sentimiento nos unirá, cada vez

más, a esos hombres y mujeres, que con el paso de los días, se irán convirtiendo en algo mucho más cercano; nuestros teokaris, nuestros hermanos. Compañeros de viaje en esta peculiar peregrinación hacia el Misterio que es la vida.

Una vez que los matewames han sido cubiertos, todo el mundo se desea buen viaje y subimos a los vehículos. La próxima parada será en un punto indeterminado del camino, que Antonio y Luciano habrán de señalar para pasar ahí la noche y enfrentar uno de los momentos clave de la peregrinación: la confesión.

Antonio viaja ahora en la parte delantera del camión, junto con Luciano. Escudriñan buscando algún signo, que les señale el lugar preciso para detenerse. Pasan como cuarenta minutos de nuestra parada anterior y algo les hace pararse. A pesar de la oscuridad, se puede observar que nos hemos detenido en una zona plana con vegetación semidesértica. En cuanto se apagan los motores, los sonidos de la noche hacen que nos ubiquemos donde estamos de verdad. Aunque nos encontramos a la orilla de la carretera, el tránsito de vehículos es prácticamente nulo. Con carretera o sin ella los wirarrikas ocupan el mundo con la misma actitud de respeto y confianza que les es tan propia. Al fin y al cabo ellos estuvieron allí desde mucho antes que la carretera y los tewaris. No hay luna y sólo la grata compañía de las estrellas salpica la oscuridad.

LA NOCHE DEL WIRRARIKA

El grupo se interna un poco, alejándose de la cinta de asfalto para colocarse a suficiente distancia del camino. Los morrales y pequeños atados de los wirarrikas empiezan a obrar su magia y de ahí salen pequeños troncos de madera, prácticamente del mismo tamaño y diámetro. En unos cuantos minutos, han preparado una fogata en la que los troncos, a manera de flechas, apuntan hacia el este, la región por donde aparece Tau. Antes de encender la hoguera, Luciano le habla al fuego. Le pide que acepte el alimento que trajeron para El. Que los siga protegiendo durante el peligroso camino que les aguarda. Por el sentimiento que se siente en sus palabras y la honda emoción de su mirada, nos damos cuenta que su amor a Tatewari, que ha cultivado a lo largo de toda su vida, no es en modo alguno un sentido figurado, sino una fuerza actuante, poderosa, viva. Luciano acerca un cerillo y, como si esa pequeña flama hubiera abierto la puerta de otro mundo, una enorme llama brota en un instante. Cada uno de los presentes tenemos una pequeño tronco o rama en las manos; es nuestra ofrenda al abuelo fuego. Antes de depositarla, todos los peregrinos gritan a la vez el nombre de sus sitios sagrados, hacia donde apuntan el tronco o la rama, como si fuera una flecha, invocando los poderes de cada lugar ¡Rapaviyame! (el lago de Chapala), ¡Aurramanaka! (el templo de la tierra, en Durango), Aramara! (la costa de San Blas) ¡Humun' Kulluaby! A cada nombre siguen un montón de frases festivas y cariñosas pronunciadas por todos simultáneamente. Una vez conjuradas las potencias de los sitios sagrados, cada peregrino da una vuelta al fuego, para entregarle su pedazo de madera, al tiempo que le habla. Inmediatamente después, los wirarrikas sacan de su morral una pequeña cantidad de harina de maíz y la depositan en el fuego al mismo tiempo; siempre sin dejar de hablarle.

EL KAWITERO

Lo siguiente que ocurrió fue que uno de los jicareros de nombre Juan, de unos cincuenta años, comenzó a hablar con mucha fuerza y con grandes ademanes frente al fuego. Hablaba a gran velocidad, provocando la risa de todos. Luego bajaba el volumen hasta que se quedaba dormido y empezaba a roncar, lo que era festejado por todos. Los tewaris no comprendíamos lo que ocurría. El hombre retomaba su letanía con nueva intensidad, señalando al fuego, a la lejanía, a las personas, y de pronto ¡se puso a llorar con intensidad!; para nuestra sorpresa, nadie se preocupaba, sino que reían descaradamente, más intensos los quejidos y palabras llorosas del hombre, más intensas las carcajadas de todos. Me acerco a Tayau, que era el encargado de informarnos de las partes que no comprendíamos y de darnos las instrucciones que pudieran hacer falta, y con un gesto le pregunto que qué pasa.

— ¡está kawiteando!

— ¿quééééé?

— ¡es el kawitero y está contando la historia del mundo!

Al momento comprendí lo que ocurría y se lo expliqué a mis compañeros. El kawitero estaba haciendo la sátira de lo que hace el marakame. ¡Estaba parodiando a Antonio!, que probablemente, era el más divertido. En efecto, una de las cosas que hacen con regularidad los marakames, es que en sus cantos cuentan la historia del mundo. Quedarse dormido durante una ceremonia sería de las peores cosas que le podría pasar a un marakame, por eso tanta risa. Así también, puede suceder que durante las largas veladas del cantador, en ocasiones la emoción sea tan intensa que llora mientras canta, y el kawitero no deja pasar ninguno de estos elementos para provocar la hilaridad de los presentes. Cerca de una hora continuaron los kawites y las risas. Después, vinieron los cargos y el cambio e nombres.

CAMBIO DE NOMBRES.

Antonio, Luciano y Julio, procedieron a repartir cargos que eran al mismo tiempo responsabilidades reales y ficticias. Así, se nombraron alguaciles, secretario, oficiales de justicia, tesoreros, administrador, comandante y cuanto se les ocurrió; el caso es que a todos se les asignó un cargo. El último en recibir su cargo fue nuestro amigo René, que como no se le ocurrió más, lo nombraron presidente y lo llamaban Carlos Salinas de Gortari, lo que todos festejaron con risas y chistes. Cada vez que le asignaban cargo a alguno, fingía no querer y entonces los demás tenían que convencerlo. En ocasiones salía corriendo y los alguaciles tenían que perseguirlo y agarrarlo, hasta que finalmente aceptaba. También se le cambiaron los nombres a todo; las tortillas, el agua, los morrales, las ofrendas, el cielo, la tierra, el fuego, los carros, etc. Prácticamente a todo le cambiaron el nombre, incluyendo a las personas que adquirieron nombres distintos a los suyos verdaderos. Los nuevos nombres se mantendrían hasta que la peregrinación terminara. Los alguaciles estarían encargados de vigilar que nadie se equivocara y cobrar una multa al infractor. Al mismo tiempo todos vigilarían a los alguaciles para que ellos no se equivocaran. El cambio de nombres de hecho se respetó a lo largo de toda la peregrinación. Me di cuenta que este cambio no era tan sólo un juego, sino una manera muy eficaz de mantener un trabajo de atención y, principalmente, una manera de enfatizar el carácter no ordinario de todos y de todo cuanto ocurría durante la peregrinación. Era parte de la sacralización que seres humanos, cosas y acciones adquirirían durante la peregrinación.

LA DANZA DE LOS JICAREROS.

Después del cambio de nombres siguió la danza de los jicareros, de modo similar a la que realizaron en Xonacata, marchaban en fila alrededor del fuego formando una espiral que a una sola señal caminaría en sentido inverso. Dentro de la fila iban como siempre Julio, tocando su pequeña guitarra, y Galindo que ejecutaba el violín. Juntos creaban una música que producía un estado que me atrevería a calificar de “hipnótico” a la vez que de alerta y alegría. En esta ocasión se añadía una variante muy bonita y es que a veces, cuando la espiral se cerraba casi completamente junto al fuego, el que iba al frente daba la vuelta y comenzaba a avanzar de frente pero en sentido contrario a los que apenas iban llegando, de modo que una parte de la fila iba hacia adentro mientras que la otra iba hacia fuera, sin que en ningún momento se perdiera el orden o la sincronización. De tiempo en tiempo se dejaban oír los cuernos de toro, que eran seguidos de gritos alegres por parte de los danzantes. Se gritaban los nombres de los lugares sagrados y se señalaban sus encantos. Después de observar y participar muchas veces en ella, me di cuenta que la danza era en realidad una representación del quehacer de los jicareros, que tienen que viajar constantemente a los múltiples y lejanos sitios sagrados llevando y trayendo ofrendas de un sitio a otro, siempre teniendo a Tatewari como centro de todo lo que hacen. La danza de los jicareros, no sólo produce profundos estados de conciencia acrecentada cuando se la práctica por horas, sino que reafirma la convicción interna que tienen en la realización de sus tareas, además de consolidar el espíritu de grupo.

LA CONFESIÓN.

Por fin llegaba la hora tan temida por los tewaris: la confesión. La razón de nuestra desazón no era la dificultad para hacer públicos asuntos íntimos, al fin y al cabo, eran momentos fuera de la realidad ordinaria frente a nuestros teokaris, y lo más importante de todo: la confesión era frente a Tatewari, al cual no se podía engañar. Lo que nos ponía inquietos cada vez que tocábamos el tema de la confesión era la dificultad para asimilar el sentido que los wirarrikas dan a la palabra pecado, ya que sospechábamos que tenía una connotación distinta. Lo que yo sabía era que uno tenía que mencionar en voz alta, a cada una de las personas con las que había tenido relaciones sexuales a lo largo de toda su vida, lo que implicaba, en muchas ocasiones, referirse explícitamente a encuentros amorosos con la mujer o el hombre de alguno de los presentes en la confesión. Esto suscitó alguna polémica entre nosotros, porque algunos manifestaban que no sabían qué hacer ante el hecho de que no asimilaban los encuentros sexuales que habían tenido a lo largo de sus vidas, como “pecados”, y por tanto, no sabían si podrían confesar otras cosas que pudieran tener una carga más pesada para cada uno. Mi planteamiento era que no tenía caso especular en torno a lo que para los wirarrikas podía significar la palabra pecado, pero que había un hecho que no podíamos dejar de lado: ellos se confesaban así y estábamos en su mundo, y sus modos y maneras eran los que mandaban, por lo que nuestras consideraciones personales tendrían que ser dejadas de lado, para realizar la confesión exactamente igual como lo hicieran los wirarrikas. Conveníamos, en todo caso, que adicionalmente a la “confesión al estilo wirarrika”, podríamos – si así lo sentíamos – confesar también algún asunto que en lo personal nos estuviera pesando internamente. Como siempre sucede, la realidad concreta terminó por darnos las respuestas que nuestras especulaciones no hubieran podido conseguir nunca.

Los primeros en confesarse fueron el marakame y el urukuakame. Todos estábamos sentados alrededor del fuego, en silencio. En un

momento dado los alguaciles sujetaron a Luciano y lo llevaron ante el fuego, exhortándolo a confesar sus pecados sin brincarse uno solo. Luciano comenzó a contar la cadena de sus pecados a lo largo de su larga vida, sin importar si en otras peregrinaciones se hubiera confesado, tenía que contarlos todo de nuevo. Sus encuentros amorosos debían haber sido muchos, porque tardó bastante. Cada determinado tiempo escuchábamos que mencionaba un nombre de mujer, que los alguaciles repetían en voz alta, mientras otro jicarero hacía un nudo más en una pequeña cuerda. Cuando el recuento de los “pecados” hubo terminado, finalizaba diciendo algo así como: “que el abuelo fuego me limpie de mis pecados”, al tiempo que se sacudía la ropa, como retirando algo indeseable de sí mismo. En ese momento, todos respondían en voz alta “así será”. La cuerda con los nudos era arrojada al fuego.

Siguió el marakame y poco a poco, los demás wirarrikas que se confesaban de modo similar: diciendo en voz alta el nombre de sus distintas parejas sexuales. Ninguno escapó a la confesión; igualmente lo hicieron hombres y mujeres, sin importar la edad o el hecho de que estuvieran peregrinando en compañía de sus esposos o esposas. En ciertos momentos notábamos por el todo de la voz que los elementos de la confesión tocaban fibras muy sensibles de los peregrinos.

A juzgar por las largas listas de algunos de los presentes, se podría quedar uno con la impresión de que son exageradamente sensuales, aunque cuando llegó la oportunidad nos dimos cuenta que en realidad no somos distintos de ellos, con la diferencia que ellos lo asumen frente a su comunidad y nosotros no.

Una cosa curiosa que ocurría, es que para contrapesar lo difícil del trance, cada vez que tocaba el turno al siguiente confesante, éste fingía tratar de huir y los alguaciles lo llevaban – a veces arrastrando – hasta el fuego. Mientras estaba confesando, si notaban el menor titubeo o se quedaba callado, le pegaban con un cinturón presionándolo para que confesara todo. Todo esto tenía un sentido; implicaba risas y un sentido del humor que sin embargo no disminuía en nada la profunda significación que esta parte de la peregrinación tenía, de hecho, de lo

bien o mal que los “peregrinos” se limpiaran, dependía el buen éxito de la peregrinación.

Las horas pasaban y faltaban todavía muchas confesiones. Era evidente que nadie iba a dormir esa noche. Yo me senté estratégicamente junto a Tayau que, de cuando en cuando, me traducía parte de las confesiones, para que entendiera mejor cómo era la cosa. Así me di cuenta que – dado que los wirarrikas viven en el campo – sus confesiones no sólo incluían a personas sino ocasionalmente a chivos, vacas y etc., y la masturbación era un tema que también se tocaba. Era evidente que la confesión tenía que ser muy honesta y no dejaba fuera ningún asunto de implicación sexual.

— ¡Hay que confesarse bien, Víctor!, claro que cuesta trabajo, pero es la única manera de quedar limpio para poder salir completo del Humun’Kulluaby. ¡Mejor que de una vez salga todo lo que tenga que salir y luego ya todos limpiecitos y tan contentos!

A estas alturas yo ya me había armado de valor y estaba resuelto a enfrentar mi destino. Sabía lo que estaba en juego y no me podía andar con medias tintas.

Una cosa curiosa que me pasó fue que cuando empezaron las confesiones me coloqué de tal manera que me tocada uno de los últimos turnos, para así observar primero y actuar después. Cuál no sería mi sorpresa cuando me di cuenta que así como nosotros tenemos siempre la costumbre de iniciar las rondas de cualquier cosa hacia la derecha, los wirarrikas acostumbraban en cambio hacerlo hacia la izquierda, de tal modo que, queriendo ser uno de los últimos, terminé siendo de los primeros y fui el primero de los tewaris en pasar confesarme.

Cuando los alguaciles vinieron por mí, me levanté muy decidido, pero apenas me vi frente al fuego sentí algo que jamás imaginé: ¡me quedé mudo! Con grandes dificultades logré decir: ante ti abuelo fuego y ante todos mis teokaris confieso que.... entonces empezó una batalla interna por recordar los encuentros sexuales de mi vida, empezando por aquellos de la adolescencia. La sensación era que más allá del mundo de las palabras, dentro de mí, se arremolinaba y agitaba una

cantidad de energía, que implicaba emociones, vivencias, miedos, dolores, así como alegrías y gozos ¡todo pugnando por salir al mismo tiempo!; la razón en tanto, luchaba contra la “amnesia”. Cada vez que decía un nombre, los alguaciles lo repetían para que todos oyeran bien y un nudo se añadía a la cuerda de mi vida. Proseguí por un rato con esa lucha interna y externa. Verdaderamente quería decirlo todo, no había nada que quisiera guardarme, pero mi capacidad de verbalización estaba muy distante de la intensidad que vivía por dentro. Antonio debió darse cuenta de lo que me ocurría porque después de un determinado tiempo me dijo: “¡di un número!, si son muchas di un número!” ¡Gracias Antonio!, pensé, por sacarme del lugar de los tormentos. Dije un número que sentí correspondía a lo que me faltaba y todavía alcancé a dar voz ante el fuego a un par de asuntos que me tocaban muy hondo y que necesitaba liberar. Verdaderamente me sentí renovado. Con un tipo de limpieza interna muy especial. No me sentía contento o eufórico. Ni tampoco triste. Me sentía diferente; como si la percepción que tenía de mí mismo no fuera la que normalmente conocía, sino, que lo que “yo” era en ese momento fuera de otra naturaleza, que percibía el mundo con una especie de profundidad silenciosa y que sabía perfectamente a donde iba y lo que estaba haciendo en ese lugar y momento específico, aunque no pudiera expresar ni comprender racionalmente lo que sabía. Me di cuenta que el sentido de la palabra “pecado” entre los wirarrikas, nada tenía que ver con consideraciones morales, sino exclusivamente energéticas. El procedimiento era impecable.

Exactamente lo que se requería para sintonizarse en la frecuencia adecuada en el viaje a Humun’Kulluaby.

Wirarrikas y tewaris se fueron confesando uno a uno. Cuando fueron pasando mis amigos, observé con gusto y admiración la entereza que mostraron frente a un momento tan exigente. Sin duda se habían preparado adecuadamente y se habían ganado a pulso su lugar en la peregrinación.

TAU

La noche avanzó, y ya cerca del amanecer los peregrinos quedamos limpios. Al alba, una euforia se apoderó de todos los presentes. ¡Tau estaba saludando a los viajeros y les bendecía, una vez más, con su luz y su calor! La alegría nos inundó a todos ya que esa luz se sentía como un presagio prometedor de lo que nos aguardaba en Humun’Kulluaby. Los peregrinos recibieron al Sol danzando alrededor del fuego. La intensidad de las expresiones jubilosas iba en aumento. ¡Nos dirigíamos a Humun’Kulluaby, íbamos al encuentro de Tamatz! ¡qué felicidad!

Después de la danza, se reunieron todos muy pegados, con el marakame (que representaba al Sol) en el centro. Con sus movieris en alto y vibrando, pronunciaban palabras respecto a la unidad de los jicareros ya su compromiso total. Una cuerda fue pasada alrededor de todos, como símbolo de la cohesión espiritual del grupo. La limpieza de la confesión y la unificación en torno al mismo objetivo, establecía las condiciones óptimas para entrar a Humun’Kulluaby.

Como a las ocho de la mañana aparecieron algunos alimentos. Antes de probar bocado, como es la costumbre de los wirarrikas, se da una pequeña parte al fuego, “¡primero Tatewari!”, luego se ofrecieron los alimentos a los sitios sagrados y finalmente comimos.

A lo largo del viaje se comía una vez al día. La diara de los peregrinos era muy austera: tortillas y agua. En alguna ocasión refrescos, si es que pasábamos por algún poblado o ranchería. En cada ocasión cada uno compartía sus alimentos con los demás. Después del “desayuno” retomamos la carretera nuevamente, esta vez con rumbo a Zacatecas, para de ahí desviarnos hacia San Luis de Potosí.

El aspecto de la peregrinación era muy pintoresco. Delante el camión de la Universidad repleto de wirarrikas emplumados y uno que otro tewari. Aunque se supone que el camión era de redilas que medían menos de un metro de alto, por lo que los pasajeros iban no solamente amontonados, sino en un esfuerzo constante de equilibrio. Es de

comentar que a pesar de las muchas horas de viaje de esta manera, ninguno de los peregrinos se quejó ni una sola vez, sino que en todo momento se mostraban contentos y de buen humor. Detrás del camión, iban los dos coches, ya para entonces llenos de polvo y acusando los primeros signos de agotamiento, transportando a algunos tewaris de aspecto estrafalario, además de agua, naranjas, cobijas y muchas otras cosas.

Fue curiosa la actitud del agente de caminos, que detuvo uno de los autos por pisar la línea continua de la carretera, al observar a los pasajeros con la cabeza y los ojos cubiertos. Afortunadamente se mostró comprensivo cuando se le explicó el motivo y vio el camión de la Universidad lleno de pasajeros de apariencia peculiar.

Ya en el estado de San Luis, nos dirigimos a un pueblo en la periferia del desierto, donde los wirarrikas se abastecieron de una gran cantidad de objetos necesarios: pequeños espejos, velas, chocolate, pequeños garrafones que luego serían muy importantes y otras cosas similares. Sin saber cómo se usarían las cosas los tewaris también nos abastecimos de objetos similares “por si acaso”.

Llegaba el momento de abandonar la carretera e internarse en el desierto, todavía nos separaban como ciento cincuenta kilómetros de Humun’Kulluaby que habríamos de recorrer prácticamente a campo traviesa.

Nos encontramos, ahora sí, en pleno desierto. Todo lo que se mira alrededor es una llanura color gris, salpicada de pequeños arbustos y de vez en cuando algún tipo de nopal. Los autos vienen sintiendo – como dice el dicho – lo que es “amar a dios en tierra de indios”. El camión, en cambio, mantiene su paso lento pero seguro. Los primeros kilómetros del desierto los hacemos relativamente en línea recta, por un camino donde la tierra está aplanada y libre de arbustos, de cuando en cuando la ruta cruza con otros “caminos” y el urukuakame tiene que decidir cuál es el más apropiado: todo se ve igual para todos lados. Después de recorrer cuarenta o cincuenta kilómetros en que el camino se fue tornando cada vez más irregular, nos detenemos en un paraje que no parece tener nada de especial.

EL ALIMENTO DE TATEWARI.

Los wirarrikas se bajan del camión y rápidamente se ponen en actividad. Acomodan su escaso equipaje formando un círculo en torno a un sitio que el marakame ha señalado. Se escucha el característico sonido de los cuernos de toro y a un mismo tiempo la mayoría de los jicareros —esta vez sin Luciano y Antonio— forman una fila y se internan en el desierto. Nos toma tan de sorpresa, que sólo algunos de los tewaris alcanzamos a incorporarnos. Como la tercera parte de los wirarrika también se queda.

La fila avanza con la sincronía característica entre ellos. De tanto en tanto, alguno hace sonar su cuerno de toro y los demás responden con los suyos y con gritos de júbilo sin dejar de caminar. La música de la guitarra y el violín, siempre presentes, le confieren un aire de fiesta al momento.

Siempre que vienen a mi memoria esas caminatas, o la danza de los jicareros y lo que sentía al participar en ellas, me sigue asombrando como entre los wirarrikas se da un peculiar estado que no he visto en otra parte, y que tiene que ver con el sentido de la palabra “fiesta”; que para nosotros suele tener un significado que implica contento, pero también el “relajo”, la dispersión de la atención. Recuerdo mis primeras reacciones de extrañeza de años atrás cuando observaba que a sus rituales más profundos les llamaban a menudo “fiesta”. Así, hablaban de la fiesta del maíz, de la fiesta del tambor, etc. Conforme fui conociendo y participando de los diferentes rituales, pude percatarme de que para ellos la vivencia de la fiesta es muy diferente a la nuestra; el estado es sin duda festivo y alegre, pero, a diferencia del hombre moderno cuando se pone de fiesta, entre ellos la atención no se dispersa, sino que por el contrario se acrecienta. El resultado es que al mismo tiempo que se encuentran muy contentos, nunca caen en el relajo y, por el contrario, se meten en estados de alta concentración y conciencia acrecentada en los que, sin embargo, no hay solemnidad sino alegría. Tales estados de alegría podían alternarse de un instante

a otro y de una manera total, con estados de profunda tristeza o de contemplación silenciosa, ya que los wirarrika son maestros en el arte de la fluidez y no tenían ninguna dificultad en cambiar el uso de la atención en el momento en que era necesario. Así eran también las caminatas; sin hablar, metiéndose en un ritmo y armonía en que la atención de todos se unía gracias al penetrante, repetitivo (pero no monótono) y alegre sonido del violín y la guitarra, a lo que se cuando en cuando se añadía el jubiloso sonido de los cuernos de toro.

La fila llegó hasta donde se encontraba un pequeño árbol como de dos metros de altura y con bastantes ramas y después de rodearlo empezaron a avanzar en forma circular, quedando el árbol en el centro. Era evidente que la danza era para él. Pasados unos veinte minutos, la danza y música se detuvieron. Los jicareros tocaron sus cuernos una vez más. Uno de ellos se acercó al árbol y comenzó a hablarle con mucha seriedad durante algunos minutos, por momentos su hablar se tornó muy afectuoso y emotivo hasta las lágrimas. Cuando hubo terminado sacó un cuchillo y cortó una de las ramas, obteniendo un pequeño tronco como de cuarenta centímetros, al que quitó toda la corteza. Le afiló la punta semejando una flecha y después apuntó la flecha a las direcciones del mundo, al tiempo que rogaba en voz alta por el espíritu del árbol. Todos los presentes unieron sus voces también. Pasado este momento, todos se aproximaron al árbol y después de cortarlo, procedieron a fragmentarlo en pequeños troncos del mismo tamaño, a los que también le quitaron la corteza. En un tiempo increíblemente corto, no quedaba ni rastro del árbol, mientras que cada wirarrika tenía una porción de alimento para Tatewari. El grupo emprendió el regreso.

Pronto comenzó a oscurecer y el urukuakame encendió el fuego siguiendo todos los pasos necesarios para la invocación de Tatewari. Todos participábamos de modo similar a lo que ya describí en la noche de la confesión. Cuando todo estuvo listo, Antonio nos pidió que nos fuéramos a dormir ya que lo que seguía era sólo para los wirarrikas. Le pregunté si podíamos caminar un poco y me dijo que sí, pero que tuviéramos cuidado. Aprovechamos entonces para realizar una de

nuestras actividades favoritas cuando estábamos en despoblado; caminar en la noche sin encender lámparas o velas. La práctica me había enseñado que, si se lleva a cabo cuidadosamente, el caminar así acrecienta la atención, lo que facilitaba el que recursos inusuales de percepción corporal ocuparan un primer plano, al tiempo que la vista ocupa un lugar secundario. De esa forma, uno puede caminar con bastante seguridad e integrarse plenamente al mundo de las sombras.

Nos alejamos del campamento y nos fundimos en la percepción nocturna del desierto. Caminamos unos tres o cuatro kilómetros. Elegimos un sitio apropiado y nos sentamos en el suelo formando un círculo energético en el que nuestras espaldas estaban pegadas hacia adentro y nuestros rostros apuntaban hacia fuera. Sentados de esta manera uníamos nuestra atención y teníamos una percepción de trescientos sesenta grados del desierto que nos rodeaba. Después, inclinando nuestras cabezas hacia atrás, éstas quedaban en contacto y unificamos la percepción de las estrellas. Estuvimos alrededor de una hora ocupándonos de esa manera y sin hablar. Pasado ese tiempo, hablamos un poco de nuestra situación, en voz muy baja, para no perturbar la condición energética del lugar. Finalmente emprendimos el regreso, esta vez corriendo a toda velocidad, por el puro gusto de movernos en la oscuridad. Nos dimos cuenta que nuestro cuerpo estaba pidiendo algo de intensidad física. Antes de acercarnos al campamento, estabilizamos nuestra respiración y nos aquietamos nuevamente.

Llegamos en silencio y los wirarrikas parecieron no notarnos. Conversaban en torno al fuego hablando uno mientras los demás escuchaban. No era una charla ordinaria, sino que se ocupaban de algún tema de verdadera importancia. Después sabríamos que estaban deliberando en torno a los pasos y la ruta a seguir durante los días siguientes. Pasó como media hora más y luego todo el mundo procedió a dormir. Eran como las dos de la mañana.

TATEI MATINIERI

Cuando me desperté a la mañana siguiente, encontré a los wirarrikas subiendo las cosas al camión. Rápidamente nos apresuramos a guardas las nuestras pues asumí que partiríamos de inmediato hacia Humun'Kulluaby. Sin embargo, para mi sorpresa, una vez que las cosas estuvieron en el camión los peregrinos no se subieron a él, sino que formaron una larga fila en la que ahora sí se encontraban todos. Procedimos a incorporarnos muy curiosos por el destino y objetivo de la caminata. Sonaron los cuernos de toro y la fila se puso en marcha. Al poco tiempo de estar caminando llegamos a un pueblo o ranchería, que se componía solamente de algunas casas de adobe y otras de ladrillo blanco. El suelo sin pavimentar no tenía ninguna diferencia con el resto del suelo del desierto. Me llamó la atención que los escasos pobladores no parecieron sorprenderse ante la enorme y pintoresca fila de peregrinos, por lo que me imaginé que el pueblo estaría en la ruta normal de la peregrinación. Seguimos de largo hasta cruzar el poblado y poco tiempo después llegamos a un área rectangular, como de trescientos metros cuadrados, que se encontraba cercada con malla de alambre por sus cuatro lados. Adentro se observaban un mezquite, otro árbol que no pude identificar y diferentes arbustos. Además de la cerca, la única peculiaridad era el verdor de la zona, que contrastaba con el desierto. La cerca tenía una pequeña puerta por donde van entrando los peregrinos. Cuando voy a traspasarlo alcanzo a leer un letrero del Instituto Nacional Indigenista donde dice que el lugar es un templo ceremonial de los wirarrikas, que la entrada está prohibida y que el tirar basura o meter animales será motivo de una fuerte multa o consignación ante las autoridades competentes. Me doy cuenta de que estamos en uno de los sitios más importantes en el camino a Humun'Kulluaby.

Conforme los wirarrikas van entrando al lugar observo que se acomodan en el suelo sentándose sobre sus pantorrillas o con las piernas cruzadas. Descubro el motivo del verdor y la frescura tan

agradable del lugar: estamos en Tatei Matinieri, un ojo de agua que brota en medio del desierto. Este lugar es uno de los sitios donde mora la Señora del Agua de tanta veneración por parte del pueblo wirarrika. También habita en el Lago de Chapala, Jalisco, y en las costas de San Blas, Nayaarit.

Había escuchado muchas veces hablar de Tatei Matinieri pero nunca había estado aquí. En cada ocasión el wirarrika que se refería al sitio lo había hecho con una gran emoción, describiéndolo como uno de los lugares más hermosos del camino a Humun’Kulluaby. Y Tatei Matinieri ciertamente era hermoso. No sólo por la presencia del agua, que por lo demás formaba sólo un pequeño arroyo, o por la presencia de los escasos árboles; era algo más hondo e inefable lo que nos hacía sentir tan bien allí. Entrar a Tatei Matinieri era como cruzar a otra dimensión, en que el calor y el severo aspecto del desierto eran tan sólo un recuerdo. Aquí se sentía uno como confortado, protegido y envuelto en el amor de la Señora del Agua.

Una vez que los wirarrikas se hubieron sentado, cada uno de ellos sacó de su morral un colorido paliacate que tendió en el suelo, a la orilla del ojo de agua. Sobre el paliacate fue colocando una gran cantidad de ofrendas. En poco tiempo cada peregrino tenía ante sí un altar que presentaba a Tatei Matinieri con las más ricas ofrendas: velas, flechas, cornamentas de venado, chocolate, galletas, monedas, nierikas, ojos de dios, maíz de diferentes colores, peyote, bordados y muchas otras cosas. Una vez más comprobábamos que del morral de un wirarrika puede salir cualquier cosa, sin importar peso o tamaño. Colocamos también nuestras ofrendas y permanecemos en silencio como todos nuestros teokaris.

Antonio inició el ritual hablándole a Tatei Matinieri con un lenguaje que, aunque en wirarrika, podíamos entender sin dificultad, ya que desbordaba amor, afecto y agradecimiento. No le hablaba sin embargo como se le hablaría a un Dios omnipotente y lejano, sino se le habla a alguien muy, pero muy cercano. Sacó varias botellitas con agua y con la punta de su muvieri, regó unas gotas de cada una en el agua que salía del manantial. En cada pequeña botella había agua que el mismo

Antonio había recogido en la costa de San Blas, en el Lago de Chapala y que había conservado cuidadosamente para ocasiones como esta. Después se arrodilló justo a la orilla del agua, colocó algunas de sus ofrendas dentro al tiempo que le hablaba con los ojos llenos de lágrimas. A continuación, Luciano se acercó y se comportó de modo similar a como lo había hecho Antonio. El resto de los peregrinos colocaron algunas ofrendas al tiempo que le hablaban al espíritu del agua; flechas coloridas con estambre, espejos, velas encendidas a la orilla y otros objetos fuimos dejando en Tatei Matinieri.

A continuación, Antonio, Luciano y otros dos jicareros se pasaron a la otra orilla del arroyo. Los peregrinos se fueron colocando junto a ellos de cinco en cinco. Se arrodillaban con la cabeza inclinada, si eran matewames se quitaban momentáneamente el pañuelo de la cabeza y esperaban su turno. Los jicareros, que estaban ayudando, sacaban agua del arroyo en una jícara y la acercaban a Antonio y a Luciano, que mojaban las plumas de sus muvieris y rociaban algunas gotas de agua en la cabeza de cada uno, al mismo tiempo que pronunciaban palabras que acentuaban el carácter sagrado que imbuía en los peregrinos el agua de Tatei Matinieri. Era muy evidente el estado de embeleso en el que entraban al contacto con el agua de Tatei Matinieri; el cual llegaba a su punto máximo cuando, al finalizar las palabras, el marakame y el urukuakame vaciaban la jícara completa, bañando literalmente al peregrino, que la recibía riendo y frotándosela en la cabeza y en el cuerpo. Cuando está por llegar mi turno me acerco a Tayau.

— ¡Oye Tayau! ¿y por qué los wirarrikas aman tanto a Tatei Matinieri?

Su mirada limpia y profunda aunada a su amplia sonrisa, me dan la respuesta cuando sus palabras corroboran: ¡Tatei Matinieri son los ojos de nuestra Madre Tierra!

Me tambaleo internamente al darme cuenta de la verdadera dimensión de lo que estamos haciendo. Siento un amor y un respeto enormes por estos hombres y mujeres que viviendo una relación íntima con la tierra y sin decirnos nada, nos están dando con su ejemplo la

oportunidad de aprender lo que significa ser gente de verdad para poder comprender, vivir y reflejar el amor a la Tierra.

Me coloco en posición mientras todo mi campo de energía se agita en una expectación gozosa. Siento la voz del marakame, la fuerza de su mivieri y la frescura interna que se apodera de mi ser cuando las primeras gotas de agua tocan mi cabeza. Una verdadera bendición. El chorro de agua me baña y siento la maravilla de estar vivo, el privilegio de estar compartiendo este mundo incomparable al lado de seres humanos así, arrobados por el amor de la tierra y por el mayor misterio de todos ¡estar vivo todavía!

Después del lavado de las aguas de Tatei Matinieri, mis ojos se abren verdaderamente y Veo lo que somos: no somos wirarrikas, ni tewaris, ni indígenas, ni mestizos; somos campos de energía en su camino hacia el misterio. ¡somos iguales! ¡ninguno es mayor o menor! ¡somos teokaris y estamos juntos porque nos llama la misma luz! El agua de los ojos de la tierra se confunde con el agua de mis ojos. Volteo a ver a mis teokaris y veo que todos están iguales. ¡Estamos listos para ir a Humun'Kulluaby!

Cuando todos los peregrinos han recibido el agua de Tatei Matinieri, nos quedamos todavía un poco más disfrutando de las bondades del lugar. Entiendo el por qué los wirarrika dicen que en este desierto está el paraíso.

Los peregrinos seguimos entregando nuestras ofrendas. Cada uno se aparta un poco y se entrega a un encuentro personal con Tatei Matinieri y le habla de los múltiples sentimientos que se arremolinan en nuestras almas como consecuencia de este viaje insólito que es la vida. Pedimos su luz y consejo, su fuerza. Algunos lloran intensamente al abrir su corazón a la Señora de las Aguas. La Señora de las Aguas nos responde y nos alivia.

Antes de retirarnos, sacamos los pequeños garrafones que compramos en el camino y los llenamos del agua sagrada, que podremos usar cuando llegue el momento propicio. Llenos los garrafones y llenos nuestros corazones nos preparamos a partir. Antonio se acerca al camión y pide que le levanten el cofre (capó).

Con su muvieri, rocía algunas gotas del agua que acaba de recoger en sus garraiones sobre el motor. Lo mismo hace con los otros carros. Ahora no me cabe duda que los vehículos aguantarán el viaje. Subimos al camión y a los carros: ¡A Humun’Kulluaby!

HUMUN'KULLUABY

El camino se pone cada vez más difícil. De hecho, ya no hay camino, sólo son brechas muy angostas que cruzan en todos los sentidos el desierto, a los lados los arbustos espinosos le vienen dando malos ratos a los dueños de los carros, es un verdadero laberinto que se ha prolongado ya más de lo esperado. Llevamos horas de recorrido por el desierto y nada. Cuando le pregunto a Antonio que si falta mucho siempre me responde: "... ya mérito". Finalmente cae la noche. Avanzamos todavía un poco más y el urukuakame decide que deberemos acampar nuevamente, pues en la oscuridad será imposible ubicar el lugar. Conversando con los jicareros confirmo lo que me venía pareciendo: también para ellos es difícil localizar a Humun' Kulluaby, incluso para los más ancianos que han venido incontables veces a lo largo de su vida, tienen que batallar en cada ocasión para orientarse en ese desierto y encontrar el sitio específico señalado por la tradición. En esta ocasión no hay danza, ni rituales. Sólo descansar en lo que esperamos que Tau aparezca nuevamente para dejarnos encontrar el camino. Lo que sí no puede faltar es la presencia de Tatewarí, sin la cual los wirarrikas se sentirían desamparados, así que rápidamente encienden un fuego, que cuidará nuestro sueño hasta que amanezca.

Tan pronto el sol asoma por el horizonte comienza la actividad: La danza de los jicareros en tomo al fuego. Desde que estamos en el desierto las noches han resultado mucho más frías, y a esta hora todavía estamos entumidos por lo que una buena danza parece lo más apropiado. Se forma la habitual fila, suenan los cuernos de toro y se dejan escuchar las notas del violín y la guitarra. También los tewaris bailamos, cada vez comprendemos mejor el sentido interno de estas danzas, sólo que ahora que me siento tan cerca de mis hermanos wirarrikas me encuentro ridículo danzando afuera de la fila, sin pensarlo más me meto dentro, justo detrás del marakame Antonio, a quien conozco desde tiempo atrás, para mi sorpresa todos los

wirarrikas se ponen contentos y me hacen gestos de aprobación, por lo que el resto de los tewaris se unen también a la fila de danzantes. A estas alturas del viaje estamos todos igualmente empolvados y la distinción que al principio era evidente entre tewaris y wirarrikas se va desvaneciendo cada vez más. Ahora que danzamos juntos, acabo de comprender muchos detalles que se me escapaban de la danza de los jicareros. Estamos representando el recorrido por los lugares sagrados. Se oyen los cuernos de toro. ¡Ya llegamos a Rapaviyame! ¡Viva! responden todos; ¡ya estoy viendo la laguna de Chapala! ¡y hasta se ven barquitos! La danza continúa por largo tiempo, el esfuerzo por realizar apropiadamente los pasos, sin que se abra la distancia con el de adelante, o chocar con él, nos va metiendo en un estado de atención cada vez mayor. Especialmente cuando hay que avanzar de espaldas, sin voltear a los lados, es necesario “sentir” al danzante que va detrás para seguirlo de la misma manera que antes seguíamos al de delante.

Encabezando la fila está Julio, tocando su violín. Su música nos jala tanto que podíamos seguirlo indefinidamente, sin importar adónde fuera.

De recibir el día danzando, nos sentimos muy alerta y con el mejor de los ánimos, listos para continuar nuestra búsqueda. La danza de esta mañana, termina por romper las barreras entre wirarrikas y tewaris, hasta el punto que me pregunto si alguna vez existieron o fueron solamente producto de nuestra imaginación. Posteriormente Antonio me comentaría que no debemos dudar de participar en todo, ya que eso es precisamente lo que se espera de nosotros. Que, si los jicareros nos habían aceptado entre ellos, pues estábamos aceptados completamente, por lo que no había por qué titubear.

El estado de atención en que se encuentra todo el grupo de peregrinos, no es un estado ordinario. Predomina un sentimiento de estar buscando algo muy valioso, pero también muy evasivo. Aunque existe convicción en el corazón, nadie da por ganada la batalla. El viaje a Humun' Kulluaby nunca ha sido considerado un viaje fácil. La incertidumbre de los matewames va en aumento y por momentos dudan

si realmente llegarán a ese mítico lugar del que han escuchado tantas maravillas, pero que conforme avanzan parece estar cada vez más lejos.

Después de una hora avanzando por el desierto, da la impresión de que la zona está cuadriculada con brechas que aparecen en todas direcciones ofreciendo múltiples posibilidades cada vez. Los guías lo hacen lo mejor que pueden mientras los autos enfrentan grandes dificultades por el terreno. Las brechas son como dos canales por donde pasan las llantas y en el medio de ellas un “lomo” continuo que a menudo va raspando con la parte de abajo de los autos. En muchos puntos hay que bajarse pues el carro se atora. Hacia las orillas no hay posibilidad, ya que están llenas de arbustos espinosos. Aguantamos vara y seguimos adelante; bien sabíamos que no veníamos a pasar un día de campo. De cuando en cuando encontramos pequeños caseríos, que parecen poblados por fantasmas. Me pregunto a que podrá dedicarse la gente que vive aquí. Casualmente uno de los caseríos más solitarios se llama “las ánimas”, como para que se imagine uno cualquier cosa.

Inesperadamente el camión se detiene. Nos bajamos a ver qué ocurre y uno de los wirarrikas dice ¡ya llegamos a la Humun’ Kulluaby! miro a mi alrededor y lo que veo no se diferencia en nada de todo el paisaje del desierto por el que hemos venido viajando. Los wirarrikas acomodan sus cosas en un pequeño claro libre de arbustos que tiene por cierto un mezquite, (siempre hay uno en los sitios sagrados) y esto, sí me parece especial, pues desde Tatei Matinieri no había visto otro. Observo el lugar tratando de descubrir lo que lo hace distinto del resto del desierto. Encuentro latas vacías de sardina, algunas botellas de refresco y algo de basura. Debajo de un arbusto que está en una de las orillas del claro, descubro también cactus de peyote sembrados en un orden especial, da la impresión de ser un altar. También se ven los restos de una fogata y algo de madera apilada. Es evidente que el lugar ha sido visitado recientemente. Antonio me comenta que todos los grupos de jicareros vienen cada año al mismo sitio y en la misma temporada. En esta ocasión los de Santa María fueron los últimos en venir a la cacería del venado.

Una vez “instalados” los jicareros sacan costales, morrales y bolsas de diferentes tipos. También llevan cuchillo o navaja. Preparándonos para lo que pueda venir, nosotros hacemos lo mismo. Le pregunto a Tayau: — ¿Qué sigue?

— Vamos a cazar venados!, me contesta.

Se forma la fila y con el silbido de los cuernos y bajo el hechizo de los instrumentos musicales, avanzamos en estado de alerta. Seguimos uno de los múltiples caminos, alejándonos unos cuantos kilómetros del campamento. El urukuakame indica detenernos. Antonio se pone a un lado de la fila y todos voltean a verlo. Saca su *muvieri* y apunta con él hacia el campo desértico, mueve el brazo recorriendo lentamente toda la zona frente a él. Empieza a hablar como si rezara, al tiempo que señala con su *muvieri* las direcciones en que se hará la cacería del venado. Tayau nos explica las instrucciones; deberemos extender la fila, separándonos unos dos metros del compañero de al lado, para empezar a recorrer la zona que señalo Antonio buscando los venaditos (*peyote*). Nadie debe recoger uno solo, hasta que alguien haya encontrado una familia de *hikuris* que semejen la figura de un venado, llegado ese punto el *marakame* lanzará una flecha hacia los *hikuris*— venado y con ello la cacería se inicia. Entonces todos deberemos recoger cuantos *hikuris* seamos capaces de encontrar y de cargar. Ser el primero en encontrar los *hikuris* con forma de venado, será una señal de buena ventura para el afortunado que tenga esa suerte. Antes de avanzar todos cortamos una pequeña ramita de los arbustos circundantes y nos la frotamos en el cuerpo, para que nos proteja de encontrar algún mal bicho durante la cacería.

LA CACERÍA DEL PEYOTE

Suenan los cuernos una vez más y el marakame que está al frente, hace una señal con sus flechas. A un tiempo, la fila de unos ochenta metros avanza hacia un lado de la brecha comenzando la búsqueda. La ubicación que nos indicó Antonio es muy apropiada para “barrer” palmo a palmo la zona, de modo similar a la técnica que usan los wirarrika en la sierra para acorralar y cazar al venado-venado.

Finalmente estamos en Humun’Kulluaby atisbando el suelo en busca del hikuri. Aunque no teníamos el propósito de comer el cacto sagrado, atendiendo a la norma de seguir adelante según lo dictaran las circunstancias, nos entregamos a la cacería con toda concentración. Mi idea era que el todo el peyote que pudiéramos juntar mis amigos y yo, sería un regalo muy útil para comunidad de Santa María, que lo requería para las múltiples “fiestas” que se realizaban a lo largo de todo el año.

Pasaban los minutos y nadie parecía encontrar un solo hikuri. Cada una caminaba solo eligiendo la ruta que mejor le pareciera. Cuando me encontraba con alguno de mis amigos le preguntaba con un gesto que cómo le iba. “Nada” me contestaba con otro gesto. Continuaba mi búsqueda mirando cada centímetro del suelo. Llegó a preguntarme si con tantos años de venir al mismo sitio, no habrían agotado los wirarrika las reservas de peyote. Me doy cuenta de que me estoy dispersando en especulaciones vanas y recuerdo lo que había aprendido años atrás con otros amigos wirarrika. Cambio el estado de ansiedad por uno de relajamiento. Silencio mis pensamientos e inmediatamente aparece un enorme hikuri justo a mi izquierda, como a un metro. Volteo alrededor y veo a un wirarrika recogiendo un cacto, por lo que supongo que ya habrán encontrado al peyote con forma de venado. Sigo tranquilo, aunque pasan diez minutos sin encontrar otro. Comienzo a cantar mis antiguas canciones de peyote y ya no me importa encontrar muchos hikuris o no encontrar ninguno en absoluto. Estoy en la casa de Tamatz y su poder se siente por doquier con cactus

o sin ellos. Tan pronto me pongo contento empiezan a aparecer cactus por doquier. Aquí hay tres juntos. Me agacho a recogerlos no sin antes pedirle una disculpa por cortar su vida, les explico que wirrarikaitos los necesitan para ir a buscar a Tamatz. Siento que lo entienden. Pongo mucha atención en cortarlos con cuidado, dejando la raíz dentro de la tierra, para que otro hikuri vuelva a nacer allí mismo.

Continúo con mi cacería y pronto mi morral está lleno. Veo que mis amigos también van encontrando algunos, aunque es evidente que no todos tienen la misma suerte. Alguno solamente ha encontrado dos o tres. “No te desanimes”, le digo, “la cantidad no importa”. Me fijo en los wirarrikas y algunos ya tienen un costal lleno. ¡hay caramba! ¿cómo lo hacen? Nuestro amigo Tayau viaja con su joven esposa que se llama Alicia. Ella siempre lleva en el pecho o a la espalda a su pequeño hijo de menos de dos años de edad. Participa junto con su bebé en la cacería del venado como cualquier otro peregrino. Por cierto, que ha reunido bastante hikuri. Seguramente la mayoría de los wirarrikas han venido a estos lugares desde que eran bebés también. Es por ello que a diferencia de los ciudadanos que buscan la experiencia de las plantas psicoactivas, los wirarrikas no tienen alucinaciones caóticas, sino que gracias al carácter ritual que tiene entre ellos el consumo del peyote y a la preparación de toda una vida, pueden percibir un mundo con coherencia interna y continuidad, aunque de una naturaleza muy distinta al mundo ordinario.

EL HOMBRE QUE APARECÍA PEYOTES

Veo por ahí a Antonio, lleva un enorme costal que apenas puede cargar. Mi morral repleto parece ahora mucho más pequeño. Me le pego para ver si desentraño el secreto que hace que los wirarrikas encuentren el hikuri, aparentemente, con tanta facilidad. Voy detrás de él, ¡por donde quiera que pasa siempre hay hikuri! ¡parece que salieran a su encuentro!

— Oye, Antonio, ¿cómo lo haces para encontrar tanto hikuri?

— ¡Pos ahista, nomás hay que fijarse...!

— ¿A ver...? Sigo cerca de él y me fijo. Nada.

— ¿Qué pasó, por qué no recogiste esos? me dice Antonio que se ha detenido a observarme. — ¿Cuáles?

— ¡Los que están junto a ti!

Escudriño el suelo, ¿dónde? Antonio regresa y señala un sitio como a cuarenta centímetros de mis pies:

— ¡Aquí pues!

— (No puedo salir de mi asombro) ¡pero si yo ya había visto ese lugar como cuatro veces! ¡y no había nada! — Pus cómo no! Si ahí está, ándale, recógelo

Cerca de Antonio que “aparecía” hikuris por todos lados, pronto llené el otro morral que llevaba, así que le ayudé a llenar su segundo costal.

Cuando consideró que era suficiente, el marakame se dirigió a una enorme planta del desierto; tenía el tronco similar al de una palmera y en la parte superior unas grandes hojas amarillas, que la hacían parecer una flor gigante. En ella estaban colgados algunos morrales y ya se estaban juntando los jicareros. Sonaron los cuernos de toro y pronto se unieron los peregrinos que faltaban.

La hora de los matewames.

Una vez reunidos, prepararon un altar colocando varios pañuelos en el suelo. Sobre ellos, colocaron las cornamentas de venado, los cuadros trabajados en estambre con motivos alusivos a la peregrinación, maíz y una gran cantidad de peyote. Cada peregrino encendió una vela que sostenía en la mano izquierda, mientras el marakame y el urukuakame empezaban con plegarias e invocaciones que todos seguían concentrados. Antonio bendijo, tocando con las plumas de águila de su muvieri, todas las ofrendas del altar, así como a todos los presentes. Sus palabras eran muy distintas al lenguaje normal de los wirarrikas y se semejaban más a su canto.

Mientras Antonio proseguía con su labor de propiciar a los Poderíos que habitan en Humun'Kulluaby, algunos de los jicareros descortezaban el peyote y lo cortaban en pequeños trozos. Se acercaba la hora de la verdad para los matewames.

Cuando los trozos de peyote fueron suficientes, los jicareros designados para ellos fueron repartiendo los pequeños pedazos de hikuri. Antes de ponerlo en la boca de cada uno de los peregrinos, lo ponían en la frente, en los ojos, en los oídos y en el corazón: “para que vea, para que oiga, para que sienta”. Cada wirarrika recibió solemnemente uno de los pequeños trozos y lo comió en silencio. Los matewames, que iban por primera vez, recibieron unos cuencos rebosantes con una gran cantidad de peyote. Recibí, con respeto y agradecimiento, mi trocito de hikuri y las bendiciones de Antonio. Después, observaba con curiosidad a mis amigos afrontando, por primera vez, el fortísimo y amargo sabor del peyote. Por cierto, que ellos a pesar de ser matewames, no fueron conminados a comer hikuri en grandes cantidades, sino que tenían la opción de tomar mucho, poco o nada.

PLANTAS DE PODER CONTRA DROGAS

La relación de los wirarrikas con el peyote es algo muy peculiar que no tiene parangón, ni punto alguno de similitud, con lo que es el peyote y otras plantas psicotrópicas para el hombre moderno; esto tiene que ver fundamentalmente con la preparación que tienen a lo largo de su vida, en la que el peyote tiene un significado religioso muy profundo y por ello, los efectos del cacto sagrado constituyen experiencias plenas de espiritualidad.

Para el hombre de ciudad la experiencia con el peyote es similar a sus experiencias con las drogas en general, ya se trate de marihuana, hachís, LSD, hongos alucinógenos o cualquier otra. Su vivencia se mantiene en los mismos parámetros alucinatorios en los que percibe reelaboraciones distorsionadas y caóticas del mundo que conoce. El wirrarika, en cambio, no alucina, ni se sumerge en caos alguno, sino que penetra en el mundo espiritual que le han narrado desde su más tierna infancia y al que se ha ido aproximando poco a poco, por medio del entrenamiento de su atención y percepción.

HUMUN' KULLUABY: UN ENSUEÑO COLECTIVO

Cuando don Pedro de Haro me decía que los wirarrikas no creen en sus dioses, sino que los ven, se refería al hecho concreto de que mediante diferentes procedimientos, uno de los cuales es el uso ritual del peyote, son capaces de penetrar en una realidad no ordinaria que los wirarrikas han sostenido colectivamente a lo largo de los siglos, y que se mantiene invariable y con un sentido de continuidad. Los dioses y espíritus que los peregrinos ven y con los que interactúan en Humun'Kulluaby, son los mismos y mantienen los mismos atributos que los que percibían sus antepasados wirarrikas siglos atrás.

En términos castanedianos, podríamos decir que Humun'Kulluaby, como espacio mágico ubicado en la realidad aparte que corresponde a la zona del desierto que se llama Humun' Kulluaby, es un *ensueño* colectivo que los wirarrikas han podido sostener (*intentándolo*) desde tiempos inmemoriales, gracias al mantenimiento persistente de sus rituales y prácticas espirituales, que se han conservado de generación en generación. Es por ello, que en su experiencia en aquel lado de la realidad, el wirarrika no se encuentra confuso o asustado, sino que sabe qué hacer y se mueve con toda precisión en ella. Cada cosa que perciben tiene un significado específico, ya que no sólo ha sido capaz de mover su *punto de encaje* hasta la posición precisa en la que puede percibir *la realidad aparte* existente en Humun'Kulluaby, sino que lo “fija” en esa posición; además, como realiza dicho procedimiento mediante un ritual colectivo en el que si atención está alineada con la e sus compañeros, el resultado es que todos fijas su *punto de encaje* en la misma posición perciben la misma *realidad aparte*, del mismo modo en que lo hacían los wirarrika de las generaciones antiguas.

Otra diferencia notable es que semejante transformación en la percepción (desplazamiento del punto de encaje), no tiene al consumo de peyote como elemento principal, sino que es lograda, en lo fundamental, gracias al uso especializado de la atención y al ahorro de energía, conseguido generalmente a través de diferentes prácticas de

abstinencia que, durante períodos variables, deben realizar los practicantes, como por ejemplo ayunos, períodos de celibato, evitar la ira, etc. Todo ello produce el *Intento* adecuado y el ingerir un pequeño trozo de peyote, no es más que la “chispa” que inicia todo el proceso, teniendo un efecto más simbólico que físico. Sólo el matewame o principiante debe consumir cantidades abundantes de peyote, mientras que el jicarero experimentado requiere de muy poco o nada, hasta el punto de que puede penetrar en la realidad aparte sin consumir cantidad alguna. En la práctica cotidiana, se observa a los peyoteros tomar de cuando en cuando sólo un pequeño gajo de hikuri.

Mi experiencia personal, posterior a mis encuentros iniciales entre los wirarrikas, me permitió descubrir, por ejemplo, que una cantidad mínima de hikuri, del tamaño de una aceituna no produce alucinaciones, Sino una gran claridad mental y un vigor físico notable, lo que lo hace muy apreciado para largas travesías a pie. La misma cantidad resulta muy benéfica para diversas enfermedades no graves, como la gripe y dolores musculares, entre muchos otros.

LA VERDADERA LLAVE DEL RITUAL

Por lo que se refiere a los rituales, aprendí que el consumo de esa pequeña porción de peyote es solamente un elemento que, por si solo, no produciría la imposición de la realidad no ordinaria sobre la realidad cotidiana, sino que requiere de muchos otros como son la *oferta al Poder* (me refiero a esfuerzos inusuales en favor de la vida que uno realiza en su propia vida como preparación para alguna experiencia importante relativa al Espíritu), períodos de ayuno y abstinencias, disciplina, llevar una vida fuerte, caminatas de atención, cesación del dialogo interno, danzas, etc., etc. Tanto es así, que entre otros grupos de ascendencia tolteca, como los náhuas, entre los cuales el hikuri no está presente como elemento central de su religión, pude constatar que accedían a estados similares de percepción sin utilizar ninguna planta de poder.

El hombre de ciudad o el hippie que se encuentra bastante adormilado y carente de energía disponible, generalmente no notará los efectos de una porción tan pequeña de peyote y deberá consumir varios botones completos para poder ‘alucinar’, obteniendo por lo demás resultados ordinarios, debilitantes y en ocasiones peligrosos.

Después de este largo paréntesis sobre el uso del peyote entre los wirarrikas, retomo mi relato donde lo dejé, con los matewames y demás jicareros recibiendo cada uno la porción adecuada de Hikuri.

Permanecimos en el círculo, que rodeaba a las ofrendas, el tiempo suficiente para que los matewames terminaran sus cuencos llenos de peyote. Los demás jicareros tomaban ocasionalmente un gajo. Observando a los matewames, pude darme cuenta de que comían el amargo cacto masticando con naturalidad y sin el menor gesto. Todos eran muy jóvenes, entre dieciséis y veintidós años aproximadamente. Nunca se me van a olvidar las caras de algunos de mis amigos los tewaris matewames cuando masticaron el primer gajo de peyote. Aunque los había prevenido respecto de lo difícil del sabor, su expresión denotaba que jamás se imaginaron la magnitud que tendría,

y ahora se estaban enterando. No obstante, hicieron lo que pudieron por mantenerse serenos, y por supuesto, tomaron porciones mucho menores que las que tomaban los wirarrikas. El hecho es que sin la experiencia de toda una vida en rituales similares, se encontraban en condiciones distintas, y con mucho menos recursos que el resto de los jicareros para vérselas con el hikuri desde una perspectiva adecuada. En cualquier caso, estábamos utilizando todos nuestros recursos y nuestra experiencia en áreas de trabajo como el manejo de la atención, la cesación del diálogo interno, la conciencia del *otro yo* y los estados de realidad no ordinaria, conseguidos sin el uso de droga alguna, para tratar de contrapesar en algo nuestra condición de ‘novatos’ en la *realidad aparte* de los wirarrikas.

EL PARAÍSO EN LA TIERRA

En efecto, aun cuando yo, en lo personal, contaba con diversas experiencias de *realidad no ordinaria* vividas entre los wirarrikas en el transcurso de varios años, la peregrinación a Humun'Kulluaby constituía, sin duda alguna, una etapa mucho más profunda y compleja, no sólo en lo que se refiere a los elementos del ritual, sino a los estados de atención que íbamos logrando con el paso de los días. Esto se debía, por una parte, a lo prolongado de la peregrinación y todos los rituales que incluía, pero también, al significado tan profundo que los wirarrikas atribuyen a Humun' Kulluaby: el paraíso; el lugar que señalaba sus destinos y el hogar de Tamatz Kallaumare, maestro de los marakames y uno de los poderes más importantes para todo wirrarika. Desde el inicio de la peregrinación podía percibir, claramente, el miedo de los matewames que no sabían lo que era Humun' Kulluaby, junto a la emoción y la alegría de los jicareros que ya habían ido y sabían.

La peregrinación toda, venía transcurriendo desde su inicio en la sierra, en un estado de conciencia no ordinario y en un espacio que no era el espacio del mundo cotidiano, sino el de la *realidad aparte*, donde el mundo transcurre de otro modo. A cada momento, durante los rituales, o cuando nos desplazábamos de un punto a otro de la ruta sagrada, teníamos visiones de ese *otro mundo* en el que se metían los wirarrikas, en ocasiones, penetrábamos en la *visión* y nos volvíamos seres mágicos congruentes con ese mundo. En otros momentos, la visión nos hablaba de nuestras vidas que, vistas desde esa perspectiva, revelaban aspectos que requerían un cambio, o que nos permitían una comprensión silenciosa, profunda y exacta de asuntos que en lo cotidiano eran confusos. Muchas respuestas a preguntas, que nos habían acompañado por largo tiempo, se presentaban cuando menos lo esperábamos.

Lo más liberador era descubrirse en un estado fuera del ego y sus demandas de autoafirmación. Aquí, en este desierto, entre estos hombres y en un momento como éste, la historia no cuenta. Ni la

personal, ni la de nuestras respectivas sociedades. Éramos iguales, una mota de polvo más en el misterio del mundo. ¡Qué maravilla! ¡qué profunda paz olvidarse del yo irreal en el que vivimos casi de tiempo completo!

Una vez que los matewames terminaron sus cuencos, todos recogimos nuestras cosas y formamos una fila para regresar al campamento. Cada peregrino regresa con un voluminoso cargamento de peyote. La cacería ha sido exitosa. Buen augurio. La peregrinación va por buen camino.

Seguramente las familias de los jicareros, reunidas en el Kalihuey de Santa María, y que se mantienen pendientes y enteradas de todo cuanto ocurre a los viajeros por la mediación del Abuelo Fuego, se estarán sintiendo muy contentas de que todo va bien.

La larga fila de jicareros avanza, ya es media tarde y el fuerte calor comienza a disminuir dando lugar a una brisa fresca. El desierto se transforma nuevamente. En lo físico no ha cambiado, pero el poder que lo sustenta se siente con una fuerte claridad. En este sitio habita mucho más de lo que nos dejan ver los ojos. Finalmente llegamos al campamento donde cada uno, sin necesidad de una sola palabra, comienza los preparativos para la noche que se aproxima: la noche del híkurí. Cada uno sabe exactamente qué hacer.

EL ASIENTO DE TATEWARI

Después de acomodar sus costales de peyote y el resto de sus cosas, la mayoría de los hombres se van a buscar leña, que habrá de aumentar la que ya traen consigo. Cuando regresan todos traen palos con un extraordinario parecido: cortos, rectos y de un mismo tamaño, sin ramas o salientes. Me doy cuenta de que no cualquier pedazo de madera sirve para alimentar a Tatewarí. Mientras que en el fuego que se usa en la sierra para cocinar, los wirarrikas utilizan cualquier clase de madera, siempre y cuando prenda, en el caso del fuego ritual, en cambio, todo debe cumplir condiciones especiales, desde la forma y tamaño de la madera, hasta lo verde o seca que se encuentre. Dado que el Abuelo Fuego es muy viejo, se le debe alimentar con leña verde, menos dura que la leña vieja, para que así no le cueste tanto trabajo comerla.

Se prepara el lugar donde habrá de sentarse Tatewarí. Se pone un tronco atravesado para que le sirva de almohada. Después, una serie de troncos recargados en el atravesado y apuntando hacia el sitio por donde sale el sol. Sólo el Urukuakame Luciano, el Marakame Antonio (por ser los más ancianos), o sus ayudantes directos: Tamatz Kahullumary Manuel o Tatewari Julio, pueden encender el fuego. Antonio se acerca al lugar donde se ha preparado el asiento de Tatewari, le habla de la peregrinación, de los grandes esfuerzos que todos han hecho para llegar a Humun' Kulluaby, le pide que nos acompañe y nos cuide durante toda la noche. Le asegura, a cambio, que se le cuidará y se le alimentará como es debido, con su leña verde y su pinole'. (pinole = en México, harina de maíz que se bebe batida en agua fría o caliente)

La noche cae sobre el grupo de peregrinos que comen un pedazo más de peyote cada determinado tiempo. No hay luna y la oscuridad es total, salvo por la luz de Tatewari que nos cobija y nos protege. Todos permanecemos en silencio. La mayoría sentados con los brazos cruzados y las cabezas sobre las rodillas que están casi pegadas al

pecho, los jicareros comienzan su batalla, van en busca de su visión, si tienen suerte se encontrarán frente a frente con el Venado Azul.

LA CANCIÓN DE TATEWARI

No sé lo que va a ocurrir; si habrá danza o el marakame cantará. No hay ninguna indicación y me recuesto debajo del mezquite con la cabeza recargada en el saco de dormir. Veo las estrellas y considero mi vida. ¡Mi vida! que lejana parece ahora mi vida cotidiana, que aunque no es una vida común, por momentos, también cansa. Tanto tiempo coordinando grupos, dictando conferencias o dando cursos. Tanta gente formándose ideas acerca de mí, que están mucho más cercanas a sus fantasías que a mi realidad. Que gusto que aquí nadie conozca, ni le importe Víctor Sánchez. Sólo la noche sabe de verdad quien soy, atisbo en su misterio, tratando de que me lo diga. Inútil. No existen esa clase de respuestas en el misterio.

Hace un poco de frío, me acerco un poco a Ligia y Luis Manuel y me conforta sentir su calor, aunque no nos tocamos. Nadie habla. Los wirarrikas parecen dormidos, aunque puedo ver que no lo están. ¿A dónde se fueron?... ¡Están bien lejos! Ojalá, que más tarde, pueda alcanzarlos y saber dónde están, que es lo que hacen.

Me acuerdo del fuego. Aunque no lo estoy mirando, percibo claramente su resplandor y siento su calor. Estoy como a doce metros de él, pero su calor y su luz me alcanzan sin dificultad. Gracias. Me doy cuenta de la suerte que he tenido de haber descubierto un maestro así. Los wirarrikas sí que saben lo que hacen. Para aprender, no se buscaron maestros humanos, sino que ¡se convirtieron en aprendices del Sol! ¡del Abuelo Fuego! el más viejo, sabio y fuerte de los poderíos del mundo. ¿Qué maestro o gurú puede competir con semejantes poderes...?

Por un largo tiempo no pienso, solo siento y *veo*. Sin pensamientos, sin palabras, *veo* a Tatewari sosteniendo al universo con su poder. Me doy cuenta de que está dentro de mí también, dentro de todos ¿Cómo es posible que vivamos sin percatarnos de la luz que somos? ¿del poder que habita en cada uno de nosotros? Perdimos tanto tiempo buscando

afuera lo que siempre ha estado adentro. Entiendo por qué mis hermanos wirarrikas contemplan tanto el fuego.

En un momento dado, me percaté de que estoy cantando, ¿cuándo comencé? Siento que fue hace un largo rato, aunque no lo hice con el control o la voluntad que normalmente utilizo. Esta es la hora del nagual y mi ego no está al mando, lo que es más, ¡ni siquiera anda por aquí! Escucho mi canción que no se de dónde viene, pero me gusta mucho, mucho. Es una canción que habla del abuelo fuego, pero yo no la estoy inventando. Es un regalo de Tatewari para que me lo lleve conmigo, para que la cante cuando esté triste, o cuando por cualquier razón me haga falta. La canción inunda mi cuerpo. Me inunda todo, por dentro y por fuera, como un calor hormigueante que empieza en mi pecho y se va extendiendo a todo mi cuerpo. No canta mi boca, ni mi garganta. ¡Estoy cantando con todo mi campo de energía, y lo mejor es, que lo que canta no es lo que conozco como “yo”, sino la energía que me constituye! El “regalo” continúa por más de una hora ¡Gracias Abuelo!

Cuando la canción termina pienso por un momento. Me metí tanto en mi experiencia que no consideré a los demás. ¿Habré perturbado a los wirarrikas? Volteo a ver y me doy cuenta que no perturbé a nadie. Siguen lejos, viajando en las alas de la percepción. Junto al fuego está René y uno de los wirarrikas que le está cantando al fuego. Me llama la atención que canta en español. Trato de escuchar lo que canta... ¡Está cantando “mi” canción! No sé si la oyó de mí o también se la enseñó Tatewari, pero me siento muy feliz de escucharla cantada por un wirrariika. Después el silencio reina nuevamente.

“LA COSA”

Hemos pasado largo tiempo sentados o recostados, y nos dan ganas de estirar las piernas y caminar un poco. Originalmente, teníamos pensado seguir al pie de la letra las instrucciones que se nos dieran y mantenernos participando e imitando las maneras de los wirarrikas. No obstante, ahora, es evidente que cada uno tiene que manejarse por su cuenta y buscar por sí mismo el camino hacia su *visión* y posteriormente el camino del *encuentro*. Antonio me ha dicho, sin necesidad de abrir la boca, que podemos irnos pero que tengamos cuidado y nos mantengamos juntos. Que nos encontraremos más tarde.

Nos juntamos los tewaris y después de abrigarnos, formamos una pequeña fila. Nos internamos en el desierto caminando muy atentamente. No encendemos lámparas. En estos momentos el desierto se ve muy diferente. A pesar de no usar lámparas y no haber luna, nuestros ojos se adaptan muy bien y percibimos claramente todo cuanto nos rodea. Los cactus y arbustos están rodeados por una fina capa de luz. Avanzamos despacio por una vereda, pero una sombra, que nos sigue saltando a nuestra derecha, nos hace acelerar el paso, hasta que casi terminamos corriendo. No sólo se ve, sino que se escucha como aplasta los arbustos cada vez que toca el suelo. Tengo la certeza, que en todo caso, no debemos correr ni deformar la fila. Nos detenemos como a trescientos metros del campamento de los wirarrikas, en un pequeño claro de arena caliza. Nos volteamos para comprobar si todos vieron y oyeron lo mismo. No hay duda. Lo vimos todos. Comentamos un poco acerca de la “cosa” esa y decidimos que ninguno se aleje o camine solo. Ni siquiera para “ir al baño”.

Hace un frío muy intenso. Acomodamos unos sacos de dormir abiertos y nos acostamos uno junto al otro, apretados como un paquete de salchichas. Nos cubrimos con las chamarras, suéteres y un sarape que alguno trae. Nos sentimos realmente muy cercanos. Lo que nos une está más allá del interés o los acuerdos convencionales. Nos unen

las batallas que hemos librado juntos y que han sido muchas. Nos une el privilegio de haber llegado juntos hasta aquí.

VISIONES

Miramos el cielo y comienza todo un show: una estrella crece hasta convertirse casi en un sol, estrellas fugaces que duran mucho más que las que hasta entonces conocimos. Después Luis Manuel dice:

— ¿Ya vieron el lobo? — ¿Lobo...? ¿Dónde?

— ¡Allá arriba, en el cielo!

Volteamos hacia donde señala y, efectivamente, vemos el lobo que se ha dibujado en el cielo; sus ojos son dos estrellas que brillan con especial intensidad. Siento un escalofrío que no es de miedo sino de emoción. Los lobos y yo tenemos mucho en común. Sigo con mis amigos, alternamos momentos de silencio con visiones que nos revelan aspectos del mundo que rara vez notamos, con momentos en que nuestra vida se nos viene encima, revelándose en toda su desnudez. Luis Manuel se aparta como cuatro metros. Pensamos que no debe estar solo y lo llamamos. No quiere venir, cosa que nos preocupa. Me levanto y voy hasta donde se encuentra para conminarlo a regresar:

— Luisma, vente para acá. ¿Qué haces ahí solo?

— Dame chance Vic, es necesario que me quede solo un poco de tiempo, es que estoy viendo algo muy importante que he arrastrado durante toda mi vida, y siento que tengo que quedarme aquí un poco más.

— ¿Pero seguro que vas a estar bien?

— Si seguro, ahorita voy con ustedes.

Me doy cuenta de lo que le pasa y me doy la vuelta para regresar con los otros, que ya se están levantando para venir a buscar a Luis Manuel. Los detengo diciéndoles que se encuentra bien y que debemos dejarlo un momento solo.

Después de un rato se nos une nuevamente y se recuesta a mi lado en la típica posición de “salchicha”.

Siento que está un poco triste. En el cielo atraviesa una enorme estrella fugaz que dibuja una larga trayectoria antes de desaparecer. Trato de animarlo:

— ¿Viste esa estrella fugaz?, ¿qué enorme?

— Sí, la vi— me responde. No lo volteo a ver, pero siento que está llorando.

— ¿Por qué estás triste? ¿Es que no viste la estrella fugaz?

— Sí, la vi, por eso estoy llorando.

— Pero, ¿por qué te entristece? ¿no te parece hermosa...?

— Si, es muy hermosa, pero es fugaz.

De súbito comprendo lo que le ocurre. Me conecto con su sentimiento y nos ponemos a llorar los dos con toda intensidad. He *visto* la pérdida de un ser muy querido, su irremediable desaparición y el amor que se quedó vibrando. Abrazo a mi amigo sintiendo su tristeza hasta el fondo de mi alma y tratando de confortarlo. Seguimos llorando un rato y Luis Manuel me dice:

— ¿Ya somos hermanos verdad Vic...?

— ¡Sí Luisa, somos hermanos!

Cuando podemos parar de llorar, le digo algo que acabo de notar:

— ¿Sabes algo bueno de las estrellas fugaces?

— ¿Qué cosa...?

— Que en realidad no debemos entristecernos tanto, ya que, si bien son breves, el regalo de su belleza y de su luz es lo bastante grande como para que nos sintamos felices de haberlo recibido, aunque fuera por un instante.

— Eso si...

— Pero hay algo mejor todavía.

— ¿Qué es?

— Lo que es mejor todavía es que cuando una estrella fugaz se apaga, en realidad no se ha apagado, sólo desaparece de nuestra vista. No estés tan triste Luisa, tu estrella no se ha apagado, sino que sigue brillando por allí, en algún lugar de este maravilloso universo.

Seguimos por un tiempo *viendo* el mundo y nuestras vidas. Cada uno libra su batalla, que a veces se pone muy difícil. Yo por mi parte me siento muy contento, pues veo mi camino muy claro frente a mí. Aunque no se avizora nada fácil, me resulta emocionante y prometedor.

EL CUIDADOR

— Ya oíste esa música? — me pregunta Ligia que está a mi izquierda.

— ¡Oye de veras! es muy bonita — la seguimos escuchando por un rato hasta que me percató de que parece ser alguien cantando.

— ¿Quién está cantando...? — pregunto al grupo.

Como todos estamos acostados y bien tapados para protegernos del frío, nadie se quiere levantar a ver de dónde viene la música, por lo que empieza una investigación con preguntas a cada uno de los miembros del grupo para saber quién es el que está cantando. Cada uno tiene una idea diferente de quien es y continuamos especulando al respecto, hasta que después de las preguntas todos han negado estar cantando. — Yo ya sé quién está cantando, dice Ligia.

— ¿Quién?

— Es Martín el, wirrarika.

— ¿Quiééén...?

— Martín, que vino a cuidarnos.

Me levanto y miro a la izquierda, al final del paquete de salchichas veo a un wirrarika sentado y envuelto con una cobija. Tiene la cara metida entre los brazos que descansan sobre sus rodillas. Lo cubre una gorra de beisbolista. Entre la visera de la gorra y la cobija, donde hunde su cara, se alcanzan a ver apenas por una ranura sus dos ojos, que brillan con intensidad. A menudo, Martín parece el más despistado de los wirarrikas, comprende el español, pero no habla más que unas pocas palabras. En este momento sin embargo su mirada me permite notar que sabe perfectamente lo que hace.

— ¡Martín! ¿Qué haces aquí? — le pregunto y Martín no responde. Sólo sonríe.

— Nos está cuidando —dice Ligia— tiene como media hora cuidándonos con sus canciones. Lo mandaron del campamento de los wirarrikas.

— ¿Es cierto eso Martín...?, Martín no contesta y se limita a sonreír nuevamente.

LA BÚSQUEDA DEL FUEGO

Continuamos con nuestras visiones, retorna el silencio y Martin desaparece de la misma manera que apareció, sin que nos diéramos cuenta. Pasa como una hora y de repente René dice:

— ¡Oigan yo ya sé por qué nos estamos poniendo tristes! — ¿Por qué? preguntamos todos.

— Porque nos alejamos de Tatewari.

— ¡El abuelo fuego! ¡es verdad! Hay que ir por leña y encender un fuego. ¿Quién quiere ir por la leña...?

Silencio en la noche... Con la “cosa” esa que salta entre los matorrales nadie quiere ir.

— Yo voy con quien me quiera acompañar, les digo a todos.

— Yo te acompaño, dice René.

— Y yo también, dice Manolo.

— ¡Pues vamos!

Formamos una “minifila” india y nos dirigimos a donde se encuentran los wirarrikas. En el camino nos vuelve a acosar la sombra que salta, esta vez, a la izquierda, sólo que ahora se nos acerca mucho más; incluso la oigo chillar. Sentimos muchos deseos de llegar hasta donde está el fuego y apretamos el paso. Notamos algo de alivio cuando vemos la silueta del camión de la universidad. Por fin llegamos hasta donde se encuentran los wirarrikas.

Están desperdigados en el suelo, envueltos en cobijas. Es claro que no duermen. Entrar en el campamento wirrarika es como penetrar en una ‘esfera de atención’, dentro de la cual, todo está en perfecto control. Encontramos a Tayau y a otro wirrarika de pie junto al fuego. Les preguntamos si nos podemos llevar algo de leña para nuestro fuego y le relatamos lo de la “cosa que salta” entre los matorrales.

— ¡Uuuhh, pus cómo no! si es retepeligroso meterse ahí adentro, sin la protección de Tatewari ¡si me sorprende que todavía estén completos...!

— (¡Gulp!). Entonces, ¿nos podemos llevar la leña?

— ¡Claro hombre, pero apúrense! ¡no dejen a los otros solos!

Juntamos la leña y ahí vamos, otra vez, de regreso, ahora dispuestos a no voltear ni prestar atención a “la cosa”. Nos metemos entre los matorrales tratando de aparentar tranquilidad, pero involuntariamente nuestras piernas empiezan a caminar cada vez más rápido conforme la cosa se pone más agresiva. Instintivamente agarramos un leño, a manera de “arma”, por si hay que defenderse. Sin darnos cuenta como, acabamos corriendo a toda velocidad hasta llegar con nuestros amigos.

Encendemos un pequeño fuego, siguiendo los modos wirarrikas lo mejor que podemos. El fuego nos conforta, pero no parece suficiente para aminorar el frío que se vuelve más intenso. Para contrarrestarlo volvemos a la posición de “paquete de salchichas”, y nos cubrimos lo mejor que podemos. Escuchamos los sonidos nocturnos del desierto que nos llevan a viajar por entre los matorrales. El desierto está vivo hasta sus últimos resquicios.

LOS HOMBRES DE FUEGO

Empieza un viento un poco fuerte y nos cubrimos también el rostro, pues nuestras narices amenazan con congelarse. Después de un rato, oigo la voz de Manolo llamarme desde algún punto fuera del “paquete de salchichas”.

— Oye Vic, ¡ven a ver esto! — Saco la cara del sarape y alcanzo a ver a Manolo, mirando con asombro los arbustos.

— ¿Qué tanto miras? ¡yente para acá!

— No Vic, Tienes que ver esto, no te vas a arrepentir.

Mi curiosidad vence al frío, me levanto y poniéndome junto a él, observo en la misma dirección hacia la que él está mirando, que es la dirección en la que se encuentra el campamento de los wirarrikas. Veo una pequeña luz entre los arbustos, que súbitamente, aumenta de tamaño hasta llenar toda la escena frente a nuestros ojos:

— ¡Pa’su mecha, no es posible! ¡rápido vengan a ver!, les digo a los demás que seguían en el suelo.

— ¿Qué es lo que pasa?, preguntan varios, para luego ponerse en pie y expresar exclamaciones de asombro. No podíamos creer lo que estábamos viendo.

La *visión* frente a nuestros ojos era la fogata de los wirraríkas, que, de hecho, se encontraba fuera de nuestro campo visual, debido a la distancia y a lo elevado de los arbustos en esa zona. Veíamos a algunos wirarrikas sentados en torno al fuego, inmersos en algo que tenía que ver precisamente con él. Pero la visión que de ellos teníamos no era normal en absoluto; estaban hechos de luz multicolor, como si fueran una bola de fuego “escondida” debajo de un sombrero y una cobija. Estaban hechos de la misma materia que el Tatewari, y lo sabían. De repente, parecieron notar que los observábamos y dos de ellos voltearon a mirarnos. Sentimos el miedo como un golpe súbito. Sus ojos eran de fuego y estaban enfocados hacia nosotros. Esbozaron una leve sonrisa y volvieron a mirar el fuego. Permanecimos extasiados por algunos minutos. A continuación, vimos las llamas del fuego crecer

hasta convertirse en la cara enorme de un venado con grandes cuernos de fuego. Nos miraba directamente y de sus ojos y su boca salían llamaradas. Nos frotábamos los ojos como tratando de despertar, ¡lo que veíamos era real! ¡era Tamatz Kahullumary allí frente a nosotros! ¡los seis lo estábamos viendo! Ese enorme rostro de venado llameante entre los wirarrikas, era la visión más exquisita que había tenido jamás. Emanaba un poder y majestuosidad de otro mundo. Lágrimas de felicidad salían de mis ojos. Todos expresábamos nuestro asombro y gozo con expresiones como ¡no es posible que algo tan hermoso exista...! ¡no lo puedo creer! ¡qué maravilla! ¿lo están viendo...? ¿ustedes también lo ven...? La visión continuó como quince minutos.

Poco después el Venado de fuego fue “absorbido” por la hoguera y, de nuevo, estábamos viendo a los wirarrikas luminosos. Había algunos de pie y dos sentados junto al fuego. La impresión de que estaban hechos de lumbre no era sólo visual, sino que, corporalmente, podía sentir la tremenda energía que había debajo de sus sombreros, y de la ropa y cobijas que los contenían. Era como si en cualquier momento esa ropa se fuera a incendiar y fueran a convertirse simplemente en fuego. La figura sentada a la derecha, estaba haciendo algo que no alcanzábamos a discernir. Se inclinaba rítmicamente hacia el fuego. De pronto todo comenzó a aclararse. Estaba hablando con el fuego. ¡Era el marakame Antonio hablando con el fuego! El fuego le respondía. Era evidente que se comprendían perfectamente el uno al otro. Eran de la misma naturaleza. Conforme el marakame continuaba comunicándose con el fuego, las otras figuras se alargaban y volvían a achicarse, como si estuvieran a punto de echar a volar.

La intensidad de la interacción entre ambos fue en aumento. Se podía sentir el profundo amor de los wirarrikas y particularmente el de Antonio por el fuego. Sólo que en ese momento Antonio no era simplemente Antonio. Era energía pura. También se sentía algo como un amor inefable e infinito del Abuelo Fuego por los wirarrikas. Eran sin duda alguna su pueblo, su gente. Eran casi los únicos despiertos sobre esta tierra, y ahora nos dejaban atisbar en su mundo sólo por un momento. Me di cuenta de la tarea titánica que llevan los wirarrikas

sobre sus hombros, manteniendo durante siglos y milenios el esfuerzo inflexible para no olvidar lo fundamental, y para mantener abiertos los canales de conexión con la fuente de todo cuanto existe.

LA LUZ DEL MUNDO

Las figuras en torno al fuego comenzaron a elevarse, irradiando una intensa luz amarilla y roja como de fuego. Se detuvieron como a cincuenta centímetros del suelo sin dejar de mirar a Tatewari, con el que estaban en plena comunicación. Parecían soles recortados contra la oscuridad infinita del universo. El esfuerzo del marakame aumentó. Llamaba a Tatewari para que penetrara en él, dándole su fuerza y su poder. Una gruesa línea de fuego líquido se extendió desde la fogata hasta tocar al marakame a la altura del vientre, su Figura creció y de él comenzó a irradiar una luz inmensa ¡estaba iluminando al mundo! La emoción era tan grande que yo no podía parar de llorar y de reír ¡al fin lo comprendía! Al fin, acababa de entender cuál es la misión de los marakames sobre esta tierra: ¡iluminar al mundo! Después de todo, aquella vieja leyenda de los guerreros que se unían a la tarea del Sol, para iluminar al mundo, no era sólo una metáfora. Estaba ahí, frente a mis propios ojos. Agradecí con todo mi ser al Espíritu por no habernos dejado solos sobre la tierra, agradecí que existieran seres como estos para recordarnos nuestra verdadera naturaleza ¡somos seres luminosos, pequeños soles! Agradecí y así como agradecí, también prometí luchar con todo mi ser para no olvidar. Para no olvidar y vivir en consecuencia.

Otras cosas sucedieron esa noche, pero esa visión —que fue un regalo de Antonio para nosotros— fue tan fuerte y reveladora, me llenó tanto, que prefiero terminar con ella el relato de esa noche. Frente a esa visión sublime, la estupidez del hombre también se apareció en toda su cruda magnitud: ¡cuánta mezquindad!, cuanto desperdicio inútil, vivir persiguiendo metas vacías cuando nuestra naturaleza es la misma que la del ¡sol!, *ser* soles y vivir en la ¡inmundicia!, ¡qué estupidez!

LAS OFRENDAS DE LA'UNARRE

Al día siguiente, nos despertamos con el sol cayendo fuerte sobre el mundo. Habíamos dormido un poco hacia el amanecer y eran como las nueve de la mañana. Todos los sentimientos de lo que habíamos visto y vivido estaban ahí, presentes en nuestro cuerpo. No estábamos del todo en la conciencia del lado derecho. Había, sin embargo, que dar paso al nuevo día y a lo que viniera con él, por lo que todos optamos por no hablar de lo ocurrido y concentrarnos en nuestras tareas. Yo no sabía si ya la peregrinación había terminado, pero instintivamente opté por ordenar mis cosas y preparar los vehículos para agarrar camino, aun cuando no tenía nada de ganas de regresar al mundo ‘civilizado’. Estábamos un poco cansados pero listos para lo que siguiera. A estas alturas el casi no dormir y el de plano no comer, ya nos resultaba natural, apropiado para el trabajo que estábamos haciendo.

En mi interior, me hacía algunas preguntas sobre lo que *había vivido en Humun’Kulluaby*, y en particular, lo de la noche anterior. ¿Recordaba todo lo ocurrido? ¿tenía claras las implicaciones que aquellas visiones tenían en mi vida? Mi sensación era que una parte de mi sabía y entendía, mientras que el lado racional se sentía confuso. Opté por no forzarme y confié que en su momento, cada pieza tomaría su lugar. Observé que algunos wirarrikas se quedaban dónde estaban, mientras que otros, preparaban diversos objetos y se alistaban para viajar. Decidí preguntar.

— ¿Ahora que sigue Antonio?

— ¡La’Unarre!

— ¿El La’Unarre?

— Si Víctor, vamos a La’Unarre, Responde el marakame y vuelve a ocuparse de su morral, en el que acomoda diversos objetos. Me acerco a Tayau para pedirle más detalles.

— Oye Tayau ¿ya estás listo para ir al La’Unarre?

— ¡No que va, pallá no van más que los puros cabezones!

— ¿Cómo que los puros cabezones, o sea que no van todos...?

— Claro que no, solamente van los principales; el marakame, el urukuakame, Tamatz Kallaumari, Julio y quien decida Antonio, él es el que manda.

— ¿Y por qué no van todos?

— No hace falta, el camino está retepelado, pero los que suben al Cerro, llevan las ofrendas de todos, para agradecer al Dios que todo haya salido bien en la Peregrinación, y para que sepa que todos los wirrarikas nos seguimos acordando. Es un lugar muy importante, allí nació Tamatz Kallaumari, luego se bajó del cerro y corrió por este lugar, Humun’Kulluaby, y de sus pisadas iban naciendo rosas (peyote), por eso es un lugar muy importante.

(Aunque entre los wirrarika de Santa María no había escuchado muy a menudo que se refirieran al peyote como rosas o rositas, la alegoría me era familiar ya que entre los de otras comunidades lo había oído en repetidas ocasiones).

Volteo a mirar la serranía que se ve a lo lejos en una de las orillas del desierto y trato de ubicar La’Unarre. Efectivamente ahí está, el cerro más alto de todos.

Parece una enorme distancia llegar hasta él y calculo que aun usando el camión o los carros, nos tomará una o dos horas llegar hasta allá.

Después de la explicación de Tayau, me resulta evidente que los Tewaris no subiremos a La’Unarre ya que no tenemos nada de “cabezones”; de cualquier manera, me apresto para llevar a los peregrinos hasta la falda del cerro y a ayudar en lo que se pueda presentar.

Comunico a mis compañeros lo que va a ocurrir. Decidimos preparar nuestras ofrendas, por si acaso y optamos por ir todos a acompañar a los wirrarikas “principales” hasta las faldas del Cerro, lo que nos permitirá darle una “manita de gato” a los carros, y si hay suerte, hasta un cambio de aceite — que buena falta les hace— mientras esperamos el regreso de los que suban el Cerro Sagrado, para luego traerlos nuevamente al sitio donde se quedarán el resto de los peregrinos. Otros wirrarikas que no subirán al cerro, también abordan el camión, quieren aprovechar que pasaremos por Wadley para comprar algunas cosas.

Voy en la parte trasera del camión. Tengo una gran curiosidad por saber cualquier cosa que mis teokaris wirarrikas puedan decir acerca de la noche anterior, y me voy con ellos con la esperanza de poder platicar al respecto. Ellos van felices como siempre. Viajamos de pie, sujetándonos el sombrero para evitar que se vuele con el viento. Pregunto a alguno que otro como les fue me contestan que muy bien, que vieron y supieron muchas cosas, pero se muestran poco dispuestos a hablar del contenido de sus visiones. Respeto su actitud y terminamos conversando de otras cosas.

Los cerros del fondo se acercan paulatinamente, mientras el camión continúa dando tumbos por terreno tan irregular. Puedo contrastar claramente el sentimiento de camaradería y la comunicación tan fluida que ahora compartimos con las inquietudes iniciales que tanto wirarrikas como tewaris teníamos al principio. A pesar de que conocía de antes como a la mitad de los peregrinos, y en especial a los “principales”, era muy diferente encontrarse con el grupo de los jicareros en pleno, más algunos de sus familias y otros que se incorporaron a última hora. Además, este era el primero de los cinco años que los jicareros tendrían que cumplir con su responsabilidad y, por tanto, su primera peregrinación juntos, por lo que el nerviosismo inicial era un poco mayor. Ahora, sin embargo, el punto y objetivo principal de la peregrinación estaba cumplido, y todos estábamos mucho más relajados.

Conforme nos vamos acercando, me parece más sorprendente la configuración de los cerros; el desierto parece completamente plano y allá al fondo, de súbito, aparecen cerros muy altos, sin mediar pendiente alguna; por lo menos, es la impresión que se tiene desde esta distancia. Aunque he estado en otras ocasiones en el Cerro; puedo darme cuenta que resultará muy diferente el ascenso iniciado desde este lado de las montañas, en que la subida es desde el mismo desierto hasta la cumbre, a los usuales ascensos desde Real de Catorce, que está a una altura bastante cercana a la cumbre, y a la que se puede acceder en auto o camión, para, desde allí caminar hasta la punta del Palacio.

Llegamos a Wadley, un pueblo típico del desierto potosino, aunque bastante más grande que las rancherías que veníamos encontrando hasta ahora. Recorremos sus polvorientas calles hasta encontrar una tienda donde tomamos un refresco; en este punto habremos de separarnos temporalmente. Los dos automóviles se quedarán aquí para su —manita de gato— y el camión, junto con los encargados de llevar las ofrendas, continuará su camino hasta el punto donde se comienza el ascenso, ya que el Cerro Sagrado está todavía lejos.

Empezamos a organizarnos sobre las tareas que realizaremos en el pueblo y a ponemos de acuerdo con el grupo de Antonio, para establecer dónde y a qué hora nos encontraremos nuevamente. En ese momento, me informa uno de los wirarrikas que debemos enviar a uno o dos de nuestro grupo, para llevar las ofrendas en representación de los demás. Esto sí que es una gran sorpresa. Hay dos lugares disponibles. Inmediatamente, los tewaris nos reunimos aparte y evaluamos quiénes son las personas indicadas para subir a La'Unarre con los wirarrikas. Todos queremos ir. Surgen distintas opiniones cuando Manolo dice:

“...la verdad, yo tengo muchas ganas de ir, pero ya he subido antes, por lo que le dejo mi lugar a alguno que no conozca el sitio sagrado”. Reconozco su gesto de solidaridad y decido secundarlo: que vayan dos que no hayan ido antes, los demás nos quedamos a lavar los carros y al cambio de aceite.

Son tres los que no han subido, por lo tanto, se preparan con la esperanza de que no haya inconveniente de que sean tres y no dos. Todos entregamos nuestras ofrendas y les damos un mensaje para los poderíos que habitan allá arriba. Cuando todo está listo, me acerco a Antonio para explicarle quiénes serán nuestros representantes y preguntar sobre el lugar y hora en que nos encontraremos a su regreso del Cerro.

—Tienes que ir tú Víctor — me dice tranquilamente mientras me mira a los ojos de una manera que no deja lugar para ninguna otra consideración;

En ese momento experimento un súbito cambio de atención.

Sólo un instante antes de las palabras de Antonio, mi atención era la atención cotidiana del *lado derecho*. Después de recibir la orden, algo en mí cambió y me encontré de pronto percibiendo el mundo, con una agudeza fuera de lo ordinario; podía sentir la atmósfera vibrante en todo mi cuerpo. Experimentaba una extraordinaria y silenciosa claridad mental, y mi relación con el mundo era mucho más intensa; era como poder sentir cualquier cosa sobre la que enfocara mi atención. Volteo hacia las montañas y siento claramente el llamado. Antonio tiene razón. *Tengo* que ir al Palacio del Gobernador: el Sol. No había más que hablar. Expliqué a Manolo que me tenía que ir por instrucciones del marakame. En unos minutos, los encargados de cumplir con la tarea, ya estábamos arriba del camión de la Universidad, camino a La'Unarre.

Como a la media hora, llegamos a un pueblo pequeño, ubicado al pie del Cerro Sagrado. Todo está listo, para empezar la caminata. Nos despedimos de Ventura y quedamos en encontrarlo como a las cuatro (¿cómo a las cuatro? pero si son casi las once de la mañana!). Me guardo mis pensamientos y me dispongo a la tarea. Al final, vamos siete wirarrikas y cuatro mexicanos. Formamos la ‘fila india’ y empezamos a caminar a muy buen paso. A pesar de que llevo muchos años caminando y subiendo montañas, el paso de estos wirarrikas me exige concentrarme al máximo.

La música del violín y la guitarra completan el ambiente perfecto para la caminata. Galindo, que toca la pequeña guitarra, va al final de la fila; delante de mí va Julio tocando el violín. He observado que, en todas las danzas de los jicareros, siempre es Julio el que se ubica al frente de la fila de danzantes; además de dar las indicaciones para los cambios de dirección o la forma del baile. Delante de Julio va Antonio, delante de él, su adelantado Tamatz Kahullumary (Manuel); y, al frente de todos, el Urukuakame Luciano: el más anciano de todos.

Avanzo concentradamente y ‘desaparezco’. La percepción de mi “yo” se esfuma y, de pronto, formo parte de un campo de energía mucho mayor. Es como si yo fuera una parte del campo de energía que formamos en conjunto todos los que integramos la fila. Es muy intensa

y agradable la sensación de formar parte de “esto” que se mueve y avanza. Avanzamos algunos kilómetros, acortando la distancia existente entre el pueblo y el cerro. Nos detenemos un momento para que algunos vayan “al baño”. Contemplo el Cerro Sagrado, ahora sí, desde su base. Se ve imponente. Una enorme cañada parte a poca distancia desde donde nos encontramos, y sube en una pronunciada pendiente que parece vertical, dirigiéndose hasta la cumbre. Una gran emoción me inunda al contemplar el reto que se aproxima. Siento que algo muy significativo me aguarda allá arriba; y además, una especie de urgencia interna por subir a su encuentro.

— Pásate adelante, tú también eres urukuakame

La voz de Julio me saca de mi observación del cerro. Aunque entiendo el significado de la palabra urukuakame (el que señala el camino), no sé a qué se refiere. Le obedezco sin pensar y quedo justo detrás de Antonio, lo cual me agrada. Me dispongo a seguir su paso, pisando precisamente en el sitio donde él vaya pisando. Reiniciamos nuestro camino y, de repente, escucho a mi espalda una tonada que me resulta conocida: es la canción que Tatewari me enseñó en Humun’ Kulluaby; ¡Julio viene cantando algunos versos de “mi” canción! ¡En español! Me siento muy feliz de que le guste mi canción de Tatewari; aunque no puedo entender cómo la aprendió si, solamente, la canté una vez. Durante un rato cantamos juntos, mientras recorremos, en poco tiempo, la distancia que nos separa del Cerro.

Penetramos en la cañada y comenzamos a subir. La pendiente es bastante pronunciada, pero lejos de sentirme cansado, mi cuerpo hace los ajustes necesarios y empuja hacia adelante. El avance es ágil y rítmico. En realidad, el que marca el paso es Luciano, que a sus setenta y tantos años, se desplaza montaña arriba, como si fuera una cabra de montaña, dando grandes y ágiles zancadas, y brincando de un lado a otro cada vez que una grieta nos corta el paso. En ocasiones, sus saltos son tan largos, o los caminos que elige son tan complicados, que tengo la impresión de que nos está probando, para ver si aguantamos. Antonio también pasa de los setenta años y, sin embargo, se mueve con

sus huaraches mucho mejor que nosotros con nuestras botas todo-terreno.

La verdad es que la subida es bastante exigente para todos: dos de mis amigos comienzan a atrasarse. Seguimos adelante, y yo tengo la esperanza de que puedan alcanzarnos. Dos wirarrikas atrás de mí, viene Luis Manuel perfectamente integrado al ritmo de la caminata. Cuando el camino se pone más difícil, puedo oír las exclamaciones de Antonio: “¡Ay Dios mío! ¡Ay Dios mío!”, a lo que todos reaccionan con risas y bromas, sin aflojar ni un poquito en el ritmo de la caminata. Seguimos avanzando a gran velocidad y, de tanto en tanto, volvemos a oír a Antonio: “¡Ay Dios mío, yo ya estoy muy viejo! ¡pobrecito de mí!”. Su tono juguetón es evidente. Actitudes como esa reflejan, muy nítidamente, el modo wirarrika de enfrentar el esfuerzo en un tono ligero, sin dar entrada jamás a la importancia personal. Era evidente que el payaseo de Antonio está más dirigido a aligerar el trabajo de los otros que el suyo propio. El venía tan bien, que encima del esfuerzo de subir a buena velocidad el exigente cerro, todavía se daba el lujo de venir haciendo payasadas, hablando y riendo para regocijo de todos.

La caminata continuaba en este tono tan alegre, excepto para mis dos amigos que no conseguían darnos alcance. Al cabo de un par de horas, nos detenemos en una enorme grieta de la cañada. Avanzamos por ella y llegamos a un punto donde un hilo de agua corre por el suelo. Nos detenemos allí y aprovechamos para beber el agua fresca que sale del interior del cerro. Realmente está fresca, y al beberla, sentimos cómo su energía nos reconstituye y llena de fuerza. Avanzo hasta donde hay una pequeña cueva tapada con piedras encimadas. Quito una de las piedras y alumbro con una pequeña linterna para atisbar en su interior. Me doy cuenta que de allí nace el agua, y recuerdo el valor sagrado que los wirarrikas dan a los ojos de agua existentes en Humun’ Kulluaby. Antonio me hace una seña para que continúe quitando las piedras y comienzo a abrir la entrada de la cueva. Cuando el tamaño es suficiente, me introduzco en ella y me percaté de que es un sitio de veneración: múltiples ofrendas wirarrikas se encuentran en el interior de la cueva. Saludo al espíritu que habita en este sitio y

respetuosamente dejó una ofrenda. Salgo, y el marakame se acerca a la entrada y comienza con sus invocaciones a los seres del lugar; mueve sus *muwieris* “abriendo” la puerta del recinto sagrado. Cada uno de los *wirarrikas* deja una ofrenda para la Diosa del lugar, emparentada con *Tatei Matinieri*. Después, Antonio saca agua de la cueva en una *jícara*. Con sus *muwieris* derrama agua sobre cada uno de nosotros, al tiempo que nos colma de bendiciones, las cuales recibimos con alegría y emoción. Mis dos amigos, que venían rezagados, llegan por fin y a tiempo para recibir las bendiciones.

Me encuentro sentado sobre una piedra, junto a la entrada de la cueva, el sol me inunda, y mi cuerpo mojado por el agua sagrada, mantiene una agradable sensación de frescura. El lugar es muy hermoso, el momento perfecto y la compañía inmejorable. En ese estado me encuentro, cuando siento un pequeño empujón en mi hombro izquierdo. Volteo y veo a *Tamatz Kahullumary*—Manuel, extendiéndome un *muwieri* con las manos. Es una pequeña flecha, con estambre y plumas de águila, que los *wirarrikas* consideran de muy alto valor. A excepción de los marakames que lo llevan en un estuche de palma, suelen llevar uno o más en el sombrero. Cada uno puede ser obtenido sólo como resultado de una batalla de poder, de algún evento muy especial, o de algún esfuerzo extraordinario en favor del espíritu. A menudo he escuchado que se refieren al *muwieri* en el sombrero como “el Espíritu”,

Muchas veces, había observado con interés los *muwieris* del *wirraríka*, pero jamás tuve la absurda ocurrencia de “fabricarme” uno y ni siquiera pensar el intentar comprarlo o pedirlo. Sin embargo, en este momento, recibir un *muwieri* nada menos que de las manos de *Tamatz Kahullumary*, fue algo que valoré profundamente. Una vez que lo recibí, seguí las indicaciones de Manuel y lo coloqué en mi sombrero. Volví a ponérmelo y me di cuenta de que se sentía muy diferente. Estaba como cargado con algo más. De ahora en adelante, ponerme el sombrero revestiría un significado mayor. Supe que lo usaría, en particular, sólo en mis andanzas en territorio *wirraríka*, o en ocasiones muy especiales.

Renovados con nuestra permanencia en el ojo de agua, retomamos nuestro camino hacia la cumbre. El camino es ahora más empinado. Observo que los jóvenes wirarrikas tienen más dificultades en el ascenso que los viejos. No es que lo hagan mal, sino que ocurre, entre los wirarrikas más metidos en las cosas del Espíritu, que los viejos suelen ser, no sólo los más sabios, sino también los más fuertes y vigorosos. En este mismo momento, Luciano y Antonio, venían avanzando a un paso que los jóvenes apenas podían mantener. Yo seguía pegado a Antonio, maravillado de ver cómo se movía en la montaña. Conforme más avanzábamos, más parecía fortalecerse.

La fila se detiene una vez más para esperar a mis dos amigos que siguen rezagados. Observo lo que falta y me doy cuenta de que será lo más pesado. Volteo a ver a Antonio que se queda silencioso, Sé con certeza que, bajo ninguna circunstancia, debemos llegar separados a la cumbre del Cerro. Cuando por fin llegan mis amigos, les pregunto si pueden aguantar el paso o mejor nos esperan abajo. Miran hacia la cumbre y deciden regresar. Lamento que regresen, pero siento que es lo más adecuado. Nos entregan sus ofrendas y comienzan a descender, mientras que nosotros retomamos el ascenso. Algo asombroso ocurre.

Como si nos hubieran quitado una carga de encima, empezamos a marchar con una gran ligereza. A pesar de que la subida es muy empinada y sin descansos, siento como si tuviéramos alas en los pies; una fuerza interna nos empuja a subir, sintiéndonos estupendamente bien. Antonio se detiene y me dice, señalando a un cerro que está a nuestra derecha: “¿ya viste el tren?, ¡qué bonito!” todos ríen y coinciden en que está muy bonito. No veo el tren, pero siento que se refieren a algo más que a una broma. Seguimos subiendo; veo a los viejos delante de mí y recuerdo cuántos días llevan prácticamente sin dormir y sin comer. Me pongo a pensar en los largos viajes que tuvieron que hacer a lo largo del año, antes de venir aquí: Rapavillame (Chapala, Jalisco), Aramara (San Blas, Nayarit) y Aurramanaka (Durango) entre otros. En cada lugar: rituales, largas caminatas, noches en vela, largos ayunos. Pienso en las frecuentes veladas de Antonio como cantador, cantando en ocasiones hasta tres días seguidos. Pienso

en lo que hemos recorrido y lo que les falta hasta que termine el ciclo de la peregrinación.

Veo la pobreza material de este hombre poderoso que camina delante de mí y entiendo lo que significa, de verdad, vivir libre del yugo de la importancia personal. La vida del marakame no tiene descanso; jamás recibe pago alguno por su trabajo, ni en dinero ni en especie. Por el contrario, todos sus quehaceres como marakame le implican gastos en los que nadie le ayuda. ¿Y por qué lo hace? ¿cuál es su interés? El Espíritu, no las recompensas materiales, no el ego. Viendo a estos seres con sus vidas consagradas a servir, llevando sobre sus hombros la enorme responsabilidad de impedir que los hombres olvidemos del todo, de que sigan abiertos los caminos que nos llevan al Espíritu. Me siento feliz de atestiguar lo increíble: ¡existen los Hombres de Conocimiento! ¡Es posible vencer a la importancia personal!

Ese viejo desaharrapado, allí, frente a mí, es sin duda mucho más imponente y mucho más hermoso, que los brujos y maestros “perfectos” de los que nos han hablado en libros e historias, que tratan de guías sobrehumanos y sus aprendices elegidos por el poder. ¡Aquí estamos, hombres de carne y hueso! Nadie me lo platicó, no lo leí en ningún lado ¡lo estoy viviendo! No cambiaría ni un pedacito de lo vivido aquí, por las más extraordinarias fantasías que me ofrecen libros e historias narradas. Mi elección ha sido apropiada. Vivir por mí mismo. Acometer con entusiasmo y alegría aquello que puedo conquistar con mis propios pies, con mi propio cuerpo. ¡Esta es la magia de verdad! y su valor es infinitamente más alto que la suma de todos los libros exóticos y espectaculares que pueda yo leer acerca del Espíritu. Sin duda, Antonio no es perfecto, pero está lleno de aquello que nos hace tanta falta para recuperar la posibilidad de vivir en concordancia con el Espíritu, y lo mejor de todo, es que ¡puedo estrechar su mano! ¡Lo estoy viendo y estamos aquí, en el sitio donde habita Tamatzin!

Seguíamos avanzando y empezaba a darme cuenta del verdadero sentido del ascenso a La' Unarre. En este ascenso, todo lo vivido y aprendido durante la peregrinación, empezaba a ‘acomodarse’ y a encontrar sentido en mi interior. Seguía avanzando y múltiples

revelaciones llegaban a mí; finalmente, encontraba el sitio de mi búsqueda que había empezado por preguntas y dudas, que había pasado por escuelas, y libros que hablaban del conocimiento. Dentro de mí, aceptando mi presencia en este mundo, estaba el sitio que erróneamente buscamos afuera. Al final, lo más elemental y, quizá, lo primero que descubrí, resultaba ser cierto: todo empieza y termina dentro de uno mismo. El camino se hace hacia dentro; ahí radica el verdadero, el único maestro. Lo que nos impide llegar a él, no es otra cosa que el culto a nuestro propio ego, que a veces disfrazamos como el culto a alguien o algo más, sea una persona de la que pretendemos estar enamorados, sea una fantasía mental acerca del Conocimiento, a la que nos aferramos, o buscando la liberación a través de la presencia de algún “maestro perfecto”. Estar esperando que nos enseñen es, al fin y al cabo, la mejor excusa para no aprender por nosotros mismos.

¡Qué poder enorme tiene este cerro! Siento su energía dentro de mí; se mete por mis pies y me permite ver. Mis ojos se aclaran y me dejan ver y saber lo que me estaba haciendo falta. Me siento completo. Entiendo por qué los wirarrikas tienen tal veneración por este lugar; aquí es donde nace, éste es el faro que ilumina el mundo mágico de los wirarrikas; aquí está la guía, la respuesta. Es por eso que se refieren al Venado Azul —que nació aquí— como a un Maestro, que enseña la manera correcta de vivir. Todo va cobrando sentido y cada pieza cae en su lugar. En efecto, el ascenso al La’Unarre es una pieza clave; es la expresión externa y el catalizador que provoca en nosotros una “ascensión” interna; cuando empezamos a subir el cerro éramos simplemente hombres, pero en el camino nos trasformamos y ya, cerca de la cumbre, estamos convertidos en seres sagrados.

La cumbre está cada vez más próxima, conforme nos acercamos, mi emoción crece. Algo más, todavía algo más me aguarda allá arriba, y voy por ello. Cuando llegamos a la cumbre estamos llenos de poder, transformados en seres mágicos que como tales habitan naturalmente en un mundo mágico. Estamos en la fuente de todo ¡EL CENTRO DEL MUNDO! ¡Aquí es donde todo comenzó! ¡Donde todo sigue comenzando!

¡Qué felicidad tan total, al fin lo he descubierto!

LA PROMESA SE CUMPLE

Nos dirigimos directamente al lado izquierdo de la montaña, el lado de los wirarrikas. Llegamos a la zona de las ofrendas y Antonio saluda a los poderes del lugar; nos bendice a cada uno con sus muvieris y a todo cuanto llevamos encima, reforzando así el estado de sacralidad en que nos encontramos. Le habla a Tamatz y le platica de todo lo que hemos batallado, de todo lo que hemos luchado para llegar hasta El. Lloro Antonio mientras habla con el Venado Azul, y lloramos todos mientras sentimos su presencia. Todo tiene sentido, todo; cada cosa que hace Antonio, cada cosa que hacen los demás, cada cosa que hago yo. Súbitamente, una toma de conciencia me hace tambalearme: viene a mi el recuerdo de aquel episodio olvidado hace mucho tiempo y que me sucedió en este mismo cerro; yo estaba parado en su lado derecho, veía una fila de wirarrikas, que en alto estado de concentración, subían al cerro, pasando frente a nosotros. Un sentimiento tocaba el fondo de mi alma: ¡cómo me gustaría estar allí adentro!, participando y entendiendo lo que ocurre.

¡¡La promesa se había cumplido!! ¡Aquí estaba yo, en medio de los jicareros de Santa María, participando, viendo y comprendiendo todo! Risa y llanto se agolpaban en mí, que descubría hasta qué punto estamos relacionados con todo cuanto existe, hasta qué punto el Espíritu escucha cuando pedimos desde el fondo de nuestra alma, y somos capaces de respaldar nuestros sueños con actos poderosos y decididos. ¡Gracias La'Unarre! ¡Gracias Tamatz Kahullumary! ¡Gracias Humun' Kulluaby! ¡Gracias Antonio y teokaris jicareros! El compromiso no termina aquí, sino que apenas comienza.

Veo a Luis Manuel y me doy cuenta de que también le están ocurriendo cosas tremendas. Nos abrazamos, felices de haber podido llegar juntos hasta este sitio, más allá de las fronteras de la realidad ordinaria. Definitivamente somos hermanos.

Llenos de sentimiento, empezamos a colocar las ofrendas. Los wirarrikas nos aconsejan esconderías bien en el lugar, porque si no los mestizos se las llevan. Entre las ofrendas de los wirarrikas están las hermosas cornamentas de venado, colocadas anteriormente en los altares que se fueron elaborando en cada uno de los sitios sagrados de la peregrinación. He podido observar que dichas cornamentas tienen un altísimo valor para los wirarrikas, no sólo por haber pertenecido al animal que más aman, sino también, porque ese animal se les entregó durante alguna de las cacerías rituales, ya que ésa es la única manera de llegar a obtener algo tan valioso. Dejar una ofrenda así, es un acto de verdadera generosidad que revela el esfuerzo que implica la ofrenda. Entre las cornamentas que son ofrendadas, se incluye aquella tan hermosa, la más grande de todas, que está cubierta por un fino pelo dorado.

También nosotros entregamos nuestros presentes, al mismo tiempo que le hablamos al Poderío de La'Unarre, explicando lo que la ofrenda significa para nosotros y pidiéndole que la acepte en su seno. Un lazo más fuerte que el tiempo y el espacio, se establece con el lugar. Sé que regresaré aquí con mi cuerpo de soñar y con mi cuerpo físico. Sé que regresaré aquí en mi último vuelo, justo antes del instante de mi muerte. Ahora me resulta muy claro el por qué veíamos — en aquella experiencia en Humun'Kulluaby sin wirarrikas— que del Cerro Sagrado salían rayos de luz. La'Unarre es eso; un faro en la oscuridad, en medio del misterio. Su luz me acompañaría ya por toda mi existencia y eso era algo que nada ni nadie podrá cambiar jamás.

EPÍLOGO

MARCHA DE PODER EN LA'UNARRE

Una vez entregadas las ofrendas, nos disponemos al regreso. Todos expresamos a la vez, y en voz alta, nuestra profunda gratitud al lugar. Por última vez contemplo la belleza del mundo visto desde La' Unarre y hago el gesto de capturar entre mis manos, el sentimiento que me infunde este lugar y este momento, para llevarlas lentamente hasta mi pecho. Formamos la fila india y empezamos el descenso. Los viejos vuelven a exigirnos al máximo, ya que esta vez no se conforman con bajar caminando velozmente, sino que se echan a correr cuesta abajo, por la parte más empinada del cerro. Es una verdadera marcha de poder en medio de arena resbaladiza, rocas sueltas, nopales y cactus espinosos. Esta vez no hubo descanso ninguno; una vez que empezamos, ya no paramos de correr hasta que no hubimos llegado a la base del Cerro.

Al poco tiempo de haber iniciado el descenso, siento como si mis oídos se adaptaran a un brusco cambio de presión, y escucho como algo que se “destapa” dentro de mí. Un estado de aguda conciencia acrecentada, me permite adentrarme en ese túnel de energía, que van abriendo los que van delante mío.

Continúo en mi lugar, detrás de Antonio. Esta vez no hay música, ya que los músicos también necesitan aplicarse al máximo para aguantar el paso de “los viejos”. Necesitamos una concentración total: si dudo por un instante, me clavo una espina o me golpeo con una roca. No pensar, no pensar, solo fluir, dejarse ir lleno de vida y de poder.

Vamos descendiendo a una velocidad vertiginosa y una voz, que no es mi pensamiento, me va hablando. Empieza a darme una explicación compleja y detallada acerca de la época que estamos viviendo, y de la tarea que tengo que desempeñar. Recibo una larga serie de instrucciones de lo que debo y no debo hacer en mi siguiente etapa de trabajo. Todas las dudas que tenía en torno a lo que debía escribir o no

escribir en mi siguiente libro, encontraron una respuesta contundente: la voz me lo estaba dictando línea por línea con una redacción perfecta. No había una sola palabra que pudiera ser cambiada. Continuaba mi descenso y el dictado continuaba, también, a una gran velocidad, yo escuchaba tratando de no perder detalle y sabiendo que la tarea por recordar lo que estaba recibiendo, iba a ser una batalla larga y ardua. Mi esfuerzo mental por no perder una sola palabra de lo que la voz me decía comenzaba a fatigarme, llegó un momento en que se tomó incluso doloroso. Una parte de mí quería que la voz callara, pero muy internamente, yo sabía que el tiempo que me quedaba para seguir oyendo a la voz no era muy largo, por lo que debía hacer el esfuerzo y tratar de aprovechar cada instante. Ni aun contando con una grabadora, hubiera podido registrar una pequeña parte de todo lo que me fue dicho, tal era la velocidad a la que se expresaba la voz, aunque, paradójicamente, era perfectamente clara.

(Aun cuando he librado esta batalla poniendo en ello mi mejor esfuerzo, he de reconocer que en el momento de tratar de plasmar, en el presente texto, todo lo que recibí en aquella marcha de poder no he logrado sino apenas una aproximación.)

Llegué exhausto a la zona plana en las faldas del Cerro, no tanto por el esfuerzo físico, sino por el esfuerzo mental de no perder detalle de lo que la voz decía. Mi cuerpo se sentía estupendamente, vivo hasta sus últimos resquicios. Ya ubicados en la zona plana, la carrera a toda velocidad dio lugar a una rítmica caminata a buen paso. Estaba oscureciendo. Mi reloj marcaba las 19:10 horas. Encontramos a Ventura apoyado en el camión, tomándose un refresco, junto a una pequeña tienda. Nuestros amigos, los dos tewaris que se regresaron al principio, no habían llegado todavía. Toqué el claxon del camión pensando que si se habían perdido no andarían lejos. En efecto, llegaron a los pocos minutos y nos contaron que después de extraviarse y mucho caminar, llegaron al pueblo por otro lado, de tal modo que su llegada coincidió casi con la nuestra. Refrescos para todos y todos al camión. El regreso fue en la oscuridad y sin decir una palabra hasta llegar a Wadley.

Después de indagar un poco encontramos a nuestros amigos. Supimos de su ubicación porque encontramos los dos autos estacionados en una calle, completamente flamantes, sin una mota de polvo. No parecían los mismos que se habían internado en el desierto por caminos tan sinuosos. También mis amigos lucían flamantes; bañados y peinados. Fue entonces que me percaté que veníamos hechos un asco, pero felices. Después de saludarlos con gusto, recibimos unas tortas que habían preparado para todos. Decidimos tomar un breve descanso y disfrutar de las tortas antes de continuar nuestro camino hacia el campamento wirrarika, bien adentro del desierto. Antonio, y el resto de los wirarrikas, quieren continuar de inmediato, pues saben que sus familias y los demás jicareros seguramente estarán preocupados. Está bien, los alcanzaremos muy pronto, al fin y al cabo, los autos son más rápidos que el camión.

Quedamos los puros tewaris comiendo tortas y platicando de los incidentes del día. No me siento en condiciones de hablar de todo lo que ocurrió en la ida a La' Unarre. Sólo alcanzo a decirles: La subida al Palacio no es un mero trámite, sino que, de alguna manera, proporciona la clave que permite comprender toda la peregrinación.

REGRESO A LA SIERRA

Después de dar vueltas como desesperados en medio del desierto durante unas dos horas, decidimos regresar al camino que sale del pueblo, ya que estamos completamente extraviados en un laberinto interminable de “caminos”, sin ningún punto de referencia para orientarnos en esta oscuridad que parece boca de lobo. Hemos insistido una y otra vez, hasta que empiezo a temer que nos quedemos sin gasolina, muy lejos de cualquier parte. Solamente las luces lejanas de Wadley son el único punto de contacto que tenemos como posible salida. Mi conclusión es que, al ver que no llegamos, tal vez, regresen a buscarnos o que en último caso podremos pasar allí la noche, teniendo mucho mejor oportunidad de encontrarlos durante el día.

Una hora y media después, escuchamos el sonido del camión. Allí estaba Ventura con todos los wirarrikas. Se iniciaba el regreso, sin escalas, a la sierra.

Humun'Kulluaby,
Humun'Kulluaby
Quién sabe por qué
Lloran las rosas.

¿Quién podría decirlo?
¿Quién podría adivinarlo?

Humun'Kulluaby,
Humun'Kulluaby,
Quién sabe por qué
Las rosas lloran.

FIN

* * *